



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

Amador de los Rios, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Aubon (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Aduerne, Ardanaz, Ariza, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corrañi, Coimero, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), José María), Durán, Duque de Rivaz, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echezaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández Flores, Figueroa, Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gavangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Renté, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Japata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Marias, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins, del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olóaga, Paiaico, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poyé, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Ruiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aquilera, Sagarminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Saimeron, Sanroma, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tubino, Utao, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 Hojas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultra-
 mar: 50 francos por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 1.ª línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sen-
 tenciamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Enero de 1883.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Leon Gambetta, por Hoe.—Correo de América, por don Arce.—El Egipto y el Nilo, por D. Eusebio Asquerino.—Pez de Ayala, por D. Nicolás Diaz y Perez.—Los progresos de la Argentina, por D. Héctor F. Varela.—Cronica científica.—Ruiz Albistur.—El pasado, el presente y el porvenir, por don.—Galeria de Americanos: Evaristo Casariego, por don.—Dos palabras de justicia, por D. Luis M. Cardozo.—D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—A la memoria de Mon, por de la Escosura.—Don Pedro Calzaron de la Barca, por don.—Soneto, por D. Constantino Gil.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

LEON GAMBETTA.

Los sucesos acaecidos en el mundo durante la vida que acaba de transcurrir, no obstante la importancia que puedan tener y el interés que despertan, palidecen y se eclipsan absorbiéndose por otro acontecimiento de mayor interés y de alta importancia: la muerte de Leon Gambetta.

Que Leon Gambetta ha muerto. Vanamente se empeña en negar crédito a la noticia de su resistencia que tenemos á acoger las grandes aventuras; es inútil que la esperanza se resquebraja y se agite en el fondo de nuestro corazón en lucha abierta con la realidad: Gambetta ha muerto. Aquella voz que tronaba en el mundo como la voz de Dios tronaba en el Sinaí ante las leyes á Israel, se ha extinguido para siempre; ha dicho ya su última palabra; aquel aliento poderoso que era como el aliento de una gran nación, se ha exhalado ya su último suspiro; aquella inteligencia que con irresistible impulso preparaba en las células de un cerebro excepcional los medios de dar fuerza á una idea y de vigorizar á un pueblo, se ha apagado como el astro que irradiaba esplendente en el espacio y desaparece de pronto en el abismo de una noche eterna.

Gambetta ha muerto. Necesita el alma oírlo decirse muchas veces para irse acostumbrando á la pérdida del gran tribuno; que hay realidades tan tristes, realidades tan desconsoladoras que la razón seniega á admitirlas, porque tiene miedo de ellas.

El telgrafo con su laconismo—tanto más terrible cuanto más gravedad entraña la noticia que vuela por sus alambres—nos permite seguir punto por punto en sus múltiples palpitaciones el proceso de la enfermedad; en tanto le tenia Europa, que

quería saber de él hora por hora, instante por instante. Primero nos anunció que el ilustre orador estaba indispuerto; dijo luego que se había herido manejando un revólver; añadió despues que la herida ofrecia alguna gravedad; más tarde que el peligro había desaparecido; y de repente, en un espacio de tres ó cuatro dias, fué diciendo atropelladamente, como narrador interesado que toma parte en el dolor que comunica, que habían surgido complicaciones, que los médicos celebraban consultas, que la fiebre había vuelto, que el peligro aumentaba, que la gravedad crecia, que la ciencia empezaba á desesperar, y por último, que el enfermo había dejado de existir á las doce de la noche del dia 31 de Diciembre. Enlazado su destino por misteriosa coincidencia con el del año 82, uno y otro terminaron su vida al propio tiempo, como si el fantasma del año viejo, avaro de gloria, no quisiera dejar nada al año nuevo que en aquel momento nacía bajo tan funebres auspicios y cuyo primer movimiento había de ser arrodillarse y gemir al pié del lecho mortuario de un grande hombre.

Siempre despierta el sentimiento ver cómo se seca y muere el árbol corpulento, otros dias lozano, que dió frescura y sombra al bosque que cubria con sus ramas, pues es tan miserable nuestro sér, tan pequeña nuestra razon, estamos tan apegados á esta vida material tan penosa y por lo mismo tan amada, á esta tierra tan ingrata y por lo mismo tan querida, que la idea de la muerte nos asusta; pero este sentimiento crece y se hace mayor cuando vemos que muere de igual modo y se seca antes de tiempo el árbol en el período de su mayor grandeza y lozanía.

Léy universal, y á que nada ni nadie escapan, es la muerte; eterna igualitaria, eterna niveladora, y justo es que á su rigor nos sujetemos; pero, ¿por qué hiere inconsciente? ¿Por qué es ciega la fuerza que marca su derrotero y dirige su camino? ¿Por qué al segar el campo que se ofrece á su hoz, arranca el fruto aún no del todo sazonado, y deja la hierba inútil que evita la sazón de los demás? Problemas son estos que el alma pone á la razon, esfinge muda que nada alcanza á contestar. Cuando en el mundo viene un hecho extraño como el que nos ocupa, á herir á una parte de la humanidad, la duda se alza omnipotente, mira el trono de Dios, y á veces lo ve vacío, y niega la luz porque se le oculta el sol á través de una densa nube.

Cuarenta y cuatro años tenia Gambetta al morir. Ha muerto cuando su talento había alcanzado su mayor desarrollo; cuando la experiencia, maestra suprema de la vida, había madurado su juicio;

cuando conocia más los hombres y las cosas de su país... y al morir se ha llevado al sepulcro todos sus planes, todos sus proyectos, toda su fuerza, todo su prestigio, dejando á la República huérfana de su proteccion y privada de su consejo valiosísimo. No; la muerte de Gambetta no es como la muerte de otro hombre público; por el contrario, es la muerte de un gigante, de un atleta, de uno de aquellos personajes de los tiempos fabulosos, mitad héroes, mitad dioses, unidos por sus hazañas á los hombres y por su genealogía al cielo, que venian al mundo á luchar, y luchaban, y vencian siempre, y cuando por fin caian, el suelo temblaba bajo sus piés y la tierra parecia doblegarse como incapaz de sostener su peso.

Jóven, lleno de fuerza, exuberante de vida, él era la cifra de las aspiraciones de la República, el símbolo vivo de la Francia, vencida por los alemanes, pero no resignada al vencimiento; ofendida por Bismarck, pero no resignada con su ofensa. Era altísimo dique á cuyo pié se estrellaban por un lado la ola anarquista y por otro la ola reaccionaria bramando de coraje y lanzando hacia él la baba de la calumnia que ni siquiera le manchaba. Era, por fin, el verdadero espíritu de la Francia nueva, la Francia renacida, como el Fénix, de las cenizas del imperio, afanándose por adelantar el terreno perdido, esforzándose en afianzar la idea política que la había regenerado, y predicando la paz hasta la hora bendita de la revancha, hora que sonará en el reloj de los tiempos, porque la injusticia no puede ser eterna, porque lo que en sangre se funda acaba por anegarse en ella. Hombres así, genuinos representantes de un país, personificación de todo un pueblo en una época determinada de su historia, no debian morir por lo ménos hasta despues de terminada la mision que desempeñan en el mundo. Verlos agostarse y caer produce una inmensa pena, un inmenso dolor. No es un hombre que se va, que desaparece en el confuso oleaje de la existencia, sino un destino que deja de cumplirse, un astro que deja de llegar á su apogeo.

Es tan absurda la concepcion de la vida que todo lo limita al exiguo planeta que habitamos, y tan poca explicacion tienen en ella las cosas del mundo, que hay quien compara nuestra existencia á un libro, del que solo se nos dan á leer algunas páginas durante nuestro paso por la tierra. Falta el principio, falta el fin de ese libro que se nos ofrece incompleto, y, sin embargo, así como el presente corresponde al pasado, así tambien engendra un porvenir. ¿En qué tinieblas se ocultan las primeras hojas del libro de nuestra vida? ¿En

qué mundo se guardan las últimas? En la desgracia que hoy lamentamos, bien puede decirse que las páginas que hemos leído de la vida de Gambetta son muy importantes, pero, ¡ay! que quizá fuesen mejores las muchas que nos han quedado por leer...

Lisongera adulación sería el decir que Gambetta ni tenía defectos ni ha cometido errores, y ante la muerte, más aún que ante la vida, es la adulación achaque de almas poco nobles: no incurriremos pues, en ella. Pero levantarnos junto a esa tumba que espera el noble cuerpo que acaba de serla abandonado por sus amigos y leer entre lágrimas y sollozos la larga relación de los servicios que ha hecho ese hombre a su país y que es la larga lista de sus virtudes cívicas, es un deber de admiradores leales, de sinceros republicanos, y vamos a cumplirlo; que abundan tan poco los grandes caracteres en el mundo que justo es nos enorgullecamos ante uno de ellos,—quizá el más grande de Francia,—apóstol de nuestra fe y sacerdote de nuestra religión política, la más pura y santa de todas las religiones.

Hace cuarenta y cuatro años que nació Gambetta en Cahors. Su padre era un modesto comerciante genovés que quería para su hijo un porvenir más amplio que el que a él había tocado en suerte, y con este fin le puso desde muy joven a estudiar en un Seminario. Grandes deseos abrigaba de hacer de él un sacerdote, pero no era el alma de Gambetta propia para consumirse inactiva al pie de un altar repitiendo mecánicamente frases ininteligibles para la casi totalidad de sus oyentes. Dióle el destino más alientos, y desde el primer instante se manifestó poco propicio á colmar las cortas aspiraciones de los autores de sus días. En esta época de su vida colocan algunos la leyenda en virtud de la cual fué él mismo quien se saltó un ojo por la negativa de su padre á sacarle del Seminario, amenazándole con saltarse el que le quedaba sino era pronto complacido. La mayor parte de sus biógrafos dan origen menos legendario al efecto físico de Gambetta y lo achacan á un accidente casual, pero verdadero ó no es un dato interesante que no debe faltar en ninguna biografía suya, pues si lo primero indica la gran energía y fuerza de voluntad que manifestó desde muy joven; si lo segundo el alto concepto que de él tenía formado el pueblo que le creía capaz de tal hazaña.

Sea de esto lo que quiera, es el caso que salió en breve del Seminario, prosiguiendo sus estudios en el colegio de Cahors, hasta que, terminados, se trasladó á París donde emprendió la abogacía. Pronto se hizo notar en medio de la bulliosa juventud del barrio Latino por su talento, su impetuosa y lo vehemente de sus pasiones. Ya entonces algunos espíritus avisados auguraron que iría lejos; pero por grandes que fueran las ilusiones que hizo concebir, la realidad las cumplió todas con exceso, ántes de lo que muchos hubieran podido imaginar.

En 1859, á la edad de veintiún años, se inscribió en el Colegio de Abogados de París, pero su natural inclinación le llevaba al terreno de las luchas políticas, alejándole de ese otro, harto limitado, del foro. Así que sólo se dedicó á defender causas políticas, convirtiéndose bien pronto en campeón decidido de los demócratas perseguidos frente á la tiranía y al despotismo imperial. Las manifestaciones de simpatía del pueblo hacia la memoria del diputado republicano Baudin, muerto en las barricadas por defender la ley contra el imperio, le proporcionaron la ocasión que anhelaba de llamar sobre sí la atención; defendió á Delescluze, director del periódico *El Reveil*, por la suscripción que en él había encabezado para alzar un monumento al diputado mártir, y su oración fué tal y causó tanto entusiasmo en la muchedumbre, que por sí sola bastó para darle en un solo día aquella celebridad de que se mostraba tan celoso. Desde entonces dá comienzo su vida pública; desde entonces deja de pertenecerse y se consagra en cuerpo y alma al triunfo de su idea. Afiliado al partido republicano se traza un programa valiente y enérgico, un programa que solo tiene una máxima; combatir sin trégua el despotismo y asegurar la República. Ese programa tan conciso, pero tan elocuente, es el mismo que ha mantenido hasta el instante de su muerte. ¡Ejemplo de constancia y lealtad, digno de encomio en estos tiempos de resellamientos y apostasías, en que es preciso alabar al hombre que cumple con su deber!

Señalado de ese modo á todos los republicanos, las elecciones de 1869 le dan dos distritos, Marsella y París, en los cuales derrota á Lesseps, Thiers y Carnot. Ya en la Cámara, su verdadero campo de acción, una enfermedad le impide tomar parte en las discusiones; pero restablecido á poco, habla por primera vez en defensa de Enrique Rochefort, precesado por sus violentos ataques al príncipe Pedro Bonaparte con motivo del asesinato de Víctor Noir, y obtiene su segundo gran triunfo oratorio. El tercero lo consigue pronunciando contra el plebiscito un violento discurso en que franca y abiertamente anatematizaba el imperio, acusándole de causar la desdicha de la Francia.

Y sus temores se realizan muy en breve. Estalla la guerra de 1870, y una tras otra pierden los franceses todas las batallas, el pánico se apodera de todas las ciudades, hasta el extremo de rendirse Nancy á un destamato de cinco prusianos, y lo

que empezó por el sánete de Saarbruck termina por la tragedia de Sedan. Francia está muda de sorpresa y estupor; ha sido vilmente engañada.

Creía tener recursos y no los tiene, material y el material escasea, ejército y el ejército no existe. Cual torrente devastador, que ningún dique basta á sostener la ola invasora, llega á los mismos muros de París, y la capital del mundo moderno se ve cercada por todas partes de cañones, y su cielo arde inflamado por millares de proyectiles que causan bajas sin cuento. Entonces es cuando el carácter de Gambetta acaba de revelarse por completo, mostrándose bajo distintas fases que hasta allí. Habíase derrocado el imperio, la República había sido proclamada y Francia, manando sangre de sus heridas, no halla un apoyo en que descansar siquiera un momento de la penosa ascension que hace al calvario de sus dolores. Allí está Gambetta para tenderle su brazo poderoso, para evocar en su alma recuerdos de gloria dormidos durante la ignominia del imperio, para verter en su oído la frase de esperanza que ha de reanimar sus fuerzas, y Gambetta hace todo esto. No importa que él no sea general, lo será por amor á su patria, por amor á su territorio, organizará ejércitos, levantará el espíritu decaído de sus compatriotas, desafiará al enemigo á fuerza de audacia, y como resultado de todo esto, en menos de tres meses conseguirá organizar un ejército de 600 000 hombres y recobrar Orleans. Aun no está todo perdido. Si Metz se sostiene, si MacMahon marcha sobre París y el sitio tiene que levantarse ó se prolonga indefinidamente; si las provincias responden al eco de aquella voz palpitante de convicción y fe que, como Jesús junto á la tumba de Lázaro, grita ante la tumba abierta de Francia: ¡Levántate y anda! si todo esto se consigue, ó los prusianos retrocederán y en la guerra donde la fuerza moral entra por mucho este primer retroceso arrastrará otros más sí, ó á lo menos no serán tan duras las condiciones de la paz... Pero el imperio ha hecho más que vender á Francia; antes la ha degradado, la ha hecho olvidar que es la nación del 89, la nación del primer Napoleon que llevó á todas partes sus águilas vencedoras, y Francia necesita la levadura del castigo para ser libre y feliz. Si hay allí un dictador que sabe mandar y disponer ejércitos, no hay, en cambio, generales que sepan obedecer y llevar esos ejércitos á la victoria. Francia no puede, no quiere resistirse, y sin luchar se entrega á sus enemigos que abreven sus caballos en el Sena, como en el siglo V los bárbaros abrevaron los suyos en el Tiber.

Y por lo mismo que en esta ocasión todos aparecen pequeños, por lo mismo aparece Gambetta más grande. El es el alma de la Francia, la parte de aquel alma no corrompida por el contacto con la podredumbre del imperio; inventa partes que no existen, supone fuerzas imposibles, organiza resistencias que no pueden llevarse á cabo; sale en globo de París para dirigirse á Tours, á Bourges, y á todas partes lleva su fe inquebrantable, su patriotismo acrisolado, su inmenso amor al país que le ha visto nacer. No hay en la historia ejemplo mayor de fortaleza que el que ofrece ese humilde abogado de París tratando de levantar á una nación á la altura de sus destinos, y colocándose delante de Alemania victoriosa como poco antes se había colocado delante del imperio omnipotente. Sus trabajos de aquellos tristes días constituyen una magnífica epopeya: la epopeya de la defensa nacional.

Obligado á aceptar el armisticio convoca la Asamblea nacional que ha de decidir de los destinos de la Francia; pero en el decreto de convocatoria excluye á los funcionarios del imperio que le eran sospechosos—y con razón después de la vergonzosa entrega de Metz,—Bismarck interviene y exige que el sufragio sea libre.—¡Lo veis?—exclama Gambetta:—el invasor no se quiere privar de sus preciosos auxiliares.—Pero el más fuerte es quien dicta la ley y al más débil toca obedecerla sin murmurar. El Gobierno tiene que sucumbir, y Gambetta presenta su dimisión y abandona la Francia; y mientras la Commune lo invade todo él recorre España, aguardando la hora de volver á su país.

Y desde que en él entra de nuevo, todos sus cuidados se reducen á afianzar la República, así como antes habían tendido á hacer patria; pues la idea de patria y la idea de la República eran inseparables en el culto que las prestaba el gran tribuno. Trabaja sin trégua, dirige elecciones, propaga, predica, canta en todo; los tonos del himno del derecho, y consigue que la República sea una, indivisible y respetada, oponiendo su pecho de atleta á los golpes que incansablemente le dirigen la demagogia roja y la demagogia blanca, que para vencer á los dos tenía sobra de aliento.

La conducta—en alto grado sospechosa—de MacMahon, dá nuevos triunfos á Gambetta, proporcionándole nuevas ocasiones de probar su patriotismo. El mariscal proyecta un golpe de Estado; la República parece próxima á morir á sus manos, como ya en otro tiempo murió á manos del tercer Napoleon; pero como sucede siempre, allí donde hay un peligro para Francia, allí está Gambetta pronto á combatirlo. El y sus 363 diputados desaprueban la conducta del presidente de la República, y la Asamblea es disuelta. Desafiado el pueblo francés por el general á quien encomendó la guarda de sus destinos, recoge el guante y acepta con firmeza el desafío. Es preciso que los

363 diputados vuelvan á los escaños de que los espulsará la traición, y volverán porque Gambetta lo ha ofrecido así. Este otro período es en su vida una nueva epopeya, la epopeya de la paz. El éxito concede esta vez sus favores al tribuno, y la República se salva. El célebre dilema de Belleville se cumple en todas sus partes: *O someterse ó dimitir*, ha dicho Gambetta, y el mariscal dimitió y va á ocultar en la sombra su nostalgia de tiranía y despotismo.

Elevado M. Grevy á la presidencia de la República y ocupando él la presidencia de la Cámara, conocidos son de todos los que en política se ocupan más ó menos directamente, su acierto en dirigir las discusiones, sus esfuerzos por calmar las impaciencias de los rojos y rechazar los rudos ataques de los ultramontanos; conocidas son de todos también las exigencias á que se vió obligado á sucumbir y que le llevaron á la presidencia del Consejo; su caída del poder no tiene un año de fecha y no hay por tanto para qué ocupar mucho espacio en recordarla. El porvenir se le ofrecía desembarazado, su popularidad en Francia era inmensa, su prestigio en Europa considerable. Para todos era prenda segura de la vida ordenada de la República, garantía del equilibrio de los partidos... Una prueba de su inmenso valer nos la dan los intranquilos y los reaccionarios. Mientras Francia no tiene voz más que para lamentar su pérdida, ni ojos más que para llorarle, en este universal concierto de lamentaciones se alza una voz áspera y discordante: es el graznido de los cuervos, el silbido de las fieras que después de la batalla vienen á insultar el cadáver caliente todavía del héroe que murió en lo más rudo del combate. Si á Gambetta le faltara la consagración de su valor, daríanla los rojos y los ultramontanos tratando de escupir el cuerpo inerte de su enemigo; que la envidia y el odio solo atacan á los grandes caracteres, no á insignificantes medianías.

Y grande, muy grande era en verdad I Gambetta.

No son los actuales momentos en que se ha cerrado la tumba del empujador de los más apropiados para conjurar las consecuencias de su muerte. Cuando el alma se burla en lágrimas, no puede la conciencia ser tan exacta; falta la serenidad que tan necesaria para ello. Sin embargo, mucho decir que la muerte de Gambetta es una pérdida y una gran desgracia para la patria levantada á costa de tan valiosos sacrificios.

No llevamos nosotros tan lejos nuestro dolor, que creamos herida ó muerta á la patria porque la falte su representante más su defensor más leal y decidido. Las naciones mueren como los individuos, y el porvenir de la República. Pero es indudable que la muerte de Gambetta en los consejos ha de notarse que el vacío que deja en el corazón de Francia de tardar bastante en llenarse. Era muy difícil no hay en Europa, y en Francia menos aún, muchos personajes de su talla. La República sufrirá, porque ya tiene vida propia y arraigada en el país; pero roto el dique que encauzaba las pasiones políticas difícilmente contenidas, quizá vengan terribles crisis. Confíemos en que la luz es tan luminosa y esplendente que no haya bras que puedan eclipsarla por completo. Tenemos fe en la República, fe en el porvenir de Francia republicana, hermana nuestra; imitemos esto al gran tribuno, que aun cuando gemiendo esclava bajo la tiranía del imperio destrazada y mal herida bajo el caballo de Mark, siempre tuvo fe en su destino, en su porvenir y á ella consagró todas las fuerzas de su poderoso espíritu.

HOR.

CORREO DE AMÉRICA.

MUERTE DE UN HOMBRE ILUSTRE.—SUCESOS Y ACCIDENTOS.—DE TODO UN POCO.

I

Al mismo tiempo que á Madrid llegaba la triste noticia de la muerte del más grande de los hombres de la Francia moderna, sobre cuya tumba la democracia del mundo entero se inclinaba con religioso respeto, nos llegaba de la joven América la noticia de la muerte de uno de sus hijos más ilustres, de sus más hermosos talentos, de sus más claras inteligencias; la triste noticia del fallecimiento, acaecido en Buenos Aires, del docto don MANUEL AUGUSTO MONTES DE OCA.

Idolatrado y admirado en su patria, era conocido en muchas partes de Europa, á donde había llegado el ruido de su fama como médico, el eco ardiente de su palabra como orador.

En aquellas tierras privilegiadas del talento, de la inspiración, donde, como ha dicho uno de sus historiadores, las más grandes reputaciones se improvisan en horas, la del doctor Montes de Oca, no la improvisó así, al acaso; sino que se formó, en nombre del estudio, de la ciencia de la elocuencia de una palabra magistral, del prestigio con ella adquirido en el bullicio de las Asambleas populares y en el seno de los Parlamentos, y de la madurez de sus consejos en las alturas del Gobierno.

II

El doctor D. Manuel Augusto Montes de Oca, era hijo del afamado médico de este nombre, uno de los proscriptos de la tiranía de Rosas, que como tantos otros patricios ilustres, tuvo que huir de su patria, huyendo de las persecuciones del tirano.

Padre noble y cariñoso, pado, con el auxilio de su profesion, atender á la educacion de sus hijos en las playas del destierro, cuidando con esmero la de Manuel Augusto, cuya extraordinaria precocidad y talento superior se revelaron desde sus más tiernos años.

En el Brasil estudió y se hizo médico, llamando la atencion en la docta facultad de Rio Janeiro, por la seriedad de sus estudios y las calidades especiales en ellos reveladas para ejercer con éxito seguro la profesion que habia dado á su ilustre padre fama y reputacion.

Vencido el tirano en 1852, el jóven médico regresó á su patria.

Esta asistia al *Te-Deum* de su redencion.

Todo en ella era expansion, entusiasmo, alegría de gloria, al ver amanecer aquella mañana de esperanzas, que despues de veinte años se divisaba por vez primera en los horizontes ensangrentados de la patria argentina.

Bajo el imperio de tantas y tan grandes emociones, el jóven Montes de Oca no tardó en sentirse tambien *arrastrado*, y sin por ello abandonar su profesion de médico, ejercida desde los primeros instantes con el acierto y aplausos que aseguran el éxito y labran reputaciones, se lanzó resueltamente á la política, presentándose en las asambleas populares, donde *debutó*, no como un desconocido, sino con el capital propio que le daban su talento probado ya, sus convicciones propias y grandes simpatías populares.

Así empezó en medio del aplauso entusiasta de esas asambleas populares, de las que, en aquellas democracias turbulentas, se sale para ir escalando todos los puestos de la vida pública.

Y esto es lo que sucedió á Montes de Oca, que, como diputado y senador, fué formando parte de todos los Parlamentos de su patria, dejando huellas, no solo de la competencia de su talento, cultivado por el estudio, la energía de convicciones, defendidas con todo el entusiasmo de la sinceridad, sino el eco de esa elocuencia fascinadora, que arrebató y arrastra, que convence y domina, que se impone en las grandes tempestades de la palabra.

III

Si la prensa y el Parlamento han sido siempre los más poderosos auxiliares para los hombres públicos, para Montes de Oca, sus discursos fueron las alas en que debia subir, y subir siempre, hasta llegar á ocupar el Ministerio de Relaciones exteriores tomando así una parte activa, durante muchos años, en la política militante de su patria, y contribuyendo á afianzar la libertad primero, y despues á fundar esta gran actualidad de la República Argentina, que será la gloria eterna de sus fundadores.

El talento de Montes de Oca era tan vario, que á todo lo aplicaba, siendo poeta y literato, orador, hombre de ciencia, político y administrador; pero en lo que más descolgó fué en la medicina y en la tribuna.

Jamás médico alguno de Buenos-Aires llegó á su popularidad, ni otro ninguno tampoco fué tan simpático y querido de su culta sociedad.

Dotado de un carácter tan bondadoso, que podria llamarse angelical, hacia de su profesion de médico un verdadero apostolado de caridad y consuelo, experimentando íntima satisfaccion é inocente alegría cuando podia calmar un dolor, ó enjugar una lágrima.

Pudiendo ganar millones, apenas se contentaba con ganar lo necesario para vivir, con holganza sí; porque como todos los hombres superiores, *saboreaba* las delicias de la mesa por gozar de su amena compañía.

En su trato social, encantaba.

Era no solo alegre, sino gracioso.

Su corazon, el de un niño: en él jamás se anidaron, ni la maldad, ni los odios, ni la envidia. Su bolsa era la de sus parientes y amigos, pues raro era el que llamase á su puerta sin encontrarlo siempre con la sonrisa en los labios, dispuesto á servirle con placer y á gozarse en el ajeno bien.

Al verle en su hogar, embellecido por la presencia de su lindísima esposa, amándose con toda la ternura de un amor celestial, se le podrian aplicar á Montes de Oca, estos versos de Ducis á su amigo Droz:

*Dieu ressemble pour vous, sous votre toit paisible,
Des trésors de raison et de grâce et d'esprit,
L'art de se rendre heureux dans vos mœurs est écrit.*

Montes de Oca no habia llegado en su patria á la altura de Gambetta en la suya; pero si la Francia está de luto por la pérdida de su primer hombre, la República Argentina lo estaba tambien por la del que allí se consideraba como uno de los primeros, por su gran talento y por las dotes excepcionales de su carácter.

Conociendo cuánto valia, hemos querido tambien agregar una flor á la corona que la mano de la gratitud nacional ha depositado sobre su tumba.

¡Paz para Montes de Oca en ella!

IV

Volviendo la vista ahora hácia el Paraguay, la República vecina á su patria, nos causan verdadera satisfaccion las noticias que de allí recibimos, porque ellas nos presentan á la jóven y martirizada nacion entrando de lleno en esa vida de libertad, de trabajo y progreso, en que los pueblos se engrandecen.

El 25 de Noviembre, aniversario de la fiesta nacional, habia obtenido el mando el general Caballero, electo Presidente Constitucional, despues de haber desempeñado el mando interinamente, presidiendo la época de tarea fecunda en que despues de la espantosa guerra, y de posteriores luchas civiles, debian restablecerse los poderes públicos y las instituciones.

Con tal motivo, las fiestas habian tenido un carácter *verdaderamente popular*, tomando parte en ella toda la nacion, contenta y satisfecha de ver al frente de sus destinos un hombre sinceramente patriota, y un Gobierno compuesto de ciudadanos de talento.

Al prestar juramento ante el Congreso, el presidente electo pronunció este levantado y patriótico discurso:

«Señores Senadores y Diputados:

Elevado por el voto unánime de mis conciudadanos para ejercer la primera Magistratura de la República, acabo de prestar el juramento que la Constitucion prescribe, empujando la promesa de que cumpliré las elevadas funciones que corresponden á tan honroso y delicado puesto.

En momento tan solemne es mi deber expresar los propósitos que me animan, no sin agradecer profundamente este nuevo testimonio de confianza que recibo del pueblo.

Conoceis ya cuáles son los actos que han señalado mi administracion provisoria anterior. Os prometí en esa ocasion el cumplimiento fiel y exacto de la Constitucion y de las leyes, como la única norma que debe guiar al gobernante recto y honrado, y de que inauguraria un período de moral administrativa, no sólo como un deber de patriotismo, sino como una necesidad suprema para nuestra existencia política.

El programa que me impuse entónces, es el que me propongo seguir ahora con más persistencia que nunca, persuadido íntimamente de que tan sólo así radicaremos las instituciones libres y fundaremos la República democrática.

Afianzada la situacion política sin que pueda abrigarse temor alguno de que ella sea conmovida en el futuro; regularizada en lo posible la marcha administrativa, haciendo efectiva la independencia de los poderes públicos, ha llegado la oportunidad de emprender la noble y paciente tarea de las reformas conducentes á una trasformacion completa en el órden político, como en el moral y material.

Confieso que este trabajo demanda una consagracion asidua y depende de la accion lenta del tiempo; pero creo tambien que la época es propicia para la iniciativa y que debemos aunar todos nuestros esfuerzos para realizar la obra de regeneracion necesaria para el desenvolvimiento y prosperidad nacional.

Para alcanzar estos resultados debemos ante todo propagar la instruccion popular é infundir en el espíritu de todos los ciudadanos el respeto y el amor á las instituciones, preparando así los elementos de la trasformacion social que han de asegurar nuestra futura grandeza.

No basta, sin embargo, la difusion de la educacion para llegar al colmo de nuestros deseos. Necesitamos tambien inspirar á nuestras masas populares los hábitos del trabajo, no solo como fuente de toda moralidad y para asegurar el bienestar de cada uno, sino tambien para multiplicar las fuerzas productivas de la nacion, como el medio más seguro para resolver todos los problemas económicos. No olvidemos que si la ignorancia es origen de todos los males, la pobreza es madre del atraso y del oscurantismo.

Las reformas económicas requieren tambien nuestra atencion más preferente, y será uno de mis primeros deberes recomendar á vuestra consideracion todas aquellas medidas que contribuyan á consolidar nuestro crédito, á fomentar la inmigracion, á mejorar las vías de comunicacion en el interior, y á proteger la industria y el comercio. Las obras de utilidad pública necesitan de un poderoso impulso en países nuevos, donde todo está en vía de formacion, y donde tan necesarias son para operar el progreso material.

El país posee elementos propios, y cuenta con riquezas naturales de sobra para realizar cualquiera de estas grandes empresas. La cuestion está en promover su desarrollo de una manera conveniente y armónica, estudiando los problemas que nos conduzan de una manera directa é inmediata á los fines á que todos aspiramos.

Para la consecucion de estos propósitos confío en el auxilio de la Providencia, en la cooperacion activa y patriótica de mis conciudadanos, y en el apoyo que me presteis vosotros como mandatarios del pueblo, no dudando que si trabajamos de consuno alcanzaremos el cumplimiento de las esperanzas que quedan bosquejadas para realizar la felicidad y engrandecimiento de la patria.»

V

Este patriótico discurso, recibido con entusiasmas aplausos, habia producido en todo el país la impresion favorable que en los pueblos inspira la palabra honrada del hombre *que cumple lo que promete*.

El presidente organizó su Ministerio del modo siguiente:

Interior, Juan A. Meza.

Relaciones Exteriores, José Segundo Decoud.

Hacienda, Juan de la Cruz Jimenez.

Guerra, Coronel Pedro Duarte.

Justicia, Culto é Instruccion pública, Juan G. Gomez.

En su mayor parte jóvenes, estos ciudadanos

poseen las necesarias calidades para dar forma al programa del presidente, entregándose con fé y entusiasmo á los trabajos de un Gobierno de reconstruccion y progreso.

Los diarios de la capital paraguaya anuncian la llegada á su seno del jóven abogado D. Adolfo Decoud, hermano del ministro.

Conociendo cuánto vale, reputamos como una gran conquista para la patria que este jóven se decida á residir en ella.

Educado en los primeros colegios de Buenos-Aires, y formado en sus Universidades, Decoud es uno de los jóvenes de más brillante talento y más vasta instruccion, no solo del Paraguay, sino de aquella parte de América, en la que goza la reputacion de un escritor tan galano como fecundo.

Si se decide á prestar su contingente á la nueva situacion que para su patria se abre, puede serle de la mayor utilidad; y no dudamos que, comprendiéndolo así, el presidente le ofrezca un puesto elevado en que pueda lucir sus hermosas facultades.

M. NUÑEZ DE ARCE.

EL EGIPTO Y EL NILO.

I

Sus antiguos habitantes le llamaban *la tierra negra*, en oposicion con el blanco desierto de la Libia, que le circunda y le estrecha por todas partes.

Este país ha conquistado la indisputable gloria de haber poseído la civilizacion más antigua de todos los pueblos del globo, y sus anales y sus monumentos se remontan á los siglos más lejanos de la era cristiana.

Sus grandes pirámides han sido construidas 2500 ó 3000 años antes del nacimiento de Cristo; y por un fenómeno extraordinario, esta sociedad, primitiva y civilizada hace sesenta ó setenta siglos, ha tenido el privilegio singular, la rara fortuna de transmitirnos los testimonios vivos de su existencia.

Los monumentos faraónicos de Memfis y de Tebas han desafiado las iras del tiempo destructor; y apoyados sobre los trabajos de la erudicion moderna, que de sus tumbas ha resucitado el antiguo Egipto, podemos conocer en su vida religiosa, en su vida política y en su vida social, las generaciones extinguidas despues de millares de años, y darnos cuenta de lo que era el valle inferior del Nilo, fecundado por un rio bendecido, en la época de su más grandioso esplendor.

Champollion, un eminente sabio, nos ha revelado los misterios que atesoran sus templos, palacios, necrópolis, colosos ó esfinges y obeliscos que cubren todavía, como en el tiempo del historiador Herodoto, la tierra de Egipto; las inscripciones y esculturas que ostentan, cuyos colores no han perdido nada de su brillo, y en su seno ellos guardan un pueblo de momias, innumerables rollos de papiro, cubiertos todos de caracteres geroglíficos, que ya no son un arcano para la ciencia.

Se ha repetido con frecuencia que los Faraones egipcios se mantenian separados completamente del resto del mundo; pero la historia ha patentizado que sus correrías conquistadoras les condujeron á Etiopía, Arabia, Siria, y tal vez hasta al Asia Menor.

Ya son conocidos los esfuerzos que hicieron para favorecer el comercio; Nechao alentó y envió los navegantes fenicios, que pueden ser dos mil años antes que Vasco de Gama, dieron en sentido inverso la vuelta al Africa. Y, en fin, Ramses II, Sésostris, empezó la empresa del canal del Nilo al mar Rojo, terminado por un Faraon agamenida, por Dario, el hijo de Hitaspes, lo que es una prueba irrefutable de que el Egipto no queria vivir en un aislamiento salvaje.

El Egipto primitivo, el Egipto faraónico, estableció relaciones con varios pueblos, con Etiopía sobre todo, Asiria, Persia, porque no sólo expresó perfectamente en el arte su propio tipo, sino tambien, aunque con menos exactitud, los tipos de las naciones que conocia por la guerra y por la victoria; se han reconocido en sus pinturas murales, no sólo el negro con sus variedades, sino el indio, el asirio, el persa, el griego ó jonio, el escita, germano ó galo.

Y, es cosa singular, segun el juicio de Proudhon, que todas estas figuras, tan bien caracterizadas, se parecen, de un lado, por la exageracion de los hombros, el aspecto un poco delgado y largo de los miembros, y del otro, por la disposicion de las cabezas, generalmente representadas de perfil, con los ojos vistos de frente; y cuando la figura es vista de frente, los piés se mantienen de perfil, lo que patentiza la inexperiencia del arte, ó un signo involuntario de inmovilismo, cuando las mismas disposiciones se encuentran en los monumentos anteriores y posteriores á la era cristiana, lo que hace sospechar que este fenómeno extraño puede haber sido conservado por respeto á la tradicion.

La simetria, el método, ciertas reglas convencionales de actitud y de gesto, que resaltan hasta en las escenas que suponen más agitacion y movimiento; batallas, ejercicios gimnásticos, la realidad y el símbolo, la historia y la mitología mez-

clados, ofrecen una idea general del arte egipcio.

El Egipto se consagraba sobre todo á los tipos, á generalizaciones; hizo servir el arte á la expresion de la idea; era dogmático, metafísico; el tipo parece haber sido, en individualidades, casi uniforme, así como se observa entre los negros; se juzgaba que era bella la figura, desde que el tipo era obtenido.

El arte esencialmente metafórico, emblemático, alegórico, tan enamorado de la simetría, según los grabados nos han revelado, que todos los rostros de reyes, de prelados, de guerreros, tienen las mismas actitudes, la misma fisonomía y la misma expresion convencional.

Daio, Cambises, los Ptolomeos, representados en traje y en una actitud egipcia, no parecen diferir de Amenofis y de Sesostris. Se diría que los artistas egipcios han querido honrar y enaltecer á sus dueños extranjeros, dándoles los rasgos de la raza indígena, considerada por ellos como la raza por excelencia, el más noble bosquejo de la humanidad.

Su religion es todo á la vez zoomórfica y antropomórfica; su arte procede de la misma inspiracion. Su lengua joven, formada por analogía, esencialmente figurativa; su escultura, en parte ideográfica y en parte alfabética, imprimen al arte su carácter.

Las escenas de la vida doméstica, los funerales y hasta las caricaturas; los trabajos agrícolas é industriales, caza, pesca, navegacion, suplicios, las batallas, los triunfos, las escenas religiosas, todo se encuentra en la pintura y la estatuaria egipcia.

Sus templos reflejan las costumbres, los pensamientos, la historia y la vida de Egipto; no olvidan ningun hecho social que el arte puede poner de relieve, y servir de monumento y de gloria á una ciudad. Por el fondo de las cosas y por el fin, el arte egipcio ha sido fiel á su alta mision, y no ha quedado inferior á ningun otro.

Ha abrazado todos los elementos que constituyen la vida de un pueblo: la escritura, la historia, la cronología, el dogma, la metafísica, la moral, expresadas por representaciones más ó menos prácticamente ejecutadas.

Ha sido un instrumento á la vez político y religioso, dirigido por el sacerdocio; un medio de civilizacion: y por esta fuerza de colectividad, por la comunidad de los pensamientos y la constancia de las tradiciones, el arte egipcio, á pesar de los estrechos límites en que, al parecer, se ha contenido voluntariamente, adquirió una originalidad y un vigor de estilo que le ha hecho resplandecer hasta su decadencia, que Champollion joven ha juzgado inevitable en la época de los Ptolomeos.

El arte debía sufrir una renovacion en su contacto con los griegos y con los persas, despues con los romanos y los indios; pero al perder el Egipto su autonomía natural, se extinguía el géneo del viejo Egipto.

Es un axioma demostrado por la historia, que el arte sólo puede florecer bajo la influencia de la libertad y de sus instituciones para formar un ideal comun y una estética general, fundado en la union del derecho y del deber, cultivado como el más alto pensamiento de la inteligencia, la más noble expresion del alma, la suprema manifestacion de la humanidad.

Mas no debe entenderse la libertad, que es el signo del progreso, en emanciparnos de las leyes de la verdad y de la justicia, respecto del arte, porque no se desarrollaría, si no poseyera en sí su materia y su razon, si no se apoyara sobre estas dos columnas de toda libertad: lo justo y lo verdadero.

Así, condenamos la teoría del arte por el arte como una pura fantasía, que no es más que la excitacion de los sentidos, y no la inspiracion idealista de la conciencia.

Alejandro, fundada por el gran conquistador Macedonio, fué en la época de la dominacion griega y romana en Egipto una metrópoli comercial, al mismo tiempo que intelectual, como la antigüedad no conoció otra semejante.

No era solamente la ciudad del comercio; era tambien la ciudad de las letras y de las ciencias, á donde venian á converger, no sólo los conocimientos de los países vecinos, sino los de las comarcas más distantes.

En Alejandro se elevó la geografía á un sistema razonado, que tenia por base las ciencias matemáticas. Allí Eratóstenes escribió la primera geografía científica; allí Claudio Ptolomeo construyó las tablas que, durante catorce siglos, fueron el manual de la geografía sistemática en el mundo oriental, como en el mundo occidental.

Centro del cosmopolitismo antiguo, resumió más completamente que Tiro, Cartago, Atenas y aún Roma, el movimiento de las transacciones á la vez materiales y morales entre las diferentes partes del mundo antiguo; ella ha sido, por el espacio de tantas generaciones, el gran mercado de la industria, al mismo tiempo que el gran emporio del cambio de las ideas.

La navegacion del Mediterráneo, la del mar Rojo y la del Océano Índico, y relaciones frecuentes unieron aquel puerto con la Etiopía, donde el estado sacerdotal de Meroe recordaba la antigua jerarquía egipcia. El canal del Nilo al mar Rojo, restaurado bajo los Ptolomeos, en actividad bajo los romanos, al lado de las rutas de las caravanas que ligaban el alto Egipto á Berenice, á Myos-Normios, quedó abierto hasta la época del dominio árabe.

Esta comarca, dominada ahora por el islamismo, lo fué en el tiempo antiguo por el imperio romano y por el cristianismo.

Aunque Alejandro no ostente hoy su antiguo esplendor, y que haya cedido el primer rango á la capital nueva, el Cairo, Alejandro es aún la principal vía del tráfico internacional, porque continúa haciéndose por ella, como en la antigüedad el gran comercio entre el Occidente y el Oriente.

Los odios religiosos han dividido el Mediterráneo en dos mitades hostiles que se combaten continuamente, antes en la epopeya de las cruzadas, y en los tiempos modernos la Iglesia, ha lanzado en vano su anatema contra los cristianos felones que iban á traficar con los árabes, más tarde con los mamelucos; la pasion del lucro ha sido, en todos tiempos, más poderosa que todos los obstáculos y que todas las prohibiciones.

Se va, á pesar de todos los peligros, á pagar derechos enormes á los dueños de Alejandro y del Cairo, para ir en busca de las mercancías preciosas de la India, que pasan por seis manos diferentes, y que no llegan á Europa sino á precios fabulosos. Es una cosa notable esta persistencia del comercio del mundo, en el camino que eligió desde luego. Muchas veces, antes y despues de las cruzadas, se ha querido dirigirse por otras vías, por la Persia ó por la Rusia y por el Turkestan; pero él siempre vuelve á su camino, el más natural, Alejandro, el Nilo y el mar Rojo.

Todo lo que se refiere á este país, teatro ayer de acontecimientos trascendentales, merece la atencion de nuestros benévolos lectores.

II.

El Nilo es el creador del Egipto. El gran Sahara, este inmenso desierto de abrasadoras arenas que se extienden del mar Rojo al Océano atlántico, no era atravesado sino por un sólo curso de agua. Antes que el hombre pudiera habitar esta tierra inhospitalaria, este curso de agua seguía su camino silencioso, desbordaba todos los años, y al retirarse dejaba sobre la arena un rico depósito de tierra fértil, hasta que en fin el Delta fué formado.

El hombre vino en una época tan lejana (que no podemos indicar un dato aproximativo) á habitar las tierras fértiles así creadas por el Nilo, y este rincón de la salvaje Africa arrancado al desierto, fué el Egipto.

El Egipto era el Nilo, y el Nilo era el Egipto. Limitado al Este por el mar Rojo, al Norte por el Mediterráneo, teniendo la vía del Nilo para sus comunicaciones interiores, el Egipto llegó á ser en la más remota antigüedad el país más civilizado y más floreciente del mundo.

No llueve en Egipto. No hay ni una gota de rocío en estos desiertos abrasados que el río majestuoso atraviesa en una longitud de ochocientas sesenta millas, sin recibir un sólo afluente. Vaporizado por el aire ardiente; absorbido por las arenas del desierto, á pesar de todas las pérdidas causadas por la evaporacion y por la absorcion, el noble río no cesa de correr y se desborda en la estacion de más calor, para proporcionar la subsistencia á los egipcios; es el padre que los alimenta.

Miles de años han transcurrido desde que se levantó ante el viejo Cairo, sobre la isla de Rodas, una columna graduada que ha sido vigilada siempre con ansiedad, y se ha medido siempre en este *nilómetro* el desborde y la altura del río.

El Faraon Necho hizo comenzar un canal destinado á unir el Nilo al mar Rojo; la empresa no obtuvo éxito, pero fué realizada despues de la conquista de Persia, y la comunicacion por agua se estableció entre el mar Rojo y el Mediterráneo.

El gran problema geográfico que los reyes y los prelados querian resolver, era el de indicar la causa del desbordamiento anual en Julio y en Agosto, cuando los rios de Europa disminuyen su curso.

El Nilo fué la causa de la colonizacion y del establecimiento de los israelitas en Egipto, el suceso más importante de su historia, en el año 1706 antes de Jesucristo, cuando la familia de José vino de Canaan para comprar trigo durante los siete años de hambre.

Siete años de fertilidad extraordinaria, que debieron ser producidos por los desbordamientos considerables del Nilo, habian llenado los graneros de Faraon, que pudo alimentar toda la poblacion de Egipto en los siete años de hambre, causada por una sequía desoladora que agotó los grandes tributarios del Nilo, que descendian de las montañas de la Abisinia, y estos tributarios eran el Athara, Iaccazy, el Salaam, el Angrab, el Rahel, el Dinder y el gran Nilo azul.

La fertilidad engendrada por el Nilo atrajo una multitud de emigrantes, y todo lo que se refiere á Egipto se halla tan íntimamente ligado con aquel río, que una de sus penetraciones causó las célebres plagas de Egipto. Morian los peces del río, que era tan fétido que los egipcios no pudieron beber sus aguas, y hubo sangre por todo el país.

El origen de esta plaga fué, sin duda, que estaba tan bajo el río, que cesó la corriente; el agua estancada engendró millares de animales rojizos, de color de sangre. «Los egipcios profundizaron alrededor del río para encontrar agua de beber,» dice el Exodo.

Los árabes han rehusado siempre beber el agua del Nilo blanco cuando el río está bajo, á

causa de estos pequeños gusanos que el agua contiene, y que afectan al estómago, así como las ranas.

Los libros santos nos han trasmitido estos hechos notables. La civilizacion, la ciencia, han comenzado sobre las mirgenas de este río. Moisés era, se nos dice, «sabio en la ciencia de los egipcios.»

Pero toda la sabiduría del pueblo, que fué el centro de la civilizacion humana, no pudo descubrir las fuentes del Nilo, que era su más grande empresa.

Muchos pueblos hicieron numerosas expediciones por espacio de miles de años para encontrar estas fuentes, y todas fueron infructuosas hasta que Bruce descubrió hace un siglo las fuentes del Nilo azul; pero el mismo Bruce confesó que el Nilo azul no era más que un afluente del río principal, conocido con el nombre de Nilo blanco.

Los exploradores sucesivos de las regiones pantanosas del interior de Africa, perecian rechazados por una fatalidad terrible; y siendo invencibles las dificultades que se oponian á los viajes por el Norte, la Inglaterra envió una expedicion por el Sur, *via* Zanzibar.

Dos intrépidos exploradores, Speke y Grant, jefes de esta expedicion, no se desalentaron ante ningun obstáculo, y arribaron al fin á la primera fuente del Nilo, el lago Victoria.

Baker, otro inglés, encontró á los célebres expedicionarios en el centro mismo de Africa, por 4° 55' de latitud Norte. Ellos entraron en Gondokoro el día 15 de Febrero de 1863, á la cabeza de diez y ocho valientes indígenas, que los acompañaron desde Zanzibar, que estaban flacos, descarnados, agostados por las fatigas y por las enfermedades, pero activos de haber acertado en una empresa en que el mundo entero habia encallado.

La etapa de Kartouns á Gondokoro duró cuarenta y cinco días. Nada más penoso, dice Baker, que este viaje á través de pantanos interminables y de vastas llanuras cubiertas de cañas y de papiro. En todo este largo trayecto, no se encuentra ni una sola montaña ni una colina.

Nada tiene de admirable que las anteriores expediciones hayan retrocedido desalentadas á la vista de un país tan desolado.

Parece que desde que se llega á Gondokoro la escena cambia; cesan los pantanos, y se encuentra con alegría la tierra firme. Arboles siempre verdes, aldeas, cadenas de montañas recrean los ojos, fatigados de no ver más que monótonos pantanos.

La exploracion de Speke y Grant habia sido completa. El Nilo que ellos atravesaron debajo de la catarata de Karama, se dirigia repentinamente hacia el Oeste; y despues de lo que los digeron los indígenas, él se lanzaba en un gran lago, el Luta N'zige. Speke y Grant no pudieron seguir esta parte del río, porque los geógrafos que discutieron este punto no explorado, olvidaron lo que tenian que sufrir los exploradores para hacer lo que habian hecho Speke y Grant, que se embarcaron en Gondokoro para volver á Inglaterra.

Baker arrojó las más duras pruebas, los peligros más terribles en aquel país desconocido, y lo que causaba su más grande inquietud era la compañía de su esposa, que con la abnegacion que sólo atesora el alma de una mujer, habia querido participar de todas sus fatigas y de todos sus desastres.

Fuó grande la lucha en el corazón de Baker, torturado por la idea de cuál sería el destino de su mujer si él moria, dejándola sólo en medio de los salvajes del centro de Africa. Pero la gloria de su país, la responsabilidad que él habia asumido de la tercera expedicion al Nilo, le decidió á todo trance á desafiar la muerte.

Lo que se llama «el comercio del Nilo blanco,» no es sino un sistema de robos, de asesinatos y de la trata de esclavos. No pueden ser descritas todas las atrocidades que cometen las gentes empleadas por los mercaderes. El comercio de caballos, de camellos y de asnos, consiste en robar rebaños enteros á los indígenas, y la gran diversion de los bandidos que comercian con el marfil, es la de matar tribus enteras.

Baker quiso partir escoltado por cuarenta y cinco hombres bien armados; pero estos hombres eran habitantes de Soudan, que habian practicado otras veces aquellos diferentes comercios, y la escolta se dispersó y se unió á las diferentes bandas que partian para hacer la caza de los esclavos.

Á fuerza de dones consiguió conservar diez y siete hombres, y consintieron en acompañar á Baker si este se dirigia al Este, cuando la ruta que debía emprender era, al contrario, hácia el Sur.

Despues de siete días de marcha por un país montuoso y fértil, habitado por las tribus de los Bari y de los Ellyria, al llegar á Latooka estalló la rebelion entre muchos hombres de su escolta, y, asociados á una banda de más de cien hombres armados de fusiles, fueron á atacar á una aldea indígena en las montañas; pero los latookas son un pueblo belicoso, que posee inmensos rebaños y cultiva muchas variedades de cereales; rechazaron valientemente á los cazadores de esclavos, y despues de la victoria Baker fraternizó con ellos, muy dispuestos á su favor.

Merced á otros dones, alcanzó la neutralidad de algunos mercaderes que le eran hostiles, y les acompañó durante cuarenta millas, hasta llegar á Obbo, situado en medio de altas montañas, donde al principio de la estacion de lluvias, desde el mes de Febrero hasta el de Noviembre, aparecen las

tsetse, unas moscas que hicieron morir todos los animales que conducían á Baker.

Sin medios de transporte, logró ser amigo de unos mercaderes; y arreglando sus fusiles, cuidando sus enfermos y heridos, y siendo el árbitro en sus disputas, cambió con los mercaderes, por provisiones, casi todos sus trajes y calzados, compró bueyes en cambio de fusiles, acostumbrando á estos bueyes á llevar una silla para poder montar en ellos.

Kachiva, el rey del Obbo, se creía el más grande mágico del país; pero su magia era impotente contra las moscas, que destruyen todos los animales de su reino.

Este viejo jefe tenía ciento diez y seis hijos vivos, y arañecía ser un excelente padre de familia. Dijo á Baker que él estaba desnudo por necesidad, y el viajero le dió una bata de mujer que el rey revistió rápidamente con los aplausos de su pueblo.

La permanencia de Baker en Obbo duró muchos meses, hasta que el 5 de Enero de 1864 cesaron las lluvias y los rios fueron vadeables. Atravesó el Attavi y el Asna, rios considerables, y llegó á la catarata de Karuma, donde Speke y Grant abandonaron el Nilo, que se dirigía hácia el Oeste. El país es magnífico, entrecortado de montañas de granito, de bosques, de prados y de numerosos rios. Los indígenas, enteramente desnudos, no tienen la menor idea de un Sér Supremo, y no profesan ningun culto.

Como casi todos los africanos, ellos detestan el trabajo y pasan su tiempo en cantar, danzar, beber y robar los rebaños de las tribus vecinas.

Baker arrojó innumerables riesgos, sobre todo en el Unyoro, donde su rey Kamvasi quiso que le hiciera el presente de su mujer, y darle en cambio una de las más jóvenes y hermosas indígenas; la energía del viajero, que amenazó al rey con una pistola, le salvó milagrosamente cuando ya se creía perdido, pero con gran admiración suya el rey le dejó partir.

Por la primera vez los indígenas le hablaron de la ciudad de Magungo con certidumbre, y Baker ya partió seguro de la existencia de este lago.

Su viaje fué una sucesion de miserias; la lluvia caía á torrentes; sufrió la fiebre su mujer; conducida enferma en una litera, quedó incurable; durante algunos dias le faltaron las provisiones, las tiendas, y despues de diez y ocho dias de marcha por un país lleno de numerosas lagunas, cubierto de papyro, el dia 14 de Marzo ascendió á la cumbre de un monte, y se presentó á sus ojos un lago inmenso, un mar sin límites al Sur y al Sur-Oeste; al Oeste, á 50 ó 60 millas de distancia, montañas azules que parecían salir del lago, se elevaban á una altura de 7.000 piés.

Descendió de la colina, y despues de trece dias embarcado en canoas, arribó á la union del lago con el Nilo en Magungo. Esta aldea está situada alrededor de 250 piés encima del nivel del lago. Inmediatamente, debajo de Magungo, el rio se arroja en el lago, que recibe toda el agua pluvial de las grandes montañas del Este y del Oeste, y además el gran tributario, que salía del lago Victoria, se lanza en su seno en Magungo. Las aguas acumuladas de este estanque forman la fuente del gran rio, el Nilo blanco.

Como monumento imperecedero á la memoria del marido de la reina Victoria, Baker bautizó este lago con el nombre de Alberto N'yansu.

El es el gran depósito del Nilo, de donde nace ya gigante en su nacimiento, y que no recibe más que dos afluentes, el Asna y el Sobat, que corren del Sud-Este al Nord-Oeste.

Una estacion de lluvias que dura diez meses acrece el lago Alberto, y permite á este gran estanque de enviar á Egipto, durante todo el año, un volumen de agua bastante considerable para resistir á la evaporacion y á la absorcion de los desiertos nubios. Sin el Nilo blanco, ni una gota de agua del Nilo azul llegaría á Egipto en la estacion seca; así, sin el lago Alberto, este país perecería por la sequía. En el mes de Junio, la estacion de las lluvias en Abisinia hace desbordar el Nilo azul y el Athara; la estacion de las lluvias tiene lugar en la misma época en las comarcas vecinas del lago Alberto, y podemos explicarnos de este modo las inundaciones del bajo Egipto.

EUSEBIO ASQUERINO.

ADELARDO LOPEZ DE AYALA (1)

EPÍSTOLA AL PRESIDENTE DEL ATENEO ESCOLAR BADAJOENSE.

Madrid 6 de Agosto de 1880.

Muy señor mio y distinguido amigo: Me pide Vd. algun trabajo para honrarlo con su lectura en la sesion que ha de celebrarse por ese Ateneo el dia 14, á la memoria del más inspirado génio que

(1) El dia 30 de Diciembre último tuvo lugar en la parroquia de San José el tercer aniversario del eminente poeta Ayala, gloria del teatro moderno. Admiradores nosotros de su prodigioso ingenio, le dedicamos una memoria en LA AMERICA publicando la notable Epistola del cronista extremeño D. Nicolás Diaz y Perez, amigo que fué del ilustre vate, su paisano.

ta de ese nuevo centro de cultura que abre sus puertas honrando la memoria de los hombres grandes; porque se trata de conmemorar al poeta Ayala; porque se trata tambien de que la antigua capital de Extremadura una su eco, por la voz de sus inspirados hijos, al eco que resonó en España entera cuando el autor de *El tanto por ciento* dejó de existir. Débil es mi palabra, pobre mi ingenio, modesto mi nombre empero, tambien los pequeños deben estar representados en esa fiesta. Por esto, amigo mio, me permito contestar á su atenta comunicacion, manifestándole cuanto sé y cuanto siento por el ilustre poeta á quien todos lloramos.

Ayala representa un carácter, un génio; acaso un carácter como Catulo, y tambien un génio como ha tenido nuestra patria en los tiempos presentes y yo no sé negarme á complacerle, porque se tralucano. Participaba de las dudas que tanto enalzaron al poeta emeritense Deciano, y tuvo momentos de arranque é inspiracion más grandes que Juvencio, otro ilustre extremeño que honra esta grande patria de Cerdio Sinforo y de Isidoro, de Paulo el *Diácono* y de Teodoro *Pacense*, de García de Paredes y Hernan Cortés, de Balboa y del *Brocense*.

Y es que Ayala, como todos los poetas, son grandes hasta en lo más pequeño, y sus defectos y debilidades los elevan juntamente con sus grandes concepciones hasta los últimos cielos del Parnaso.

Habia nacido Ayala en 1829, en Guadalcanal, pueblo que perteneció á Extremadura hasta la última division de provincias. Con un dómine religioso estudió en su pueblo la primera enseñanza y las humanidades, como entonces se estudiaban estas materias.

A los catorce años fuere á Sevilla á cursar jurisprudencia. Pero el estudio del derecho no satisfacia las inclinaciones de su espíritu y abandonó las recitaciones y las glosas, la Instituta y las Partidas, como tantos otros, por la gaya ciencia. Escribió ya entonces muchos y buenos versos. Sus compañeros de aula recuerdan unas octavas reales contra las disposiciones que sobre trajes escolares adoptaron por entonces los catedráticos de la Universidad hispalense, octavas tan armoniosas, tan elegantes, tan originales, que dejaron sentada entre todos—y á la sazón Sevilla era un importante centro literario—la fama del jóven poeta.

Pronto dejó la poesía lírica por la dramática y trocó Sevilla por Madrid. Vino á la córte en 1849, cuando tenía veinte años, y se consagró por completo al teatro. Entonces, en la época más brillante y tambien en la más laboriosa y fecunda de su existencia, escribió *El hombre de Estado* que revelaba sus grandes dotes; pero que no obtuvo sino un éxito mediano; *El tejado de vidrio*, pieza notabilísima que hizo popular, conocido y admirado su nombre, y *El tanto por ciento*, que le elevó á la mayor altura, colocándole á la cabeza de nuestros poetas dramáticos contemporáneos y haciendo inmortal su recuerdo como el de los peregrinos ingenios que son gala y timbre del siglo de oro de la literatura española. Todavía se representa y nunca de-aparecerá de la escena esa obra cuya aparicion fué acogida con extraordinario entusiasmo. Gran número de literatos reunidos, á quienes presidia el señor Martinez de la Rosa, ofrecieron al autor de *El tanto por ciento* una corona en prenda de la sinceridad con que admiraban su produccion última y al siguiente dia escribieron en la prensa los elogios más entusiastas que podian hacerse por un contemporáneo por un génio «tan bellamente agradable por su figura, y por sus maneras y por su palabra;» pues aquella gran cabeza sobre aquellos anchos hombros parecía el mundo del talento sostenido por Atlante. Su rostro era un óvalo perfecto; la tez fina y blanca; la fisonomía animada por la intensa llama de unos negros ojos, expresivos y lánguidos, que hablaban todos los idiomas del alma, en todos los ritmos y cadencias; y la frente espaciosa, adornada de larga cabellera como el ébano, formaba con su rostro un busto de grandeza incomparable.

Sus obras principales, que constituyen hoy el pedestal de su fama, son *El tejado de vidrio*, *El tanto por ciento*, *Un hombre de Estado*, *El nuevo don Juan* y *Consuelo*; y no creó escuela y no tendrá imitadores, porque á la perfeccion sublime del arte se llega por el génio.

La comedia rústica y desaliñada ántes de Lope de Vega, vestida con sus galas, llegó á la córte por la mano de Calderón.

La comedia de frialdad clásica de los Moratines, envuelta despues en los atavios de la escuela romántica, se encendió y fulgura con las pasiones humanas que se destacan en todas las obras del ilustre extremeño.

Un número considerable tiene Ayala de poesías sueltas diseminadas por revistas y periódicos, capaz por sí solas de darle el nombre de gran poeta, si ya no lo tuviera por sus obras dramáticas. Sobre todo en los sonetos está muy por cima de nuestro gran ingenio Quevedo, y sólo puede aventajarle el inmortal Petrarca. Una muestra de esta verdad se ve patentizada en los seis que aquí copio, y alazar he acotado de entre tantos como tiene mejores:

I

Déjame penetrar por este oido camino de mi bien el más derecho, y en el rincón más hondo de tu pecho deja que labre mi amoroso nido.

Feliz eternamente y escondido viviré de ocuparlo satisfecho, de tantos mundos como Dios ha hecho este espacio no más á Dios le pido. Yo no codicio fama dilatada, ni el aplauso que sigue á la victoria, ni la gloria de tantos codiciada; quiero cifrar mi fama en tu memoria, quiero encontrar mi aplauso en tu mirada y en tus brazos de amor toda mi gloria.

II

Es ella; amor sus pasos encamina, siento el blando rumor de su vestido; cual cielo por el rayo dividido mi espíritu de pronto se ilumina. Mil ansias con la dicha repentina se agitan en mi pecho conmovido, cual bullen los polluelos en el nido cuando la tierra madre se avecina. ¡Mi bien, mi amor, por la encendida y clara mirada de tus ojos con anhelo penetra el alma, de tu sér avara! ¡Ay, ni el ángel caído más consuelo pudiera disfrutar, si penetrara segunda vez en la region del cielo!

III

Mil veces con palabra de dulzura esta pasión comunicarte ansío; mas, ¿qué palabras hallaré bien mio, que no haya profanado la impostura? Penetre en tí callada mi ternura, sin detenerse en el menor desvío; como rayo de luna en claro rio, como aroma sutil en áura pura. Abreme el alma silenciosamente, y déjame que inunde satisfecho sus regiones de amor y encanto llenas. Fiel pensamiento, animaré tu mente; afecto dulce, viviré en tu pecho; llama suave, correré en tus venas.

IV

Quisiera adivinarte los antojos y de súbito en ellos transformarme; ser tu sueño y callado apoderarme de todos tus riquísimos despojos; aire sutil, y que tus labios rojos tuvieran que beberme y respirarme; quisiera ser tu alma y asomarme á las claras ventanas de tus ojos. Quisiera ser la música que en calma te adula el corazón; más si constante mi fé consigue la escondida palma, ni aire sutil, ni sueño penetrante, ni música de amor, ni ser tu alma; nada tan dulce como ser tu amante.

V

Dame, Señor, la firme voluntad, compañera y sosten de la virtud; la que sabe en el golfo hallar quietud y en medio de las sombras claridad; la que trueca en teson la veleidad y el ódio en paternal solicitud, y las ásperas fiebres en salud, y los torpes engaños en verdad, Y así conseguiré mi corazón que los favores que á tu amor debí te ofrezcan algun fruto en galardón. Y aun tú, Señor, conseguirás así que no llegue á romper mi confusion la imágen tuya que pusiste en mí.

VI

Dices que tu conciencia te provoca á contarme por fin lo sucedido; que es verdad el recelo que he tenido y con *Fulano* me ofendiste loca. ¿Y me pides perdon?—A mí me toca el pedirte lo á tí, que injusto he sido porque nunca posible habia creído que una verdad saliera de tu boca! ¿Y hoy imaginas, de rubor turbada, que mi desprecio con razon comienza cuando nunca te he visto tan honrada? Mas no es extraño que el rubor te venza; que el hacer algo bueno es humorada que ha de costarte un poco de vergüenza.

Argensola no hubiera desdeñado la paternidad de estas composiciones. De muy distinto género es otra que escribió á *cierta devota*, excitándola á practicar las obras de misericordia. Casi todos los retóricos la citan como modelo. Tiene estrofas tan bonitas como las tres siguientes:

«Enseñar al que no sabe es obligacion piadosa: haz tú que mi amor aprenda de tí lo mucho que ignora; yo no sé qué sabor tienen tus palabras amorosas, ni el encanto de tus brazos cuando amantes aprisionan. ni los rayos de tus ojos, ni los ayes de tu boca: sácame de esta ignorancia que me mata de congoja, y enséñame, pues ignoro tantas dulcísimas cosas.

No me me negarás al ménos,
pues los pesares me agobian,
que de consolar al triste
te ofrezco ocasion notoria,
y si es flaqueza el quererte,
con paciencia la soporta,
y á un tiempo de esta manera
los dos ganamos la gloria.

Mas si mi amor no te mueve
y despiadada malogras
la ocasion de practicar
tantas benéficas obras,
concedeme la que pido
última piedad de todas:
entiérame, que estoy muerto,
y puesto que eres de roca,
lábrame la sepultura
del mármol de tu persona.»

El que estos versos escribe ya se ve que es un consumado poeta. Pero la imaginación de un gran génio no tiene límites. Al lado de la poesía, su clásica prosa, porque clásica es su novela *Gustavo*, que tenia en borrón desde 1851.

Dicha novela no la concluyó Ayala, porque se lo prohibió, sin justa causa, la censura en 1852. Años despues se la remitió á Alarcon para que la terminara y se publicara con el nombre de los dos; pero Alarcon no se atrevió á continuar por respeto la obra del gran ingenio, y ahora la envió á los coleccionadores, diciendo que «cuando se publique, él explicará al público en «un prólogo la interesante historia de dicha novela.»

Pero cuando se estrenó *El tanto por ciento*, 18 de Mayo de 1861, Ayala era ya hombre público. Hízolo político la defensa de *El Padre Cobos*. Uno de sus biógrafos refiere este hecho que merece recordarse: «Había sido denunciado ese periódico por la publicación de unos versos suyos. Ayala «apela a un recurso verdaderamente dramático. «Pone en prosa lo que había dicho en verso, lo da «á otros periódicos, y éstos lo publican sin que el fiscal cayera en la cuenta.

«¿Qué se quiere castigar? dice ante el jurado, «la gravedad de esos versos? Pues aquí están estos periódicos que han dicho lo mismo en llana y «corriente prosa sin que el fiscal los haya denunciado. ¡Ah! lo que hay aquí es que Escosura quiere «matar á *El Padre Cobos* y *El Padre Cobos* «no morirá. El público aplaudió, los jueces palidecieron ante la treta de Ayala, *El Padre Cobos* fué «abusado y su defensor celebrado por el recurso «ingeniosísimo á que apelara para demostrar que los versos no eran penales.»

Poco tiempo despues Ayala vino á los Cortes como diputado unionista. En 1857 pronunció su primer discurso. Fué un discurso notabilísimo; magnífico. Ayala mismo no ha pronunciado otro que le iguale ni aventaje. Ayala, entonces era poco conocido. Discutíase la ley de imprenta de Nocedal, y pidió la palabra en contra. Su apostura varonil, elegante, resuelta; la severidad de su acción, su estilo dramático; aquella frase pura y castiza; aquella palabra que era un prodigio de belleza, de corrección y de galanura; sus períodos rotundos y armoniosos; sus apóstrofes elocuentísimos y llenos de vigor, le conquistaron la admiración y el respeto de adversarios y parciales. Ayala acababa de colocarse entre los primeros oradores de nuestra tribuna. Aquel discurso fué y quedará en la historia parlamentaria de España como una de las oraciones más elocuentes que la actual generación ha escuchado. Este discurso ha hecho toda la reputación de Ayala, y por ese discurso se le ha llamado *orador eminente*. No hay que decir ni es necesario agregar más en su elogio.

En la legislación de 1857, Ayala representaba en las Cortes la histórica ciudad de Mérida; en las legislaturas posteriores representó también á la provincia de Badajoz, manteniéndose en las filas de la union liberal, y siguiendo con ella y con sus elementos más avanzados el rumbo que éstos emprendieron en los últimos años del reinado de Doña Isabel II. En 1867 fué desterrado de Madrid. Al abandonar esta capital juró no volver á pisar su suelo mientras existiera el Gobierno que á la sazón regía los destinos públicos. Cumplió su palabra, contribuyendo como pocos á los trabajos preparatorios de la revolución de 1868.

El regreso de los generales desterrados de la Península fué casi obra exclusiva suya: buscó las cantidades necesarias para fletar el *Buenaventura*, dispuso el afortunado viaje de este barco. Llegados los generales á Cádiz, Ayala siguió unido al duque de la Torre, redactó la célebre alocución al país en que aquellos anunciaban sus propósitos, dando publicidad á su actitud y designios; redactó otro documento, memorable también, la carta del duque de la Torre, general en jefe del ejército libertador, al marqués de Novaliches, general en jefe del ejército de Doña Isabel, y como parlamentario la llevó él mismo á Montoro, donde residía el cuartel general de este último.

Constituido el primer Ministerio de la revolución, Ayala ocupó la cartera de Ultramar. Como gobernante, su nombre no pasará á la posteridad tan enaltecido como el de orador y poeta. Ayala no tenia condiciones de hombre de gobierno, de estadista. Faltábanle cuando ménos muchas para merecer este título. No era laborioso, y puede decirse sin desdoro de su recuerdo, no era ilustrado, ó cuando ménos no poseía esa cultura general

y variada, ese conocimiento de los negocios, que exige á más del talento, el desempeño de un alto puesto administrativo. La inteligencia de Ayala era clarísima, natural su ingenio y profunda su intuición; le eran familiares la historia de nuestra literatura y la organización y el espíritu de nuestro idioma; pero eso no basta para administrar con brillantez y éxito un departamento ministerial. Así que el paso de Ayala por el ministerio de Ultramar en 1868 y en 1876 fué breve y dejó ligera huella. El, sin embargo, tuvo la honra de poner su firma al pié del famoso decreto que en 1868 declaraba la libertad del vientre en Cuba. Hasta hoy no se han desenvuelto y completado las consecuencias de aquella declaración; ha habido en este período y en esa cuestión magna debilidades y desfallecimientos que la historia juzgará; pero la historia no podrá negar que el nombre de Ayala se asoció á los comienzos de la reforma humanitaria. Con gusto arranco de su vida esa página para convertirla en un laurel de su corona.

Ayala no era demócrata. Espíritu conservador, no iba más allá de la libertad parlamentaria y de la monarquía constitucional. Cuando la revolución entró resueltamente en el camino que le trazaba su inspiración democrática, Ayala fué el primero en apartarse de ella. Lo hizo pronunciando un notable discurso y abandonando el Gabinete.

Volvió en 1871 á desempeñar en el primer Ministerio de Don Amadeo I la misma cartera. El advenimiento de la dinastía de Saboya produjo un movimiento de conciliación entre los partidos gobernantes, y Ayala entró en ese movimiento. Pero rota la concordia, ni radicales ni conservadores contaron con su activo concurso. Ayala siguió apartado cada día más de las luchas políticas, negándose á aceptar un puesto para cuyo desempeño se le nombró en uno de los Ministerios constitucionales formados en 1872.

Desde entonces inclinóse á la política conservadora-liberal, y unido á Cánovas del Castillo, esperó la restauración, que había de confiarle por tercera vez el mismo departamento.

Su influencia durante este último período no ha sido ni muy acentuada, ni muy sensible. Ha apoyado la política de Cánovas sin suscitarle dificultades y dando ímpetu vuelo á su carácter conciliador en el seno de las mayorías de 1876 y 1879. La actitud disidente de Posada Herrera, despues del primer matrimonio del rey, dejó vacante la presidencia del Congreso y Ayala fué elevado á ese altísimo sitio. Ha muerto, como el marqués de Gerona y como Martínez de la Rosa, desempeñando aquel importante cargo.

Los trabajos de la última crisis dieron mayor relieve á su personalidad política. Contribuyó á la caída del Gobierno anterior, se negó á aceptar la presidencia de un Ministerio con que se le brindaba, y opinó siempre que debía constituirlo Cánovas del Castillo. Abnegación ó reconocimiento de sus condiciones, cualquiera que sea la causa fundamental de esta negativa, merece consignarse, porque sin duda no hay muchos que en tales circunstancias, ante la posibilidad de llegar á la más alta posición política, recuerden como Ayala los vínculos de la amistad que le unían á Cánovas, y el principio de que, cuando llega al poder un partido, quien debe representarlo en la presidencia del Consejo, es su jefe conocido.

En estos últimos tiempos ha vuelto Ayala á renovar sus laureles de orador y de poeta dramático; ha escrito *Consuelo*, obra que es sin duda alguna inferior á las anteriores, aunque digna de sus talentos, y ha pronunciado desde la presidencia de las Cortes varios discursos notabilísimos. Uno entre todos, verdadera joya del arte oratorio, mereció unánimes aplausos: su discurso en la muerte de Doña Mercedes de Orleans.

Aquella oración fué comparada á las de Bossuet. Sin duda es tan elocuente como las mejores del águila de la iglesia de Francia. La descripción que hacia el orador del fúnebre espectáculo, produjo en el auditorio un efecto análogo al que lograron en el seno de la corte parisien aquellas célebres frases: «*Madama se muere!* ¡*Madama ha muerto!*» que el nombre y el recuerdo de Bossuet traen á la memoria.

¿Quién había de sospechar que aquel cuadro, lleno de sentimiento iba tan pronto á reproducirse y que Ayala sería la víctima? Apenas han trascurrido algunos meses. ¡Ayala no existe! Siento duelo sincero y profundo por su pérdida. ¡Lloro la muerte del que honró la historia y las letras patrias, y ante su tumba recuerdo tan sólo al defensor de la libertad de imprenta en bellísimos discursos; al compañero en la prensa, al hombre que se debió á sí mismo cuanto era, y á la gloria de nuestra literatura dramática. No quiero hablar de lo que fué en política, pues solo he querido hacer su semblanza como poeta y autor dramático.

Sus errores, sus vacilaciones y sus cambios en la vida pública fueron compensados en vida por lo ingenuo y afable de su trato; y se borrarán ante el juicio de la posteridad que olvida las debilidades humanas para conservar solo lo que es útil á la patria y al progreso en todas sus manifestaciones.

Ayala deja escrita una página brillantísima y de influencia en nuestra literatura, y deja también unido á Arrieta y á Ventura de la Vega una serie de esfuerzos incansables para dar vida á las bellas artes en España; habiendo sido quizás el que más eficazmente contribuyó á crear las Exposiciones de pintura con el carácter moderno, y á introducir el estudio de la música, relacionándole con la cultu-

ra, con la educación y con el desarrollo de industrias artísticas que tan maravillosamente han progresado en nuestro país y que eran casi desconocidas.

Ante estos méritos todos los españoles deben tributar un justísimo culto al nombre que deja el ilustre extremeño, gloria de su patria y honra de España entera.

Y al llegar aquí, amigo mio, permítame que ponga fin á esta carta, no ántes de referirle, con lágrimas en los ojos, mi primera entrevista con Ayala. En 1867 era yo un humilde gacetillero de *La Reforma*. Publiqué por entonces, en las columnas de este importante diario, un extenso estudio titulado *Literatura extremeña*. Una tarde en que terminaba en mi bohordilla el tercer artículo me sorprendió la inesperada visita del excelentísimo Sr. D. José Amador de los Rios, uno de los escritores más doctos de nuestros tiempos. Mi confusión en aquel instante fué pasmosa. Humilde gacetillero, no me creí jamás que honoraria mi pobre morada sabio tan grande como Amador de los Rios. Conociendo éste acaso mi turbación se me anticipó diciendo:

—No le sorprenda mi visita, soy colaborador de *La Reforma*, donde viene V. publicando sus estudios sobre Extremadura; me ha dado las señas de su cuarto mi amigo Canalejas y aquí vengo, por que le he querido conocer. Además mi amigo Lopez Ayala, con quien hablé ayer á propósito de su estudio sobre la *Literatura extremeña*, me ha dicho que tendria mucho gusto en que le presentara en su casa cualquier día.

Yo apenas si podía contestar una palabra. Como pude respondí. Al siguiente día Amador de los Rios, que desde aquel momento fué en esta corte mi segundo padre, me presentó al ilustre poeta quien con el ceño arrugado, mirándome cara á cara cogiendo mis manos entre las suyas, me dijo al verme:

—Estudie Vd. mucho, jóven; no tenga miedo jamás á los críticos y siga como vá escribiendo, que Vd. recogerá algun día el fruto apetecido.

—¡Gracias!... ¡gracias á tanto honor y á tan buen consejo! Es lo único que pude responderle; estrechado la mano de aquel gran génio.

Un año y algo más había pasado de esto que le refiero... La revolución de 1868 había triunfado. Ayala era ministro de Ultramar. Fuí á saludarle á su despacho de la calle de Alcalá, y al verme exclamó:

—Debe Vd. de pedirme algo.

—No puedo aceptar nada de lo que me dé el Gobierno, le contesté.

—Mal hecho: yo quiero proteger la laboriosidad y la honradez que siempre le he reconocido.

Y al siguiente día era nombrado registrador general de esclavos en Cuba; credencial que me remitió sin pedirla, con una cariñosa carta, y que no pude aceptar por ciertos escrúpulos políticos de mis correligionarios los demócratas.

Dispense Vd., amigo mio, por esta larga narración, que más aún la merecía, y de pluma autorizada, el vate á quien dedica su velada ese Ateneo.

Suyo siempre afectísimo amigo y seguro servidor Q. B. S. M.,

NICOLÁS DIAZ PEREZ.

LOS PROGRESOS DE LA REPÚBLICA

ARGENTINA.

Debo una palabra de ardiente gratitud á los ilustrados escritores que en este periódico se ocupan con preferencia constante de la República Argentina, de sus hombres, de sus adelantos portentosos, de la honrada lealtad con que los Gobiernos practican allí las instituciones, y de las inmensas y positivas ventajas que mi patria brinda al emigrante que la quiera aceptar por suya.

Pero debo más, no solo á esos señores, sino á todos los diarios que en España hacen hoy justicia á la República Argentina: les debo datos, hechos prácticos, cifras, que confirmen todo cuanto hace dos años vienen diciendo sobre la situación feliz que aquella tierra alcanza.

Aquí tienen algunos de esos datos y algunas cifras.

Desde que existen en el país ferro-carriles particulares garantidos por la nación, figuran en los presupuestos anuales de gastos, fuertes partidas para cubrir el interés de 7 por 100 asegurado á las empresas, porque sus rendimientos estaban muy por debajo de este límite.

Eran, son y serán los tributos necesarios que pagan los pueblos como condicion previa para crear y radicar su prosperidad, desarrollando sus elementos naturales de riqueza.

Entre los recursos votados por el Congreso para 1883, figura una partida que llenará de júbilo el corazón de todo argentino, concebida en estos términos:

Por devolución de los anticipos hechos á los ferro-carriles garantidos, 250 000 duros.

Por si alguien no tiene presente el origen de ese recurso nuevo que se incorpora y los ordinarios de la nación, recordaremos que por las leyes de concesión de aquellos ferro-carriles, el Estado les garantiza el interés de 7 por 100 sobre su costo, de modo que cuando las utilidades no llegan á esta cifra, el Erario completa el déficit; pero cuando exceden los rendimientos del 7 por 100, las empresas devuelven al fisco todo el exceso, hasta reembolsar totalmente dichos anticipos.

Y bien; hay dos ferro-carriles garantidos que

se encuentran ya de lleno en el último de esos períodos, que son: el Central Argentino (del Rosario á Córdoba) y el de Buenos-Aires á Campana, y ambos sostienen el tráfico comercial entre el interior y la gran metrópoli argentina.

Hé ahí la procedencia del recurso aludido, que no puede ser más honrosa para el país, porque son sus progresos mismos reducidos á la fórmula inequívoca de los números.

Creo que la partida, lejos de pecar de exagerada por su magnitud, lo es por la razón contraria, como lo demostraré con la autoridad de los guarismos de la estadística.

El resultado del movimiento del Central Argentino, en 1881, según la liquidación practicada, es este:

Producto bruto.....	Duros	1.236.002'63
Gastos de explotación....	»	555.416'90
Producto líquido.....	Duros	680.585'73
Suma requerida para cubrir la garantía.....	»	551.930'46
Excedente que debe devolverse al Gobierno.....	»	128.655'29

Con ese punto conocido de partida, fácil es conjeturar que en 1883 el excedente que debe devolverse al Gobierno no bajará de 200 000 duros.

Reforzaré, sin embargo, la demostración con otros datos estadísticos.

Para ello, daré los rendimientos brutos de la línea en el primer trimestre de los últimos cuatro años:

En el de 1879 produjo duros	221.048'02
» » » 1880 » »	226.040'38
» » » 1881 » »	302.340'38
» » » 1882 » »	363.112'17

Si en 1882 el producto bruto se puede estimar, según los datos precedentes, en duros 1.400.000 ¿es aventurado acaso esperar que en 1883 suba á 1.500.000 duros?

La conclusión es firme y rigurosamente lógica.

Armonicemos estos datos con los resultados obtenidos en 1881.

En ese año la Empresa produjo (bruto) duros 1.236.002'63, y deducidos duros 555.416'90 por gastos de explotación, dejó un excedente para el Gobierno de duros 128.655'29.

Acceptando el presupuesto presentado por la Empresa para gastos de explotación en 1882, de 653.876'77, superior al del 81, como se ve, tenemos que 1883, dando la línea un producto bruto de duros 1.500.000, dejará como excedente á devolverse al Gobierno, cubierto el 7 por 100 del capital, una suma de duros 290.000 próximamente.

Así, pues, el Congreso, al fijar en duros 50.000 la cantidad que los ferro-carriles garantidos devolverán á la nación en el año entrante, ha tomado el mínimo de los reembolsos que hará tan solo el Central Argentino.

Pero aun falta otra vía férrea que ha entrado como aquella en el período consolador de su prosperidad: — la de Buenos-Aires á Campana.

Esa Empresa, que ha sido considerada como una hipoteca eterna para la nación, ha crecido tan rápidamente en sus provechos de tres años á esta parte, que ha causado sorpresa á todos.

Así, en 1881 no alcanzó á dar el 6 por 100, y en 1882 producirá próximamente el 8 por 100; y calculando el movimiento de todo el año por el del primer semestre, puede establecerse que la liquidación del 31 de Diciembre dejará un excedente de 20 ó 30.000 pesos fuertes sobre el 7 por 100 del capital garantido, los que serán devueltos al Gobierno.

Calcúlese como se quiera el aumento probable del excedente en 1883, y en todo caso se convendrá en que oscila entre 40 y 50 000 duros.

Y si á eso se agrega que en 1883 será entregado al servicio público el ramal á Zárate, próximo á decretarse, el cual traerá á la vía el comercio de tres ó cuatro partidos agricultores y ricos de la provincia de Buenos-Aires, se comprenderá que aquella cifra peca más bien por baja.

¿En qué otras partes del mundo, sin exceptuar los Estados-Unidos, han producido ni producen los ferro-carriles resultados semejantes?

Si las cifras son las que gobiernan el universo—como ha dicho Pitágoras—estas cifras harán ver á nuestros hermanos de España cómo se gobierna la República Argentina, en la que durante el año 81 han entrado y salido de sus puertos la enorme cantidad de diez mil setecientos cincuenta y cuatro buques de vela y vapor, midiendo dos millones y medio de toneladas, esto es, en su navegación exterior.

En esta cifra figuran como entrados en los puertos argentinos el año citado dos mil quinientos cuarenta y dos vapores, procedentes de los puertos de Europa, lo que importa decir que de los de la República han entrado siete vapores por día!

Estos vapores tienen casi todos más de tres mil toneladas, y van cargados hasta los topes, como vulgarmente se dice, llevando algunos de ellos hasta mil y quinientos emigrantes!

¿No bastan estas otras cifras para dar una idea exacta del desarrollo comercial de mi patria, de la importancia del comercio que con Europa hace, y del hermoso porvenir que le tienen asegurado el aumento creciente de su población, las garantías de que allí gozan todos indistintamente, la fe que se tiene en el trabajo, el espíritu fraternal de los argentinos, la verdad con que se practican las

instituciones y el respeto con que se custodia la libertad?

Hay, pues, justicia, más todavía, hay deber de ocuparse de un país que en sus venas lleva sangre española, que así marcha en el gran concierto de las naciones civilizadas, país que se muestra tan digno de su raza y de los honrosos destinos que la Providencia le ha señalado.

HÉCTOR F. VARELA.

CRÓNICA CIENTÍFICA.

EL PASO DE VÉNU.S.—Hace próximamente un mes que se verificó el paso de Vénus y aún no han llegado á las Academias los informes de las comisiones científicas organizadas por todos los Gobiernos europeos para la mejor observación del fenómeno. Es de creer que no se harán esperar mucho, y pronto podremos transmitir á nuestros lectores el resultado de sus observaciones.

El paso de Vénus es, en realidad, un eclipse del sol por Vénus; pero como el planeta está demasiado cerca del sol para cubrirlo del todo, como hace la luna con ciertos intervalos, continuamos viendo el sol, y Vénus se nos aparece como un punto negro que se desliza sobre su luminosa superficie.

Los que conocen los grandes gastos que han hecho los Gobiernos en esta ocasión, pueden preguntarse qué importancia tiene este hecho astronómico para ser objeto de tanta atención.

Esta importancia es completamente científica. La observación del paso de Vénus tiene por objeto, como todos saben, determinar exactamente la distancia de la tierra al sol; y es tanto más interesante para los astrónomos conocer esa distancia, cuanto que es nada ménos que la unidad de medida astronómica, lo que llama Flammarion el metro del sistema sideral. A esta unidad, en efecto, se reducen todas las distancias de los astros entre sí.

Como es fácil de comprender, esta distancia no puede calcularse por los métodos ordinarios; hay que recurrir á un sistema de triangulación celeste que los astrónomos traducen por *buscar la paralaje del sol*. Esta paralaje no es otra cosa que la dimensión angular bajo la cual calcularía la longitud del radio de la tierra un observador colocado en el centro del sol.

El método actual de cálculo, cuyo principal elemento se busca, es debido al astrónomo inglés Halley.

Veintiun años tenía éste en 1678, cuando un rayo de génio le reveló este procedimiento matemático. En 1691 publicó el resultado de sus trabajos; pero no tuvo la fortuna de asistir al triunfo de su método, porque cuando el paso tuvo lugar, en 1761 y 1769, hacia mucho tiempo que él había dejado de existir. Antes de morir recomendó vivamente su método á los astrónomos del porvenir, que le aplicaron por primera vez en 1761 y por segunda en 1769. En 1874 se verificó su tercera aplicación, y sus datos habrán sido confirmados ó contradichos ya por la cuarta aplicación el día 6 del mes próximo pasado.

Como es necesario obtener en la tierra la base más larga posible, á fin de facilitar los cálculos, los observadores se han situado á grandes distancias unos de otros. El ideal imposible de realizar sería colocar los observatorios á cada extremo del diámetro terrestre. La observación de los contactos se hace por medio de anteojos y telescopios y también por medio de aparatos fotográficos de extrema precisión y rapidez extraordinaria, que sacan imágenes del fenómeno á medida que aparece en la cámara oscura, y, por su comparación, permite conocer el momento preciso de los contactos. Este método, debido á M. Janssen, fué aplicado en 1874, y en el paso actual por su autor que ha ido á instalarse á Orán.

Los observadores han debido precisar el momento crítico en que Vénus, visto como un punto negro, se puso en contacto con el borde exterior del sol y luego aquel en que el mismo astro, dentro completamente del disco solar, rozó el borde interior; ¿cuánto tiempo tardó en deslizarse por él, y á qué hora tuvieron lugar los contactos del borde de Vénus con los bordes interior y exterior del sol? Estos elementos permitirán á los calculistas determinar sobre el disco solar una línea ideal que forme la base de un triángulo cuyos otros dos lados partirán de los extremos de esta línea para ir á unirse en el centro mismo de Vénus. Prolongando estas líneas ó grandes lados del triángulo hasta el encuentro de los puntos desde los cuales hayan visto los observadores los contactos de Vénus con los rebordes del sol, se formará un segundo triángulo que tendrá á Vénus por vértice y por base la distancia que separa dos puntos de observación. Determinada con precisión matemática esta distancia, y conocida merced á la aplicación de un principio de la ley de Kepler—cuya explicación nos llevaría muy lejos—la longitud de los dos lados del triángulo que tiene esa distancia por base y el centro de Vénus por vértice, un sencillo problema de geometría dará á conocer los elementos del triángulo opuesto al primero. Este tiene por vértice el centro de Vénus, por base la longitud del camino aparente de Vénus sobre el sol y por lados, las líneas que unen los extremos de este camino aparente con el centro de Vénus. Calculados estos elementos, no es difícil cono-

cer la longitud de la línea que pasa por los centros de la tierra, Vénus y el sol, es decir, la perpendicular bajada desde el vértice de Vénus al centro del sol por un lado y al centro de la tierra por otro.

EL ECLIPSE DE 1883.—No pueden quejarse los astrónomos de que los fenómenos celestes no dan campo á su actividad y ocasión á sus observaciones. Aun no habrán puesto en orden los resultados que del paso de Vénus se deduzcan, y ya el eclipse del 6 de Mayo del corriente solicitará poderosamente su atención. Este eclipse total de sol será de muy larga duración y visible en una parte de los mares australes. La totalidad absoluta durará seis minutos. Mr. Janssen da extrema importancia á que no sea perdida para la ciencia una ocasión tan rara y, por consiguiente, tan preciosa, y con este objeto ha presentado una relación de las instrucciones que han de llevar los observadores del futuro fenómeno. Es indispensable que los astrónomos se preparen desde ahora para una nueva expedición, eligiendo como los puntos más apropiados, á causa de su situación en la zona de la mayor totalidad, la isla Flint y la isla Carolina. Los observadores deberán más que nada, estudiar la corona y sus inmensos apéndices que se escapan, que se desprenden de la superficie del sol como grandes varillas de fuegos artificiales. Tendrán que determinar si estos apéndices son lineamentos, producciones de la corona solar, especie de erupciones de su masa incandescente, ó si son enjambres meteóricos que circulan en el espacio; aprovechándose de la oscuridad producida por el eclipse, examinarán también si existen uno ó varios planetas entre Mercurio y el sol. El análisis de Le Verrier reclama una órbita planetaria que han señalado observaciones hechas diversas veces, pero siempre dudosas, nunca definitivas.

LOS PROFETAS DEL TIEMPO.—A propósito de los fenómenos meteorológicos del año 1882 que acaba de terminar, Henri de Parville trae en su última *Revue des sciences* atinadas observaciones sobre la prevision del tiempo.

El año 1881-82—dice—ha trastornado considerablemente cuantas profecías se habian hecho sobre él. La mayor parte de los meteorologistas estaban conformes en considerar el año 1882 como estremadamente seco; todos los periódicos nos amenazaban con un sol tórrido, con un estío africano; con una completa falta de agua... Los profetas del tiempo han sido derrotados en toda la línea. El año há sido lo contrario de lo que ellos opinaban.

No queriendo confesar su derrota, achacan á las manchas del sol la causa de la broma. Efectivamente, atravesamos en este momento un período de máximo de manchas; hay tantas en el sol que hasta pueden descubrirse á simple vista. ¿Habrá alguna relación entre las manchas solares y el estado del tiempo en nuestro planeta? Hay muchos físicos que lo afirman; hay otros muchos que lo niegan. Sobre todo, se cree que existe alguna relación de causa á efecto entre la efervescencia solar y los fenómenos eléctricos terrestres, los desórdenes telegráficos, las auroras, etc. A decir verdad, estas coincidencias, aunque posibles, están lejos de demostrar que lo que pasa en la tierra esté enlazado á lo que en el sol sucede. Solo las observaciones ulteriores podrían ilustrarnos algo sobre este punto; es preciso esperar... palabra muy desagradable para los curiosos, pero muy prudente para los sabios.

Los meteorologistas de todos los países se han engañado sobre el estado atmosférico de 1882. Un meteorologista inglés, Mr. Henri Koe, habia predicho también una gran sequía para el verano que hemos atravesado. Debemos recordar aquí su método de prevision, porque conviene siempre poner las teorías en presencia de los hechos. Los períodos de sequía y humedad, dice Mr. Koe, se suceden unos á otros como olas alternativas. Cada período se extiende sobre tres años enteros. Para determinar estos ciclos ternarios, Mr. Koe indica el siguiente método:

1.º Si el número que representa el año es par y divisible por 3, el estío de este año es el segundo de los tres húmedos y frios.

2.º Si el número que representa el año es impar y divisible por 3, forma el medio de una triada de estíos secos y calurosos.

Ejemplos: 1860 es par y divisible por 3 (1); pues bien, la humedad y el frío fueron los caracteres de los tres años 1859, 1860 y 1861; 1863 es impar y divisible por 3 (2); pues bien, los estíos de 1862, 1863 y 1864 fueron cálidos y secos. Aplicando esta regla se obtienen los siguientes ciclos ternarios de veranos frios: 1853 1855; 1859 1862; 1865 1867; 1877 1879; del mismo modo se tienen los ciclos ternarios de estíos secos y cálidos: 1856 1858; 1862 1864; 1868 1870; 1874 1876. Sin pretender que entre estos diversos grupos no se haya deslizado algun año anormal, no por eso afirma ménos Mr. Koe que todos los veranos verdaderamente húmedos ó verdaderamente secos están comprendidos en uno de los períodos que acabamos de definir.

Queremos creerlo así; pero ¿y 1882? Mr. Koe habia escrito en el *Times* en 1879: «El número 1881 es impar y divisible por 3; por consiguiente, el verano de 1881 será el segundo de los tres secos y cálidos, 1880, 1881 y 1882.»

(1) Es decir, divisible por 6.

(2) Es decir, divisible por 3, aunque no por 6.

1882 seco y cálido! Hé aquí un pronóstico difícil de admitir hoy. El verano de 1882 ha sido frío y húmedo en verdad. La regla de Mr. Koe ha sido desmentida. Después de todo, puede ser esta una excepción, y la excepción no hace la regla, no seamos exigentes y esperemos á 1883, 1884, 1885 que, siendo 1884 par y divisible por tres, deberán ser húmedos y fríos. Veremos.

La manía de las previsiones meteorológicas es contagiosa. Nosotros también—añade Mr. Parville,—tenemos la debilidad increíble de ser profetas en nuestro país, y en 1879 formulamos nuestro pronóstico para 1882. El método que seguimos es otro y no ya fundado de la estadística, sino en ciertos datos astronómicos.

Fúndase nuestro pronóstico en la convicción que tenemos de que las declinaciones de la luna, alterando la latitud de las corrientes lluviosas, son las que hacen prevalecer la lluvia ó la sequía en una región determinada. En un año cualquiera una zona tiene agua, mientras otra padece sequía. La suma de las lluvias caídas es siempre la misma, pero su distribución en la superficie terrestre varía sin cesar. Y no es esta una preocupación; veinte años de observaciones, tienden á demostrar la realidad del hecho. Las corrientes atmosféricas secas ó lluviosas, oscilan en nuestras latitudes entre límites bastante regulares y se pasean sobre nuestras regiones haciendo sucederse una tras otra la sequía y la humedad.

Resulta de nuestros registros de observación, que cuando las declinaciones de la luna tienen determinado valor, los vientos lluviosos pasan con insistencia sobre nuestras latitudes de 45° á 55°. Basta, pues, saber cuándo alcanzan tales valores las declinaciones para deducir con grandes probabilidades de exactitud que la estación será lluviosa.

Los años de lluvia corresponden á las declinaciones anuales máximo de 28°, 26°, 21°, 18°, que sobrevienen cada tres años próximamente. El ciclo es, pues, ternario también, pero con características agravantes bastante marcadas, y aun bastante mal determinadas.

Para pronosticar los años malos, la regla es sumamente sencilla: se toma por punto de partida el año correspondiente al mínimo de declinaciones, y se van añadiendo sucesivamente tres años.

Ejemplo: el último mínimo ha sobrevenido en 1866. Los años lluviosos siguientes corresponden exactamente á las declinaciones de 18°, 21°, 26°, 28°, 21°, 26°, es decir, á los años 1866, 1869, 1872, 1876, 1879, 1882, 1885.

Las declinaciones 18°, 26°, 28°, parecen, generalmente, más eficaces que la declinación 21°, 20°. Así escribíamos en 1879: «El primer año lluvioso correspondiente á 1879 será 1884 1885. Es probable que 1880 sea aún algo húmedo; pero después pasaremos los años secos 1881 y 1882. El año 1882, que corresponde á la declinación 21°, será sin duda más húmedo que 1881 y que 1883.» Mr. Koe indica que será seco; nosotros le preve- mos lluvioso.»

El pronóstico se cumple, aunque hubiera podido ser más formal. Pero hay múltiples circunstancias que pueden aumentar la gravedad de los fenómenos; la época de la estación, la temperatura, la energía de las borrascas, etc.; causas todas ellas agravantes y que escapan á toda prevision: 1882 corresponde á 1872, 1862, etc., período casi decenal del que hasta en el pasado se hallan huellas; pero bajo el punto de vista de las declinaciones, 1882 corresponde á los años precedentes 1869 y 1861, sobre todo al primero. El invierno fué muy benigno en 1869 y la estación lluviosa. En 1861, el día 2 de Enero, el Sena llegó á una altura de 5^m 60 en el puente de la Tournelle.

La gravedad de una crecida no está en relación con el carácter lluvioso del año. No es solo la cantidad de agua llovida la que determina las inundaciones, sino, ante todo, el modo de distribución de las lluvias en las regiones atravesadas por los afluentes, la frecuencia, la duración, la persistencia del mal tiempo, la temperatura, la época del año. Todas estas causas representan un papel en la producción del fenómeno y escapan á toda prevision hecha á largo plazo. Aplicando las reglas empíricas de Belgrand puede, cuando más, llegarse, en lo que concierne al Sena, á resultados aproximadamente verdaderos. (1) Este año las lluvias son tan persistentes y la evaporación tan reducida que las lluvias van á alcanzar un nivel elevado.

En resumen; resulta de lo expuesto, que cada tres años atravesamos un período desagradable que puede acentuarse más ó menos, pero cuya marcha es fácil de reconocer. Por lo tanto, quizá sería prudente no desdeñar mucho la proximidad de las declinaciones lunares de 18°, 21°, 26°, 28°. Atendidas ahora, hubieran permitido prever el carácter deplorable del año 1882.

LA AURORA BOREAL Y EL TELÉFONO.—Durante la aurora boreal que se vió en París el día 17 del último Noviembre, M. G. de Lagalade hizo curiosas observaciones que en estos términos comunicó poco después á la Academia de ciencias:

«El 17 de Noviembre,—dice—á eso de las 12 de la mañana, me sorprendió oír en un teléfono colocado sobre un circuito subterráneo un rumor bastante débil, pero que recordaba el ruido de una bobina Ruhmkorff ó el temblor de una campanilla eléctrica. La aguja del galvanómetro

que generalmente marca de 1° á 15° de desviación (corriente terrestre) pasaba de 20° y oscilaba con mucha frecuencia.

Sobre cada uno de los cuatro circuitos instalados por mí, pronto hará un año según la orientación N., S. E. y O., en contacto con la tierra, formados por los montones de carbon de retorta, coloqué teléfono y galvanómetro, uno tras otro: el ruido se oía mucho mejor cuando el primero de estos instrumentos estaba intercalado en el circuito que el de la placa norte á la placa sur. Algunas horas pasé escuchándole; de cuando en cuando era interrumpido por un rumor seco á que seguía un gran silencio, ó se debilitaba hasta el punto de no ser perceptible; después de esto proseguía hasta alcanzar el máximo de intensidad.

Estas perturbaciones eléctricas observadas sobre todo en el hilo subterráneo dirigido hacia el Norte, este ruido telefónico que en nada se parecía á los rumores que durante el día se producen bruscamente, más que nunca cuando el tiempo está tormentoso, la exagerada desviación del galvanómetro, las ligeras oscilaciones de la brújula de declinación, no dejaban duda ninguna sobre la existencia de una aurora boreal invisible bajo la latitud á que yo me hallaba.

Al ponerse el sol el tiempo amenazaba lluvia. Grandes nimbos oscurecían la región norte del cielo, cuando, hacia las seis de la tarde, se abrieron las nubes en dirección N. N. O. y dejaron ver un gran resplandor rojo á través del cual brillaban algunas estrellas; un rayo perpendicular de un hermoso color de rosa descendía hacia el horizonte.

Por la noche fuí á buscar al director de correos y telégrafos que se apresuró á darme todos los datos sobre las perturbaciones observadas en las líneas telegráficas. Desde las diez y media de la mañana los aparatos andaban solos, las campanillas estaban agitadas, la correspondencia era imposible por momentos, aun en las líneas cortas; en las grandes líneas, sobre todo en la de París, las perturbaciones eran muy fuertes. Pude ver por mí mismo que todos los hilos de la región Norte y Este eran los más alterados.

Hacia las siete de la tarde, no era ya sensible ruido ninguno en el teléfono, pero aun se oía un rumor seco, regular, especie de latido, muy lento. A las ocho toda perturbación había cesado, aun en las grandes líneas telefónicas.

Repetidas veces—añade Mr. de Lagalade, he llamado la atención sobre los servicios que el teléfono puede hacer á la meteorología. Acabamos de ver que la observación asidua de este aparato, colocado en diversos circuitos orientados, revela la existencia de una aurora boreal por medio de ruidos anormales y bien caracterizados. La gran sensibilidad del teléfono hace de él un aparato precioso para este género de estudios; es un nuevo medio de apreciar variaciones muy débiles en la intensidad de esos grandes fenómenos meteorológicos, más ó menos difíciles de apreciar en sus diferentes fases.»

TRABAJOS RECIENTES DE ÓPTICA.—Hace pocos días ha visto la luz pública en Ginebra un libro curiosísimo, una obra clásica sobre los fenómenos ópticos que se verifican en el cristal de roca, cuyo empleo se generaliza de día en día para la construcción de instrumentos de física y de lentes. Con esto solo se comprende de cuánta utilidad para la ciencia son los trabajos de los profesores Soret y Sarasin, dos amigos que desde hace muchos años vienen trabajando con fruto para la ciencia, y cuyos nombres son por lo tanto muy conocidos en todos los círculos científicos de Europa y América.

El *Journal de Geneve* publica una discreta crítica de la obra de sus dos compatriotas, y empieza por decir que se podría creer, el abrir el libro, que la árida algebra y los procedimientos mecánicos de observación son los únicos móviles que han impulsado sus autores; pero que no sucede así. La imaginación, la invención, las aptitudes individuales se asocian en él para ayudar al físico, para permitirle allanar las dificultades y deshacer los obstáculos que de continuo se le presentan.

La lucha de la inteligencia con la materia, las peripecias de ese combate cuerpo á cuerpo, tienen siempre gran atractivo, sobre todo, cuando después de una ruda labor se encuentra un conjunto de documentos que son verdadera adquisición para la ciencia.

El crítico de este libro asegura que los cálculos que en él figuran son los más exactos que se poseen en la actualidad, y que están basados en un método racional preciso.

Soret, después de haber inventado hace algunos años un aparato maravilloso, que permite ver los rayos invisibles ultra violeta, lo ha aplicado con la ayuda de su colaborador Sarasin, para hacer un estudio completo de la potencia del cristal de roca.

Los métodos antiguos consistían en determinar esa potencia comparando dos fenómenos que fisiológicamente eran poco comparables; por un lado se producía la oscuridad completa, extinguiendo los rayos luminosos por medio de un prisma especial, cuya posición se anotaba, y después haciendo girar un poco ese mismo prisma, se veía la raya luminosa de una llama que emitía luz monocromática. Las diferentes posiciones de la raya y los ángulos de rotación del prisma de que hemos hablado, permitían determinar de una manera aproximada la potencia que se buscaba.

Soret y Sarasin comparan los espectros completos con las bandas negras de interferencia; uno que atraviesa una hoja de cristal de roca izquierda de 30 milímetros, y el otro que atraviesa una hoja del mismo metal de 60 milímetros.

Esta composición entre dos espectros de idéntica apariencia, presenta una corrección perfecta, tanto desde el punto de vista del método como desde el de la exactitud.

Por medio de este experimento se ha podido explorar el campo completo de las vibraciones luminosas de la raya A del espectro solar, en el rojo, hasta la raya 26 del cadmio al otro extremo en el ultra-violeta.

Es la primera vez que se ha conseguido obtener buenos resultados, numéricamente hablando, en un estudio tan considerable.

Los autores del libro de que venimos hablando, no contentos con haber determinado directamente el valor de la potencia del cristal de roca, han buscado una fórmula que pueda representar todos los resultados en su conjunto. Han determinado la influencia de la temperatura sobre las principales partes del espectro, mostrando que se han cometido graves errores que pasaban por verdades científicas antes de sus experimentos, y han terminado su trabajo con interesantísimas conclusiones para la óptica.

LA VACUNA DE LA RABIA.—Mr. Pasteur ha comunicado á la Academia de Medicina de París una importantísima Memoria: se trata de la rabia y del probable descubrimiento de la vacunación de esta horrible enfermedad.

Hace ya tiempo que el célebre químico buscaba el microbio de la rabia como Davaine ha descubierto el del carbunco del ganado vacuno. Preciso es convenir que sus esfuerzos, no han sido hasta el presente, de éxito completo; el infinitamente pequeño, el parásito de la rabia, no ha sido determinado científicamente, no ha sido aislado y cultivado, como se ha hecho con otros.

Se había creído hasta ahora que en el animal rabioso residía exclusivamente el virus en la saliva. Esto no es exacto en absoluto; el virus puede ser, en efecto, inoculado y penetrar en los tejidos de un animal sano, sin producirle seguramente la rabia.

Relacionando los síntomas exteriores de esta enfermedad con ciertas observaciones necroscópicas, había llegado á pensar Mr. Pasteur, hace ya tiempo, que el sistema nervioso central, y con preferencia la parte del cerebro que se une á la médula espinal, estaba muy especialmente interesado en el desarrollo del mal. Esta opinión había sido ya emitida, aunque de una manera completamente especulativa, pero á Mr. Pasteur pertenece el haber demostrado experimentalmente la exactitud.

El virus rábico se localiza, efectivamente, en el encéfalo y en la médula espinal, y su virulencia persiste en aquellos órganos mientras no están invadidos por la putrefacción. Mr. Pasteur ha podido conservar un cerebro rábico, que durante tres semanas no había perdido ninguna de sus peligrosas propiedades, á una temperatura de 12 grados.

Cuando se introduce en las venas de un perro sano saliva ó sangre procedente de un animal rabioso, la primera parte atacada es la médula, en donde se fija y se multiplica el virus; pero la muerte no es la consecuencia forzosa, cuando no aparecen los síntomas agudos y furiosos de la enfermedad. Le produce á veces sencillamente una rabia silenciosa, que al cabo de algunos días no deja huella, y estos casos han debido escapar con frecuencia á la observación más atenta.

Y, sin embargo, la rabia muda y la rabia furiosa proceden del mismo virus. Se puede pasar experimentalmente, y á voluntad de la una á la otra, puesto que los síntomas de la enfermedad están muy lejos de ser idénticos. Cada caso tiene, por decirlo así, los suyos propios, y la diferencia que presentan entre sí debe ciertamente reconocer por causa la naturaleza de los puntos del sistema nervioso en que se localiza el virus rábico. Lo que parece demostrarlo es que Mr. Pasteur, con sus colaboradores Mr. Chamberland, Mr. Roux y Mr. Thuillier, han conseguido inocular la rabia con sus síntomas más característicos. Para alcanzar este resultado, practican la trepanación al animal que sirve para el experimento, é inoculan el virus en la misma sustancia cerebral. Hasta el presente no ha fracasado ninguna inoculación, y la incubación se efectúa, como después de una mordedura, en el término de treinta á cuarenta días, y se termina al cabo de seis, siete ó diez días todo lo más.

En uno de los experimentos de M. Pasteur, en tres perros inoculados en 1881, dos de ellos murieron rápidamente; y el tercero, después de haber estado enfermo, se curó. Este último perro, reinoculado en 1882 por dos diferentes veces, por trepanación, no ha podido hacerse rabioso. Actualmente se puede ver en el laboratorio de M. Pasteur cuatro perros que no pueden adquirir la rabia, á pesar de todas las inoculaciones á que se les somete y á pesar de la intensidad de la virulencia de la enfermedad rábica que se les inoculara. Todos los perros inoculados al mismo tiempo y con la misma materia, se hacen rabiosos y mueren.

¿A qué puede atribuirse esto? A la manera con que se hizo la primera inoculación, al virus rábico atenuado que se le ha inoculado al perro, y que desempeña en él el oficio de vacuna.

¿Es este el primer paso dado en la vía del descubrimiento de la preservación de la rabia? Puede responderse afirmativamente, y asegurar que M. Pasteur determinará en breve, de una manera segura y cierta, el procedimiento de vacunación de la rabia en la raza canina, lo que supone colocar al hombre á cubierto de esta terrible enfermedad, que tantas víctimas causa.

(1) *Prévision des crues, methode de Mr. Belgrand.*

PREVISIONES SOBRE EL CÓLERA.—En una de las sesiones celebradas recientemente por la Academia de Medicina de Bélgica, uno de sus miembros titulares, M. Lefevore hizo una comunicación oral sobre esta cuestión, á la órden del día en todo el mundo: «¿Va á sufrir Europa una nueva invasión del cólera?» Recordó que el cólera tiene en Bengala su foco originario, y que pueden considerarse Calcuta, Madrás y Bombay, con los territorios que rodean estas ciudades, como sus principales centros.

Hasta hoy,—dijo,—el cólera no ha seguido más que dos caminos para pasar del Indostan á Europa: la vía terrestre y la vía marítima. Cuando la enfermedad toma la primera, desemboca en Europa por la punta S. E. de Rusia que constituye la provincia de Astrakan; pero el cólera no existe, en ninguna parte del territorio ruso; podemos, pues, sin prejuzgar el porvenir,—añadió el orador,—declarar que no estamos amenazados de una invasión próxima del cólera por la vía terrestre.

Queda la vía marítima. Y hasta hoy la enfermedad india no ha entrado en Europa sino por el mar Rojo y solo una vez ha llegado por este camino: en 1865; pero no debe olvidarse que prolongándose hoy el mar Rojo hasta el Mediterráneo, este camino se ha hecho mucho más fácil. La apertura del istmo de Suez, ha abierto una vía marítima directa á todos los productos de la India, y entre ellos está el cólera. Este año ha llegado ya al litoral del mar Rojo. El orador dió detalles preciosos sobre la marcha de la epidemia—un tanto moderada—que en estos momentos reina en la Meca y gran parte de la Arabia. ¿Realmente, puede temerse su emigración á Europa? Mr. Lefevore examinó el cálculo de probabilidades y concluyó así: Si el Gobierno otomano, sacudiendo su marasmo toma severas medidas en las orillas del mar Rojo; si Inglaterra, que es en este momento la verdadera dueña del Egipto, hace ejecutar estrictamente los reglamentos sanitarios, Europa escapará también este año á la invasión de la plaga asiática.

Falta ahora la cuestión del porvenir. Mr. Lefevore hizo resaltar los peligros que todos los años corre Europa con la peregrinación de los mahometanos á la Meca y con la llegada—sin trasbordo, gracias al canal de Suez—de pasajeros y mercancías de la India, deduciendo de esto la necesidad de una fuerte organización sanitaria internacional.

Para terminar, el orador examinó si el cólera podría llegar este año hasta nosotros siguiendo otras vías marítimas. En su exámen hizo notar que la enfermedad ha causado horribles estragos en Filipinas durante el mes de Agosto, y particularmente en Manila donde arrebataba diariamente 500 personas en una población de 200.000 almas.

De Manila á Marsella la travesía es larga—más de 2.000 leguas—y un buque de vapor emplea en ella de treinta y cinco á cuarenta días. Si en un barco salido de Manila estallase la epidemia cólerica, se extinguiría muchos días antes de que el navío arribase á Marsella; no habría, pues, cólericos á bordo, pero las mercancías podrían llegar infestadas, de modo que teniendo confianza en que así las autoridades de Marsella como las de los demás puntos del Mediterráneo, aplicarán energicamente las medidas de cuarentena y desinfección, el orador cree que Europa no está tampoco amenazada del cólera por esta vía marítima.

P. RUIZ ALBISTUR.

EL PASADO, EL PRESENTE Y EL PORVENIR.

Nuestro siglo se envanece de sus progresos.

A juicio de los que en él viven, las cien trompetas de la fama no bastan para pregonar sus maravillas.

Si desde la altura que hemos alcanzado tendemos la vista para dominar con mirada de águila el cúmulo de siglos que nos ha precedido, nuestro espíritu se exalta hasta el vértigo, al contemplar nuestra relativa superioridad.

La sorpresa no puede menos de conmovernos, al descubrir que cualquier escolar de nuestros días tiene más conocimientos científicos que los sábios famosos de los antiguos tiempos.

Apenas nos es posible concebir que hombres tan célebres como Thales y Anaximandro ignorasen la más importante de las propiedades del triángulo; que Pitágoras no conociese la forma y tamaño de la tierra; que Aristóteles no supiese pesar el aire; que San Agustín negase los antipodas, y que toda la ciencia química de Empedocles se redujese á sostener que el aire, el agua, la tierra y el fuego, son los cuatro elementos que originan todas cosas.

Cuando vemos á Sócrates condenado á beber la cicuta, cuando recordamos el cruento sacrificio de Jesús, cuando pensamos en las persecuciones que sufrió Galileo, cuando meditamos en que Colón pasó por loco entre los sábios, sentimos verdadera lástima por aquellas épocas, en que el génio era no solo desconocido, sino también perseguido por los poderosos.

Si los sábios de la antigüedad y aun los de tiempos menos remotos ignoraban lo que hoy saben casi todos los niños; si cosas tan sencillas y vulgares entre nosotros eran entonces novedades maravillosas é incomprensibles que no alcanzaban ni las inteligencias privilegiadas, puede desde

luego sacarse en consecuencia cuál sería en aquellos tiempos el nivel de la instrucción general de los pueblos.

Si damos á nuestras reflexiones un rumbo moral y social, no tendremos menos motivos para congratularnos de no haber nacido en otros tiempos, en que el monarca más poderoso no podía proporcionarse las comodidades y bienestar de que hoy disfruta una familia modesta; en que la esclavitud era una institución universal; en que la guerra constituía el estado ordinario de las relaciones internacionales, y se hacía, no solo de nación á nación, sino también de pueblo á pueblo, y hasta de familia á familia; en que los mares se hallaban infestados por los piratas; los caminos por los bandoleros y las casas por los duendes; en que los señores feudales amenazaban á las poblaciones desde sus enhiestos castillos, mostrándoles la horca y el cuchillo como su única ley, y cobrando las primicias de la virginidad á las jóvenes desposadas; en que las ciudades, de calles torcidas y tenebrosas, eran continuo teatro de riñas y asesinatos; en que las guerras religiosas exaltaban el fanatismo y encendían las hogueras de la Inquisición; en que el vencedor tenía derecho sobre la vida, la familia y los bienes del vencido; y en que con frecuencia eran asoladas nuestras costas por los bárbaros, que saqueaban nuestras poblaciones, asesinaban á sus moradores y cautivaban nuestras doncellas para venderlas como mercancía en los bazares del Oriente, donde se profanaba su honestidad y se atentaba á su pudor.

Al observar la gran distancia que moral y materialmente nos separa de otras épocas calamitosas, al notar los progresos sociales y científicos realizados, solemos llenarnos de vanidad y proclamar satisfechos las grandezas de los tiempos presentes. Parece difícil que las generaciones venideras nos lleguen á superar.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que nos hallamos acostumbrados á los males sociales existentes, que estamos connaturalizados con los errores que son el patrimonio común, y que, criados en esta atmósfera corrompida que nos rodea, participamos de todas las preocupaciones de nuestros tiempos, y no echamos de ver nuestro verdadero estado ni los lamentables vicios que nos abrumen.

Hagamos un esfuerzo sobre nosotros mismos para elevarnos á la mayor abstracción y perder de vista nuestras preocupaciones, y desde tales alturas, echemos una rápida ojeada á nuestra situación presente.

Muravieff decía en un parte célebre, después de ahogar en sangre la insurrección de Polonia: «el orden reina en Varsovia.» Y reinaba allí realmente el orden; pero un orden semejante á la paz tétrica de los cementerios, al silencio pavoroso de la muerte, al quietismo estéril de la nada. Era aquel el orden que se advierte al visitar un campo desolado de ruinas.

Nuestros gobiernos, copiando la frase sarcástica del general ruso, aseguran continuamente en todos los tonos, que el orden reina constantemente en todas las Varsovias españolas.

Crean ó finjen creer nuestros políticos, que hay orden en la nación cuando no hay barricadas en las calles, bandas armadas en las montañas ó batallas campales en las llanuras; cuando no ven pronunciamientos en el ejército, saqueos en los pueblos ó destrucción violenta y á mano armada de las propiedades; ó cuando no miran finalmente el fulgor del incendio de los buques de nuestra armada, el trabuco apuntado en cada encrucijada contra el pecho de los transeúntes, ó los desnudos puñales bañarse en sangre de los vecinos pacíficos en el seno de las grandes ciudades.

Preciso es convenir en que los que así piensan, tienen una noción muy errónea, una idea muy grosera del orden social.

Los gobiernos que se han venido sucediendo en nuestra patria han tratado siempre de persuadirnos de que al pretendido orden, se ha unido la libertad y añadido el progreso; y por medio de sus publicaciones periódicas, han entonado interminables idilios á esa trinidad soñada, con la cual se quieren encubrir las más cancerosas llagas.

Políticos empericos y desgraciados, se hacen entre sí una encarnizada guerra con objeto de alcanzar el poder, para emplear los mismos procedimientos rutinarios, las mismas prácticas vetustas, la misma hipocresía y las mismas intrigas.

Veamos en que consisten el menguado orden, la mentida libertad y el falso progreso de vuestros sistemas políticos.

Nuestro capital nacional es negativo. La hacienda ha sido hasta hoy un pozo sin fondo, que consume los ahorros que los ciudadanos deberían dedicar á aumentar el bienestar de sus familias y á extender sus empresas industriales y mercantiles. Desde principios del siglo todos los años liquidamos el presupuesto con un Déficit considerable que tenemos que cubrir periódicamente con empréstitos onerosos. Hoy el tesoro de la nación debe diez mil millones de pesetas y más aún deben las provincias, los municipios y las posesiones ultramarinas. Cada familia española debe, pues, más de mil duros, y la primera cosa que hace todo español al nacer es contraer una deuda de mil pesetas.

Con tal motivo, casi la mitad de nuestras rentas son absorbidas por el pago de intereses, que cada año van en aumento, exigiendo continuamente nuevos sacrificios. Crecen de este modo las cargas públicas; abrumase al contribuyente, agótanse

las fuentes de la producción nacional y encarécense las subsistencias.

La población hambrienta tiene que emigrar por cargamentos de nuestro suelo, mientras en el corazón mismo de la península sobran campos fecundos, reducidos á la esterilidad por falta de brazos.

Esos infelices que abandonan desesperados la tierra ingrata de la patria, van á extranjeras playas y á veces á mortíferos climas, cuando podrían encontrar anchos horizontes para su porvenir en nuestras ricas colonias oceánicas.

Miles de cesantes y militares de reemplazo pululan por do quiera, unos muriendo de hambre en un rincón, otros viviendo de trampas, y muchos, como verdaderas sanguijuelas, cobrando paga para no prestar servicio alguno.

Bandadas de mendigos nos acosan y nos interceptan el paso por todas partes, solicitando á veces el óbolo de la caridad de otros, que tal vez no lo piden por no permitirselo un resto de pudor.

Descúbranse cada día estafas escandalosas, hechas con todo descaro al tesoro de la Nación, y bautizadas con los cortesanos nombres de *irregularidades* y *filtraciones*.

Las calles de nuestras ciudades y especialmente las de la corte, se encuentran plagadas de timadores, vagos, barateros, petardistas, jugadores y rateros, que viven de desplumar al prójimo.

Nuestras fronteras y costas están infestadas de cuadrillas de contrabandistas, que defienden la libertad de su comercio ilícito con el trabuco ó la dándiva clandestina, en perjuicio del comerciante honrado.

Los secuestradores y bandoleros son con frecuencia el terror de las aldeas y cortijos, las cárceles sirven de verdaderas escuelas de criminales, y el viaducto de la calle de Segovia en Madrid es estrecho para dar paso á los desesperados suicidas.

Abundan las gentes sin profesión, oficio ni beneficio, sujetas á los azares de una vida incierta y precaria, y dispuestas siempre á lanzarse á cualquier género de aventuras.

Tenemos multitud de hombres obligados con frecuencia á cambiar de oficio ó de profesión, ó á dedicarse á aquello que menos entienden, con perjuicio de sí mismos y de la Sociedad que no aprovecha sus aptitudes.

La discordia reina en el seno de las familias. Los adulterios son el pan de cada día, el hijo ensorberbecido se levanta contra la autoridad del padre, y la madre desnaturalizada asesina ó abandona el vástago que acaba de nacer.

La prostitución crece y se extiende con la sanción de la autoridad.

El país es un inmenso garito, cuyo principal empresario y fomentador es el Gobierno, que con la lotería se apodera semanalmente de las modestas economías del pobre, escitando su codicia con la perspectiva de grandes premios.

Cuando fueron extinguidas las antiguas órdenes religiosas, cuya existencia se creía contraria á los principios económicos reinantes é inconveniente para el desarrollo de las instituciones liberales, no podíamos sospechar que había de llegar un día en que otras corporaciones religiosas, debidamente autorizadas por el Gobierno, se dedicarían á explotar la inmoralidad, inundando el país de billetes de rifas que tomaban todas las formas imaginables para despertar el apetito de las gentes sencillas, y que solo han terminado para engrosar los ingresos de la lotería nacional.

Mientras tanto, los Gobiernos jugadores persiguen á temporadas el juego, y sorprenden ruidosamente algunas casas para dejar después á los jugadores en paz. No consta que las autoridades cobren el barato, pero no será porque les falte la ocasión. Lo que consta es que algun gobernador ha cambiado en poco tiempo de posición sin un motivo ostensible.

No contentos con monopolizar el juego, monopolizan también nuestros Gobiernos el tabaco, veneno lento, pero seguro, cuyo uso se ha logrado extender hasta las últimas capas sociales y hasta los rincones más apartados de nuestras campiñas, á favor de los medios de que dispone el empresario, de la propaganda oficial y del respeto que inspira el poder público.

Ya tenemos, pues, á nuestros gobernantes convertidos en empresarios de juegos de azar, presuntos barateros y envenenadores públicos, ya tenemos también las casas de mujeres de mala vida convertidas, por obra y gracia de la autoridad, en establecimientos legales de comercio.

Y á todo esto se llama gobierno, se llama orden, se llama moral, se llama sociedad.

Pero sigamos adelante.

Nuestros pueblos, y hasta nuestras grandes ciudades, carecen de obras que las defiendan contra los estragos de las inundaciones, mientras nos faltan por todas partes aguas potables y canales de riego; de modo que las aguas, que son la riqueza y la fecundidad de la tierra, nos sirven tan solo de instrumento, de destrucción y de ruina.

Nuestros escasos caminos vecinales, incluso los de las cercanías de la corte, se hallan en un estado de abandono que les hace intransitables.

La higiene de las poblaciones no existe; los jardines públicos, que son la salud de los pueblos, el encanto y la vida de la niñez y el solaz de los habitantes, están en todas partes por crearse.

Las subsistencias más comunes cuestan en un punto el doble que en otro de la península; y en unas partes se tira, lo que en otras se paga á peso de oro.

No tenemos estadísticas completas ni regulares que nos revelen la actividad, las fuerzas, la riqueza, los progresos y la vida económica y administrativa de nuestra nación; todos los días se clama al cielo contra nuestros servicios postales y telegráficos, y carecemos de baños públicos en las poblaciones, cosa á que los antiguos daban sábiamente tanta importancia, que era objeto de preceptos religiosos y legislativos, y estímulo para las dádivas de los ricos.

La vida del hombre tiene su término natural en nuestros climas, de los ochenta á los noventa años; y entre tanto, la vida média se prolonga hasta poco más de treinta. Resulta de ahí la paradoja de que mueren más jóvenes que viejos, y el admirable contraste de que, hallándose establecidas en nuestro país costosas escuelas de medicina, y diseminados por todos sus ámbitos legiones de doctores que se dedican á velar por nuestra salud y á curar nuestras dolencias, lejos de haberse prolongado la vida humana más allá de su término natural, la gran mayoría de los hombres mueren desgraciada y prematuramente.

La tisis es el azote terrible de las ciudades; las viruelas malignas, devastando comarcas enteras, desfigurando de una manera monstruosa las bellas formas de nuestra especie; el cólera morbo practica sus invasiones periódicas á manera de un invencible conquistador, sembrando por todas partes el pánico; la fiebre amarilla infesta las regiones marítimas, y el tífus jamás abandona nuestros lares.

Contra estas grandes calamidades, no conocemos en realidad ningún remedio eficaz; y como medida suprema, apelamos á las cuarentenas, á la incomunicación, al aislamiento, es decir, damos el grito desesperado de *sálvese quien pueda*, y apelamos á una vergonzosa fuga, proclamando el reinado del miedo, con toda la solemnidad y presopopeya oficiales y con la sanción previa de los sesudos doctores.

Después de estos ejemplos, ya no nos causará sorpresa el ver con frecuencia en épocas calamitosas que el amigo abandona al amigo, los hijos á los padres, el hermano al hermano y la esposa al esposo; pues no hacen en tales casos más que obedecer la cobarde consigna oficial, y seguir el camino prescrito por los pretendidos sábios.

Esto constituye un crimen ante la ciencia, ante la humanidad y ante la religión cristiana, cuyo divino fundador prescribió el amor fraternal entre todos los hombres, y selló sus preceptos sublimes con la sangre preciosa de sus venas.

La mortalidad de los niños es, sobre todo, la acusación más terrible contra nuestra época de oscurantismo y de barbarie. Según las estadísticas, el primer año de su nacimiento mueren ya en tiempos normales la cuarta parte de los niños, y á los veinte años ya no quedan más que la mitad.

De este modo, las mejores esperanzas de la sociedad y de las familias quedan segados en flor. La paternidad, en lugar de ser el colmo de la dicha, se convierte en una cadena interminable de amarguras. La mujer que llega al pié del ara radiante de virginales ilusiones, no sabe que camina á un abismo sin fondo, que tendrá que llenar con raudales de lágrimas arrancadas á su amor maternal, el más intenso, el más santo de los amores.

Resulta de ahí que cuando la vida tiene todo su empuje para desenvolverse, cuando el organismo se encuentra todavía libre de los vicios crónicos á que está espuesto en la mayor edad, cuando es más adaptable por su plasticidad á todas las condiciones y circunstancias, cuando está rodeado de mayores auxilios y cuidados, es cuando el hombre se halla más expuesto á morir. Y sin embargo, nos jactamos continuamente de nuestra ciencia y de nuestros progresos.

La educación nacional está en un estado de completa prostración. Ni es suficiente, ni responde á su objeto. La mayor parte del pueblo no se educa, el cuerpo docente no recibe muchas veces sus miserables pagas, ni goza de consideración, y las escuelas carecen de material de enseñanza.

Las altas corporaciones científicas no dan señales de vida. Ni se esfuerzan en adelantar las ciencias, ni estimulan la actividad de la inteligencia nacional. Los hombres de genio mueren pobres y abandonados, y el capital explota y esteriliza el talento con miras estrechas y refinado egoísmo. La dirección de la sociedad está entregada á usureros, especuladores de mala ley, aventureros y charlatanes.

En política reina una falta completa de fe en las ideas. Diarias son las apostasías, y desmedidas las ambiciones.

Los intereses personales se sobreponen al patriotismo, la anarquía y la intransigencia son el lema de los partidos, y la inmoralidad y el compadrazgo llenan todo el campo que debiera ser el patrimonio del estudio, de la seriedad, de la buena fé y de la justicia, factores cuya concurrencia es necesaria para resolver con acierto los graves problemas que afectan á la sociedad.

Reina en Madrid el pandillaje, y el caciquismo en las provincias. La populachera es un vicio de tal manera arraigado en los hombres públicos, que éstos son capaces de adular las más grandes preocupaciones para hacerse propicia el áura popular.

Madrid, con su incontrastable centralización y su tradicional omnipotencia, pesa como el plomo sobre las provincias y envía á todas partes sus

agentes de opresión. Cuando es necesario para sus fines destituye ó suspende por el sistema del empapelamiento á miles los Ayuntamientos y por centenares los diputados provinciales, con objeto de encontrar dóciles instrumentos. Multitud de corchetes aparecen diariamente por los pueblos como aves de mal agüero, amenazando con denuncias á los establecimientos industriales y mercantiles, para que sus dueños les tapen la boca con un puñado de monedas.

La representación del país es una farsa indigna. Los candidatos brotan del seno de la tierra, como brotaban los hombres de las piedras arrojadas por Deucalión.

Los círculos imperantes en Madrid se reparten la representación de los distritos, como si fueran sus señores feudales; y los candidatos cueros, armados de la influencia oficial y secundados por los agentes de los Gobiernos, caen sobre las poblaciones como nubes de langosta. Publicaciones graves de la corte se han atrevido ya á sostener seriamente que los distritos deben hacerse representar por personajes influyentes de Madrid, con lo cual se habia llegado al *desideratum* de esa oligarquía prepotente que todo lo sojuzga y avasalla.

Allí los caudillos de los círculos se presentan amenazadores á exigir distritos para sus inconscientes instrumentos. Las camarillas juegan en los Parlamentos con los destinos de la patria, y pasan el tiempo haciendo interminables discursos sobre cuestiones de personas y susceptibilidades, en vez de ocuparse de los altos intereses que les están confiados.

El apoyo oficial se disputa por medio de tenebrosas intrigas y de encontradas influencias, el sufragio es falseado intimidando á unos, ofreciendo dádivas y favores á otros, haciendo votar á los ausentes y á los muertos, inventando pueblos que no existen en los distritos, falsificando ó inutilizando documentos, y permitiendo que ciertos individuos voten dos ó más veces.

Cuando estos medios corruptores é inmorales no son suficientes para conseguir los fines políticos que se persiguen, se compran los votos prostituyendo el cuerpo electoral, se induce á los electores á la embriaguez, se costean verdaderos bacanales, y se apela si es necesario hasta á las asonadas.

Nuestras crónicas políticas están llenas de estos hechos escandalosos, en nuestros tribunales de justicia rebosan las causas por delitos electorales, y en nuestro Parlamento los partidos se arrojan de continuo mutuamente al rostro este género de crímenes con todos sus detalles y sus pruebas.

Cualquiera que sea el partido que gobierne, siempre saca de las urnas una mayoría compacta y disciplinada.

En cualquier sentido en que nos movamos encontraremos siempre emboscado el fisco para imponernos sus exacciones. Para todo hay trabas nímias, formalidades molestas que cumplir, trámites inútiles y largo expedienteo, en que se pierde el tiempo, la paciencia y el dinero en dilaciones, acabando por aburrir y hacer renunciar á sus propósitos á todos los que tratan de realizar alguna empresa.

Los servicios que presta la administración pública son detestables. Sus ejércitos de empleados mal pagados, son nombrados por el favoritismo, las influencias ó los compromisos de partido; y lo que tienen de más notable es su ineptitud.

¡Y todo esto se llama orden, progreso, libertad y gobierno!

De este estado político y social no hay que culpar á unos ni á otros hombres, á éste ni á aquél partido. Con pocas variantes, todos han hecho lo mismo, todos han empleado iguales medios para regir la sociedad.

Suban los constitucionales ó los conservadores, los moderados ó los carlistas, los demócratas ó los radicales, los históricos ó los posibilistas, todos harán la misma política, todos tendrán en el fondo idéntico sistema: el empirismo, la centralización y la oligarquía avasalladora y prepotente.

Estamos muy lejos de pensar que estos desórdenes sociales son exclusivos de nuestra patria. En mayor ó menor escala, son comunes á todas las naciones civilizadas.

En vano venimos clamando contra semejantes vicios año tras año; en vano hombres de buena fé, llenos de las mejores intenciones, no cesan de predicar la moral, la beneficencia, la justicia, el patriotismo, la abnegación y otras virtudes no ménos recomendables; la situación, en vez de mejorar, se agrava.

Es muy natural. Los predicadores de nuestros días son tan empíricos como los Gobiernos. Censuran á los hombres, atacan los hechos, y no investigan ni atacan las causas que los producen. Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen.

La causa es profunda é íntima, el vicio es orgánico; y los hechos externos que se ofrecen á nuestra contemplación, no deberian ser á los ojos del pensador y del filósofo más que indicios de la dolencia interior que devora las sociedades.

El germen oculto que produce tales fenómenos está en la atmósfera social que respiramos, pertenece á la época en que vivimos, y nace de lo más íntimo, de lo más esencial que tiene la humanidad.

La civilización tiene sus épocas de desfallecimiento y de energía, sus acciones y reacciones, sus grandes errores y sus enérgicos correctivos,

sus períodos de concentración y sus vistosas expansiones, como el cuerpo humano tiene sus períodos de salud y de enfermedad y la inteligencia sus eclipses y sus períodos de lucidez. Solo nos falta que á través de su marcha aprendamos á caracterizar sus evoluciones.

Comparando los tiempos antiguos con nuestros tiempos, tenemos lugar de envanecernos de la superioridad que hemos alcanzado; pero meditando detenidamente sobre nuestro estado actual, podemos advertir la posibilidad de que en épocas venideras se califique á nuestro siglo de siglo de ignorancia y de atraso.

Proudhon ha dicho que la misión de la especie humana es organizarse.

Según este célebre pensador, Dios ha dado leyes fatales al mundo y libertad á nuestro linaje. Mediante esta libertad, el hombre goza de una actividad propia y espontánea, que le permite sustraerse continuamente á las leyes fatales del universo.

De ahí que el mundo esté sometido á un orden perfecto, mientras que la humanidad vive en medio del desorden; y nuestra condición sería la más desdichada, si el hombre no estuviera dotado de una inteligencia, que le permite darse cuenta de su estado y realizar su misión.

De este modo queda trazada la línea de demarcación entre la materia y el espíritu, entre la naturaleza y el hombre, entre el fatalismo y la libertad.

Todos los seres de la naturaleza, obedeciendo á una voluntad suprema y extraña, se mueven dentro del círculo trazado por el dedo de la Providencia, sin poder jamás traspasar sus límites. Careciendo de voluntad, carecen también de responsabilidad, y su papel se reduce á ser meros instrumentos de altísimos designios; pero el hombre, en quien Dios ha delegado una parte de su poder, está destinado á completar la obra de la creación, dándose leyes que hagan surgir del caos la existencia de la humanidad.

Así el orden natural es la manifestación del poder y la inteligencia divina, como el orden social es la manifestación del poder y la inteligencia del hombre. Este orden social es lo que llamamos propiamente civilización, que se elabora lenta y gradualmente á través de las edades.

Esta obra necesita el concurso de todas las inteligencias y de todas las fuerzas, cuya resultante final será la expresión del supremo bien en la tierra.

Mientras tanto, la lucha continúa en medio de incesantes vaivenes, lances diversos y riqueza de detalles. Es el gran drama de los siglos, es la heroica Odisea de la humanidad, que ha dado inagotable argumento para elaborar el poema inmortal de la Historia, cuyo objeto es pintar esa titánica y eterna lucha para realizar una obra que empezó con el primer hombre y no terminará mientras no se agoten los tiempos.

Los años se amontonan, los siglos suceden á los siglos. Las capas geológicas que constituyen la corteza de nuestro globo, se sobreponen unas á otras, cambiando en cada época de aspecto. La humanidad se renueva por generaciones, que al desaparecer depositan también por capas el sedimento de sus ideas, de sus principios, de sus costumbres, de sus creencias y de sus instituciones, que sirven de base y de punto de partida á las generaciones sucesivas para proseguir su fecunda labor.

Penetrando en la corteza de la tierra, encontramos escrita su historia en signos indelebles, porque cada piedra revela un fenómeno, cada montaña un trastorno, cada capa un período de la creación, y cada fósil una familia de vivientes de las edades pasadas; del mismo modo, estudiando las diferentes capas y accidentes de que se compone la civilización, descubriremos el Génesis de la humanidad.

En el orden físico, como en el orden moral; en el orden fisiológico, como en el orden social é histórico, todo está perfectamente tejido y encajado. Cada hecho no es más que un eslabón de una cadena indefinida, cada principio está subordinado á otro más general. Cada viviente ha sido engendrado por su semejante; cada fenómeno origina otros fenómenos. El choque produce el movimiento, este movimiento desarrolla el calor, el calor dilata los cuerpos y evapora el agua, y de este vapor se originan después las nubes, que dan lugar á las lluvias que fecundizan la tierra.

Elevando este principio á su mayor generalidad, podremos decir que las causas son efectos con respecto á otras causas anteriores, y que los efectos que hoy observamos, no son otra cosa que los precedentes en que se basan otros efectos venideros.

Individualmente cada hombre es hijo de otro hombre y hereda los principales rasgos de su antecesor; y colectivamente cada generación procede de otra generación que la ha precedido, transmitiendo la primera á la segunda sus caracteres generales. Así también cada siglo engendra el venidero legándole sus ideas, que se modifican más ó ménos, según las circunstancias, como se modifican también los rasgos transmitidos de padres á hijos.

Examinando la estructura de la sociedad, sus virtudes y sus vicios, los medios en que vive, las pasiones que la agitan, la cantidad de su inteligencia, los intereses que se hallan en juego, las leyes históricas bajo que se ha desenvuelto ante-

riormente, las probables conquistas de la ciencia, y el enlace y trabazon de todas las partes del cuerpo social, no será imposible comprender su marcha y deducir lo que será en el porvenir, anticipándonos a los sucesos para poder de antemano aplicarles una crítica saludable, que vendrá a representar el grandioso papel de la conciencia de la humanidad, la cual es de todo punto necesario crear.

El hombre primitivo se distinguió de los demás animales por su razón, que aplicada a la observación y al estudio de los fenómenos externos, ha originado las ciencias; el hombre actual se distingue del primitivo por sus actos reflejos, en que Sócrates primero y Descartes después basaron su verdadera sublime filosofía; mas el hombre del porvenir, tal como debe concebirse, fundará su gran superioridad en la prevision, que describiendo, con el auxilio de la ciencia y del análisis del tejido histórico, el velo misterioso que oculta el porvenir, le permitirá ser completamente dueño de sí mismo, y prepararse convenientemente para llenar sus providenciales destinos.

Hoy las sociedades marchan todavía al acaso, como el ciego por las calles de una ciudad inmensa, ó como el neófito por entre las habitaciones y galerías oscuras del famoso laberinto de Tebas, tropezando aquí, cayendo más allá, entre las ideas contradictorias que bullen en los cerebros humanos.

Mientras tanto, nuestro siglo se encuentra ya en su ocaso. Hemos dejado atrás las cuatro quintas partes, y dentro de diez y ocho años se presentará a nuestra vista atónita la alborada del siglo XX.

Los que hoy nos encontramos en la edad madura, veremos bajar a la tumba este viejo siglo en que vivimos. Con él debemos enterrar sus vicios y sus preocupaciones.

Nuestros tiernos hijos, que hoy alimentan su inteligencia con nuestras ideas, se habrán hecho hombres, y entonces desenvolverán su pensamiento, agitado por desconocidas impresiones y reanimado por la sávia de la vida que se renueva en cada generacion.

El momento oportuno de vislumbrar esta renovacion ha llegado, y debe empezar como todas las evoluciones en las esferas del pensamiento, para traducirse más tarde en hechos é influir en el rumbo que tomen las ciencias, las costumbres, la legislacion y el arte, creando un orden social más perfecto que los anteriores.

El siglo pasado echó en los entendimientos la semilla que ha germinado en el actual. Las ideas que entonces brillaron como el relámpago deslumbrador, produciendo como espasmos en medio de una noche de tinieblas, se han encarnado después en las multitudes. El siglo presente ha recogido las ideas de los filósofos, de los enciclopedistas y de los filántropos de la revolucion francesa, y ha emprendido la tarea de propagarlas, discutir las y desarrollarlas hasta las últimas consecuencias.

Posteriormente los ensayos de todo género se han repetido, y aquellos principios, exhaustos hoy de calor, han agotado ya toda su virtud. El Viejo y el Nuevo Mundo han sido vastos campos de experimentacion, y el pensamiento nacido en el siglo anterior, ha agotado en ellos toda su sávia y producido todo su fruto. Aquellas ideas han envejecido con nuestro siglo y han llegado a una arida decrepitud.

Nada hay tan inestable como el orden social, que como obra que es del hombre participa de su naturaleza contingente, y por consecuencia, lo que constituye hoy la fórmula de la existencia de los pueblos, pierde mañana su virtud vivificante y su hábito fecundo.

Todo envejece en el mundo incluso las ideas, y como estas son el quicio de las sociedades y los fundamentos de su existencia, resulta que las ideas tienen que irse renovando, si los pueblos no quieren llegar prematuramente a la senectud, entre la descomposicion y la ruina de sus carcomidos cimientos.

Que las ideas políticas y sociales nacidas en el siglo pasado y que han agitado todo lo que va del presente, han terminado ya su mision, se desprende claramente del caos en que vivimos.

Perdida la antigua fé y entronizado el escepticismo, hemos entrado en un período de sofistería. Los partidos políticos han naufragado, perdiendo el lábaro, antes sagrado, de sus dogmas, y un eclecticismo acomodaticio reina en el orden filosófico y moral. Sin una fé confortante y consoladora, bullen las pasiones desencadenadas y turbulentas, que son el patrimonio del corazón humano. Reina por todas partes una incertidumbre pavorosa, y los hombres que nos gobiernan, espantados de la borrasca que ruje a sus pies, marchan sin derrotero á merced de las olas y de los huracanes.

Este estado de cosas se traduce por el *posibilismo* aquí y el *oportunismo* en otras partes, expresion vaga de aspiraciones ignoradas por un culto extremado á los intereses materiales, por el amor excesivo á muelles y sensuales goces, por la adoracion egoísta del éxito, por todo aquello, en fin, que caracteriza los períodos de decadencia de las sociedades que, deslumbradas por los esplendores del lujo y las riquezas, no echan de ver el cáncer que corroe sus entrañas.

A la vista de Babilonia, que sucumbe en medio de una colosal orgía, y de Roma que agoniza bajo los cascos de los caballos de los bárbaros, después

de haber sido degradada por sus histriones, comprenderemos de qué modo desaparecen los pueblos que, después de haber desempeñado una alta mision histórica, renuncian por completo á los ideales y se entregan á un epicúreo sensualismo.

En semejante estado de decadencia, no se hace esperar una reaccion que restablece el necesario equilibrio perdido; y cuando esa reaccion no nace espontáneamente del seno de las sociedades, los bárbaros, siempre vigilantes en las fronteras de la civilizacion, se encargan de despertar á los pueblos adormecidos entre los escesos de sus canales, escribiendo sus decretos de muerte y exterminio con la punta de su sangrienta espada.

No están tan lejanos los tiempos en que el alfanje damasquino destruyó el poderoso imperio de los godos, ni aquel otro en que las innumerables huestes teutónicas asediaban la capital de Francia, entregada á los delirios del comunismo.

Es preciso, pues, buscar la nueva fórmula, los nuevos giros, que debe tomar el pensamiento para vivificar la sociedad del porvenir. Es indispensable encontrar una nueva fé para las generaciones que nos han de suceder.

Sin hablar el secreto de esa reaccion fecunda, el próximo siglo nacerá muerto; y nuestros hijos, empapados en nuestros viejos y caducos principios, vivirán en la decrepitud en sus edades más tempranas, y se consumirán en la mayor exterioridad.

Que una nueva era se prepara, que una grande evolucion llama á nuestras puertas, no hay que ponerlo en duda. Lo revelan poderosos é innegables indicios, pues cada vez que el espíritu humano se ha lanzado á nuevas regiones y á fundamentales designios, ha pasado por un período de preparacion, durante el cual se han acumulado los instrumentos, las fuerzas y demás elementos que para ello se requieren.

Antes que el cristianismo naciera en un rincón de la Judea; antes que las doctrinas de amor, de redencion y de humanidad, sellaran su virtud con la sangre inocente derramada en la cumbre del Gólgota, el espíritu romano habia sometido y disciplinado el mundo, y el espíritu griego lo habia abriantando con sus artes, sus ciencias y su filosofía; y así el cristianismo pudo subir al Capitolio, y dirigir desde allí la palabra de redencion á toda la humanidad, preparada para recibir el Verbo de la sabiduría eterna; Grecia civilizó el mundo, Roma lo disciplinó, y el cristianismo daba después á la humanidad entera el sentido moral y el nuevo dogma religioso, que habian de ligar con estrechos vínculos á toda la humana familia.

Así se operó la trasformacion más prodigiosa que conserva en sus páginas la historia, y si de los tiempos antiguos pasamos á los modernos, nos será imposible no detenernos ante otra evolucion no menos trascendental para el género humano. En el siglo décimoquinto, las dos mitades del mundo se encuentran y se reconocen, se estrechan y se completan.

En adelante el mundo habrá recobrado su unidad, la tierra será verdaderamente redonda, la humanidad quedará reconciliada, y la patria universal engrandecida.

Hé aquí cómo se prepara este maravilloso hecho. Mohamet toma Constantinopla y dispersa los restos de la sabiduría antigua, que se habia conservado dentro de sus muros. Los sábios griegos se derraman por Europa, y especialmente por Italia, y á favor de esta emigracion, las ciencias y las artes renacen en Occidente. La España se une para formar un solo Estado, y corona la epopeya de ocho siglos llevando sus victoriosas armas hasta los palacios encantados de la Alhambra y el Generalife para arrojar á los moros á sus desiertos africanos.

Schowitz inventa ó da á conocer la pólvora, que algunos años después se aplica á las armas de fuego. Guttenberg y Fausto encuentran el secreto de reproducir indefinidamente el pensamiento por medio de la imprenta. El pomposo idioma que más tarde debian hablar Cervantes y Lope de Vega, toma un vuelo sorprendente y se hace la lengua de la civilizacion; y por fin, Gioja inventa la brújula que guiará á los navegantes en las soledades de los mares. El Occidente se encuentra de este modo poderoso y libre de enemigos, y llevando en su mente las artes y las ciencias del renacimiento, en su fantasía la poesía árabe, en una mano el rayo que estalla y debe aterrar á las nuevas razas, en otra el libro impreso en una lengua sublime para instruir á los neófitos, y en el estandarte la cruz de la redencion, franquea las columnas de Hércules que se lleva sobre sus escudos, y lanza al otro lado de los mares sus legiones de guerreros, que encuentran á la virgen América ataviada con todas sus espléndidas galas para realizar su desposorio con el Nuevo Mundo.

Nada faltaba para llevar á cabo tan portentosa obra, todos los elementos se habian acumulado: civilizacion, armas, medios de propaganda y hasta el fervor religioso que se habia acrisolado en las grandes guerras contra los musulmanes.

La acumulacion de tantos elementos es siempre indicio de alguna trascendental trasformacion histórica, de alguna evolucion importante para la humanidad.

Mientras el siglo presente se consume en estériles luchas políticas y sociales, mientras reina una espantosa anarquía muy semejante al desorden que precede á la descomposicion de las socie-

dades, las ciencias positivas han tomado un incremento prodigioso, y el espíritu de investigacion se ha robustecido y propagado.

Los progresos de la física y la química, las maravillas realizadas por la mecánica, la dilatacion de los conocimientos humanos acerca del mundo sideral, los secretos arrancados al seno de la tierra por la geología, las exploraciones de las regiones perdidas entre las brumas y los hielos de los polos, el reconocimiento de los mares más remotos y de las tierras más ocultas, y los misterios que el escalpelo ha arrancado á la fisiología, deben cambiar la direccion del pensamiento humano y la faz de las sociedades venideras.

Si recordamos que antes de la invencion de la brújula las embarcaciones no se atrevian á perder de vista las costas, se comprenderá de qué modo un hecho en sí sencillísimo ha podido cambiar la faz del universo, dando márgen á los prodigiosos descubrimientos de los siglos XV y XVI al extraordinario vuelo del comercio, al desarrollo de la marina y á la comunicacion de todos los pueblos de la Tierra.

Si consideramos el modo maravilloso cómo la invencion de la imprenta ha influido en el desarrollo del pensamiento humano y en las instituciones políticas, las nuevas industrias y ramos de comercio que ha hecho brotar y los cambios que ha introducido en las costumbres; si se piensa en la inmensa revolucion que ha causado en la organizacion de los ejércitos, en la arquitectura militar y naval, en la táctica y muchos ramos de la industria, el que tuvo la ocurrencia de idear la mezcla explosiva de nitro, carbon y azufre, podrá deducirse fácilmente la revolucion que en el porvenir se operará cuando toda fuerza animal quede suprimida, cuando el telégrafo haya anulado todas las distancias para el pensamiento, cuando nuevos y extraños vehículos surquen en todas direcciones los espacios atmosféricos del mismo modo que los buques surcan hoy los mares, cuando la luz eléctrica haya evocado un sol artificial y ahuyentado eternamente la noche de la Tierra, cuando el teléfono haga vibrar en todas direcciones la atmósfera con torrentes de las armonías concebidas por los grandes maestros, cuando la fotografía recoja y eternice uno á uno todos los latidos de la vida de los pueblos, y por fin, cuando todos los inventos y descubrimientos que día á día vienen á sorprendernos, hayan sido objeto de todas sus universales aplicaciones.

Estos progresos científicos apenas han empezado á utilizarse, y sus escasas aplicaciones se han dirigido únicamente á crear medios materiales y perfeccionar los instrumentos que el hombre posee. La sociedad de nuestros tiempos permanece estacionaria, sus más espinosos problemas están por resolver, las ciencias no han alumbrado todavía su camino con las nuevas y luminosas verdades adquiridas.

La historia ha marchado muy á remolque de las ciencias positivas. En su vasto campo, apenas se ha hecho otra cosa que desentrañar los hechos antiguos.

Bajo la mirada sagaz y penetrante de los historiadores y arqueólogos, los geroglíficos egipcios han revelado sus arcanos, los libros de los antiguos persas han hablado con luminosa claridad, y los caracteres cuneiformes y caldeos ya no tienen para nosotros el velo del misterio. Hasta el seno de la tierra se ha abierto para ofrecer á nuestra contemplacion ciudades enteras sepultadas en el polvo del olvido, y revelarnos por completo las escenas más íntimas de una civilizacion que dista de nosotros diez y ocho siglos.

Los fines sociales á que deben ser aplicados los medios que se han ido aglomerando, no han sido previstos, ni siquiera sospechados.

Ciertas condiciones de las ciencias positivas, desnaturalizándose su objeto, apenas han sido empleadas más que para combatir estérilmente los dogmas religiosos, y la historia, que como ha dicho Ciceron es la escuela de la vida, no ha enseñado nada todavía á los políticos ni á los filósofos, que pretenden ser los maestros de la sociedad.

Así como cada piedra esconde debajo de sí un fragmento de la historia del Globo, del mismo modo que cada signo esculpido en las pirámides y obeliscos del Egipto encerraba un secreto de la remotísima historia de aquel pueblo, así tambien cada uno de los hechos que la historia nos presenta, encierra una ley oculta que importa descifrar.

Esas leyes, sepultadas bajo la losa pesada de los hechos, son otras tantas claves del porvenir, forman un tesoro cuya existencia se sospecha, pero que no ha sido todavía encontrado.

Tales sospechas son muy antiguas. Ya Cervantes asevera que la historia es ejemplo y aviso de lo presente y advertencia del porvenir; ya Vico intentó hacer hablar á los hechos fabulosos el lenguaje severo de la razón. Cantú supone que la historia puede inducirnos á calcular el probable porvenir en el descubrimiento de la libre actividad del hombre.

A pesar de estas y otras opiniones de los sábios, la historia es todavía un antro lleno de tenebrosos enigmas, y guarda cuidadosamente en su seno sus ignorados tesoros.

Si los geroglíficos y los fragmentos dispersos entre las ruinas encontraron ya sus intérpretes, los acontecimientos históricos esperan todavía á un Champollion ó á un Botta para entregarles los dones de sus preciosas verdades.

La Sibila sigue imperturbable quemando sus libros ante la ignorante y absorta humanidad.

En vano algunos hombres célebres han pretendido constituirse en sacerdotes del insigne oráculo, y han querido evocar una *ciencia nueva*, haciendo hablar los hechos históricos. El oráculo ha guardado un silencio impenetrable, y los grandes arcanos del porvenir permanecen aun intactos y velados por el misterio.

Ante tal resistencia, los falsos sacerdotes han apelado á las antiguas supercherías, y han puesto en boca de la diosa sus pasiones, sus errores y su espíritu de secta; y admirados de su obra han bautizado unos comentarios sobre los hechos con el pomposo título de Filosofía de la Historia.

Armados de esta pretendida filosofía, han convertido la historia en un arsenal, que proporciona armas para sostener los sistemas más opuestos y los más monstruosos absurdos, haciendo de este modo á la historia cómplice de nuestra bizantina sofistería.

Los historiadores antiguos se limitaban á proponernos los héroes del pasado como modelos que debemos imitar. Plutarco representa genuinamente esta escuela primitiva, en la cual se inspiraba aun el abate Fenelon, al escribir la obra destinada á servir de espejo á su real pupilo. Siguiendo el mismo sendero, Quintana escribió las vidas de españoles célebres y Fernandez Navarrete las aventuras de nuestros navegantes. Los poemas de Homero y Virgilio y nuestro poema nacional del Cid, pueden considerarse como historias de ese carácter simple y puramente subjetivo, que revela la infancia de las sociedades.

Más tarde, tomando los historiadores otro rumbo, hicieron á la Historia árbitra de la justicia póstuma, para emplearla en contra de los poderosos, como único medio que quedaba de entrenar los poderes arbitrarios. Las crónicas, los anales y las memorias desempeñan muy especialmente este papel, y el juicio de los muertos que celebraban los egipcios después de abrir contradicción sobre sus hechos, expresa de un modo genuino esa misión que se ha atribuido á la Historia; misión que invoca aun en nuestros días la virtud sacrificada, la justicia escarnecida y el génio que, superior á su tiempo y desconocido de sus contemporáneos, apela al juicio de la posteridad.

Llega para la Historia la época filosófica, y cada uno de los sábios empieza por exponer su tesis, á fin de subordinar la narración al objeto preconcebido.

Bossuet pone los pueblos bajo la dirección de la Providencia. Vico niega que las sociedades tengan algo que aprender de las que las han precedido, é inventa la hipótesis de los círculos, mediante la cual las naciones pasan sucesivamente por la idolatría, la barbarie y el estado civil, volviendo después al estado primitivo y salvaje. Maquiavelo, apoyado en la doctrina de Vico, sienta que un génio puede hacer retroceder las instituciones hácia su origen, para impedir en las naciones la decrepitud.

El abate Saint-Pierre inventa el dogma de la infinita perfectibilidad humana. Montesquieu adopta como tipo universal la Constitución inglesa, á pesar de sostener que los climas deben influir en la legislación y de establecer que la suerte de los pueblos depende de sus grandes hombres y de sus legisladores. Hume, Voltaire, Buffon, Raynal, Temple y otros, construyen toda la civilización tomando por base la sensación, y Condillac reduce este principio á una completa teoría filosófica. Rousseau considera la Historia como un tejido de fábulas apropiado para moralizar al hombre, y los amigos de D'Alambert, procediendo aún con mayor ligereza, juzgaban el estudio de los acontecimientos históricos de una necesidad convencional, como una de las fuentes más ordinarias de la conversación; es decir, que lo consideraban como una de las inutilidades más necesarias para llenar los vacíos inmensos y frecuentes de la sociedad.

Mably, por el contrario, acomoda la Historia á sus teorías democráticas, ensalza las antiguas repúblicas y nos invita á imitarlas, aunque para ello tengamos que retroceder algunos siglos. Kant expone el principio de la unidad de designio del género humano, y se dedica á conservar la manera como los individuos y las naciones cooperan á este fin. Boulanger considera las monarquías templadas como el supremo término del progreso. Hegel, más alemán que Kant, admite el espíritu distinto que anima á las diferentes fracciones de la humanidad. Michelet no ve en el mundo más que la lucha perpetua entre el fatalismo y la libertad. Laurent hace girar su sistema filosófico sobre la historia, alrededor de estos cuatro puntos: intervención de la providencia, unidad de designio, libertad individual y progreso indefinido; y por fin, De Maistre, Schlegel y otros, profesan la teoría de la primera caída del hombre y la sucesiva regeneración de la humanidad, que se cumple en el transcurso de la historia.

Cuando las ciencias se encontraban en su cuna, los sábios de la antigua Grecia no hacían más que inventar hipótesis á las cuales pretendían subordinar la naturaleza, creando de este modo en su imaginación un mundo distinto de la realidad. Lo mismo sucede actualmente con la Historia. Los pretendidos filósofos sólo tratan de someter á sus criterios, y á sus hipótesis más ó menos brillantes, todo el tejido de la vida de la humanidad, y de esta manera se dedican á comentar los hechos en el sentido más favorable á sus designios.

Así la Historia marcha á remolque de todos los demás conocimientos humanos, pues no habiendo pasado de la simple narración de los hechos y del período de las hipótesis generales, no ha dejado todavía de ser más que una especie de alquimia, que induce á los hombres á los más graves errores políticos y sociales.

Fruto de esa confusión son los sistemas políticos y sociales utópicos que han estado en boga, el cúmulo de ilusiones que han hecho hervir tantos cerebros, la infinidad de ensayos frustrados, el divorcio que se observa constantemente entre la teoría y la práctica, las palabras y los hechos, las esperanzas y las realidades.

Todo se ha ensayado y todo se desvanecido, acompañado de maldiciones, por lo cual hemos tenido que convencernos, después de una amarga experiencia, de que todos nuestros sistemas políticos, sociales y económicos descansan sobre principios convencionales, fundados en encontradas hipótesis.

Todo está gastado, podrido, carcomido. Es necesario encontrar algo nuevo, emprendiendo un rumbo distinto del que hasta hoy se ha seguido.

La alborada del siglo XX debe aparecer teñida de una nueva fé vivificante y regeneradora, que sea el faro del porvenir. Es preciso evocar un génio que funde una nueva filosofía, y un apostolado nuevo que se encargue de propagarla, arrinconando los ídolos viejos y los oráculos que hacen augurios, en que ellos mismos no creen.

Cambiar las hipótesis por verdades, convertir la filosofía histórica en ciencia, los hechos en leyes y los comentarios en teoremas, hé aquí el camino. Quien tenga valor y fuerzas para emprenderlo, que lo siga.

PEDRO ARNÓ.

GALERIA DE AMERICANOS.

EVARISTO CARRIEGO.

*Crescit, occulto velat arbor avo,
Fama Marcelli.*

HORACIO.

Van pasando aquellos días de indiferencia en que la joven América dormía entre sus bosques, ó á la sombra de sus palmeras, al eco de sus cataratas semejantes á mares que parecen desplomarse del cielo, sin que conociéramos, no ya sus hombres, escritores, artistas y poetas, sino su geografía, su modo de vivir, sus costumbres, y aquella manera de ser extraordinaria que nos presenta, naciones que se fundan como por encanto, ciudades que surgen por do quier, y una civilización que se arraiga en horas, burlando así á pueblos de este lado del mundo que necesitaron siglos, para sentir alumbrada la frente por esa luz de progreso y esperanza.

¡Sí! Esos días van pasando, y hoy nos llega de continuo desde América la bella, la historia gloriosa de nacionalidades que se organizan y de Gobiernos legalmente constituidos, mezclado á toda esa tarea fecunda de un despertar luminoso, el eco de la palabra de grandes tribunos, de escritores de asombroso talento, y poetas que hacen de sus líras manantial de celestes inspiraciones.

Aunque en todas las Repúblicas que llevan nuestra sangre, y hablan este idioma magestuoso—que parece haber sido inventado por Dios para cantar la libertad, y dar vida á las expansiones del amor infinito—hay grandes talentos é inteligencias de primer orden, la República Argentina puede decirse que es la *Patria natural del periodista americano*.

Entre estos figura hoy, y figurará siempre en primera línea, el Dr. D. EVARISTO CARRIEGO al que, dada la misión que en la prensa ha venido desempeñando en estos últimos años de su agitada vida, se le podría decir con Virgilio:

Agnosco veteris vestigia flammae.

¡Qué talento, qué inspiración, qué fecundidad tan brillante!

Como Andrés Chénier, el poeta inmortal de la ternura, al tocarse la frente desde sus primeros años, Carriego pudo también decir: *j'ai quelque chose là*, presintiendo que sería un volcán del cual saldría lava destructora y luz de variados y caprichosos matices.

Un periodista no tiene biografía propiamente dicha: su vida entera, cuando no ha sido otra cosa, y ha pagado culto á su vocación, está reflejada en los millares de artículos que cada mañana derrama sobre la frente del pueblo, llevándole sus impresiones, sus deseos, sus ambiciones, y los odios que le agitan, ó el cariño que le embelesa.

Hay periodistas doctrinarios, cuyo espíritu es como un lago dormido que jamás se agita, y al que la brisa que por él pasa jugueteando apenas consigue rizarle ligeramente.

Hay otros, por el contrario, que son Océano iracundo en que las olas, como montañas de espuma, viven chocándose de una manera tremenda.

A estos pertenece Evaristo Carriego, hijo de la provincia de Entre-Ríos, la más belicosa de la República Argentina, y dos veces heroica ante su historia, por haber sido la que inició la cruzada que dió en tierra con la sangrienta tiranía de Rosas, el Neron del Plata; y por la heroicidad indomable de sus hijos, á los que, como dijo alguien hablando del soldado español: cuando se batía en las lu-

chas de la independencia, *hay que empujarle desde de muerto para que caiga!*

A poco de verificarse aquel acontecimiento político, el partido liberal que libró á la república del tirano, se dividió en dos grandes fracciones. El uno se instaló en Entre-Ríos, con el general Urquiza á la cabeza. El otro en Buenos-Aires produciéndose entonces la desmembración de la república.

En esa lucha de hermanos contra hermanos, Carriego, que en su infancia había tenido por protector al mismo Urquiza, permaneció á su lado, por inclinación y por gratitud, subiendo á la prensa con todo el entusiasmo que su sacerdocio le inspiraba.

Entonces fué cuando se reveló y se dió á conocer, como un batallador tremendo de la palabra escrita, pudiendo decirse, que desde sus primeros artículos, violentos, apasionados y llenos de fuego, mostró sus extraordinarias dotes de escritor político.

Nadie defendió á Urquiza con más entusiasmo, ni nadie atacó á sus enemigos de una manera más sangrienta.

La máxima de Jouy—de que, «en las polémicas personales de la prensa los triunfos más grandes envilecen»—no la conocía Carriego, que atacaba sin piedad y hería sin misericordia.

¿Quiénes combatían á Urquiza en los diarios de Buenos-Aires? Bartolomé Mitre, Adolfo Alsina, Héctor F. Varela, Juan Carlos Gomez.

Pues esos eran el blanco de sus tiros: á ellos les hacía fuego sin compasión, no respetando en ellos nada, ni el sagrado de la vida privada.

Quería triunfar, tener razón, captarse la simpatía y la gratitud de su partido: lo demás poco le importaba.

El estilo del notable periodista, es *cortado* como el de Lamménais en Francia, como el de Selgas entre nosotros.

Empapado en la historia de la antigua Roma, y conocedor profundo de los grandes escritores franceses, y particularmente de Chateaubriand, que conoce de memoria, en sus artículos hace constantes citas de aquellas épocas remotas, en que la reina de la tierra reclinada sobre sus siete colinas, y llenándola con las pompas del Capitolio, llevaba la tiara y la corona de las naciones, y de las opiniones del sublime cantor de la naturaleza.

Concluidas las luchas que habían fraccionado á la República, y organizada esta, Carriego vino á fijar su residencia en Buenos-Aires, donde se recibió de abogado, ganando en poco tiempo la reputación en el foro á que le daban derecho, su brillante talento y la seriedad de sus estudios jurídicos; pero, aun cuando su profesión le diese honra y provecho, no la cultivaba con el amor de la prensa, á la que no tardó en subir de nuevo, escribiendo unas veces en diarios propios, otras colaborando en los principales como *La Nación*, del general Mitre, en la que escribió una serie de artículos, políticos siempre, que produciendo honda sensación, acabaron de consolidar su fama de escritor brillante, galano y castizo.

En la actualidad, el Dr. Carriego es propietario y redactor en jefe de *Las Provincias*, uno de los diarios más importantes de Buenos-Aires.

Leyéndolo con calma, observamos que en esta nueva y brillante época de su vida periodística, se presenta bajo otra faz muy distinta, porque, aun cuando conserva todo el vigor del polemista de pasión y de lucha, no es ya el escritor de *barricada* de los primeros años, aquella especie de ariete que todo lo demola; *Merrimac* de la prensa que no temía encontrarse en presencia de todos los *Monitores* que le pudiesen atacar en alta mar.

Verdad es que la época en que ahora escribe, es otra muy distinta de aquella en que apareció á la vida pública. Entonces escribía para destruir. Ahora escribe para edificar.

Identificado con las situaciones que representan el Gobierno del general Roca en la nación, y el del Dr. Rocha en la provincia de Buenos-Aires,—Gobiernos ambos de trabajo, de progreso, de estabilidad y garantías; Gobiernos que han levantado muy alto el crédito de aquel país, cuyos progresos sorprenden—el Dr. Carriego les está ayudando eficazmente, con una propaganda razonada y patriótica, que tiende á combatir la de los pocos enemigos que aun hacen la oposición á la actualidad política argentina, con hechos, datos y argumentos que ponen de relieve la justicia de la causa que defiende.

En este sentido, la tarea que está desempeñando el famoso periodista, tiene toda la importancia de una obra de resultados prácticos, que el país debe tenerle en cuenta, agradeciéndolo como es de justicia.

Pero, lo diremos con toda sinceridad: en los últimos trabajos del Sr. Carriego, más que sus artículos políticos, nos han llamado y siguen llamando la atención, una serie de artículos sociales que ha empezado á escribir, revelando en ellos, no ya las calidades del temible polemista, sino del escritor de costumbres, del conocedor profundo del corazón humano; artículos en que hay mucho de Larra y de Balzac, y que dan al talento del inspirado *Entre-Riano* un matiz lleno de seducciones y encantos, al que no falta á veces cierto sabor filosófico como el del sensualista Locke.

Para dar una idea de ese talento y del estilo del Sr. Carriego, sería necesario ofrecer á nuestros lectores cualquiera de esos artículos, toma-

dos al acaso y sin preferencia, satisfacción ésta de que nos tenemos que privar hoy, por faltarnos espacio para llenar nuestros deseos. Será más adelante.

Dos grandes calidades morales distinguen al que bien podría llamarse el *Girardin argentino*: la nobleza de su corazón, y la entusiasta admiración que tiene por el talento ajeno, calidad por desgracia poco común en los pueblos de nuestra raza, donde la *ruin envidia* está en acecho de los hombres que valen, para hostigarlos de una manera sangrienta.

A este respecto, Carriego es un hombre admirable.

Cuando oye hablar á uno de esos oradores que arrebatan, no solo aplaude con entusiasmo, sino que al ser testigo del triunfo que la palabra alcanza, se alegra y goza como si fuese él quien conquistase la ovación y los aplausos.

Cuando lee un artículo ó escrito cualquiera, dignos de elogios, Carriego siente verdadero placer en tributárselos, y aún cuando no conozca al autor, ó sea su enemigo, experimenta todos los estremecimientos de la alegría, de la dulce satisfacción que deleita el alma, pudiendo decir como Víctor Hugo, «que jamás los laureles que han ceñido otras frentes, han quemado la suya.»

P. DE NAVARRETE.

DOS PALABRAS DE JUSTICIA.

Tales se pueden llamar las que escribo en estos momentos sobre el ilustrado patriota español don Enrique Taviel de Andrade, que tan espontáneamente se ha constituido en apóstol ferviente de la causa americana en España.

Si los procederes espontáneos y generosos merecen aplauso, justísimo lo merece el del señor de Andrade que tan decididamente se ha asociado á la noble idea de abogar por la unión de España con las Repúblicas americanas que antes formaron parte integrante de la nacionalidad española.

Por eso yo, como americano, acojo entusiasta esas ideas levantadas, esos propósitos nobles de un espíritu ilustrado y un corazón patriota, y no vacilo, como chileno que ama verdaderamente á su patria, en rendir un homenaje de simpatía en nombre de Chile al señor Andrade que en sus escritos ha sabido desinteresadamente hacer suya la causa nuestra, que es la de la unión de los intereses españoles y americanos.

Tales tendencias son tanto más dignas de aplauso, cuanto que ha sido siempre una de las más legítimas aspiraciones de los pensadores españoles el propender al establecimiento de relaciones cordiales entre la madre patria y las que un día fueron sus colonias. Desgraciadamente los Gobiernos no se habían preocupado hasta ahora de dar solución á este problema político social Exclusivamente dedicados al gobierno interior y á procurar la paz, de que tan poco ha disfrutado España en este siglo, no debe hacerse severo cargo del descuido relativo en que han dejado la gestión de sus relaciones con los otros países. Pero ya que, á costa de tantos sacrificios ha alcanzado los beneficios de la paz, restablecido el orden y consolidado su Gobierno, ha llegado el momento oportuno de asegurar el establecimiento de sus buenas relaciones internacionales.

Entra en esta parte muy esencialmente el estrechamiento de las relaciones de España con las Repúblicas Americanas, como deber de familia y necesidad del porvenir.

Desde luego la política expansiva y fraternal que desarrolla el actual ministro de Estado, señor marqués de la Vega de Armijo, merece, tanto en América como en España, no sólo favorable acogida, sino el más sincero é incondicional pláceme de todo pecho patriota.

¡Feliz el ministro á quien ha tocado en suerte recibir los aplausos de propios y extraños, por el éxito completo de su gestión internacional en América!

Lo que España necesitaba en aquellas Repúblicas, era inspirar confianza. Eso ha hecho con su conducta el marqués, despertando simpatías profundas, allí donde todavía quedaban desconfianzas y dudas.

En política de noble fraternidad necesitaba también un noble propagandista en la prensa española, cuya palabra fuese autorizada, á la vez que escuchada con simpatía, y por fortuna ese propagandista se encontró en un hombre de tanto corazón como talento, en el señor Taviel de Andrade, que amante sincero de su país, ha puesto su vista en el porvenir, comprendiendo todas las ventajas que España puede reportar de esa política de fraternidad y concordia con los hijos de América.

En la actualidad me consta que el Sr. Andrade, americano por sus levantados sentimientos y por el cariño que á nuestras Repúblicas profesa, trabaja activamente porque el Gabinete español ofrezca su mediación en la lucha que mi noble patria sostiene contra las Repúblicas aliadas del Perú y Bolivia.

Tal conducta, noble por el propósito que la inspira, generosa por los fines que se propone, no puede menos que despertar la gratitud de todo corazón americano, como la despierta en la del ministro de Estado y la de aquella parte de la prensa española que hidalgamente trabaja por esta

grandiosa fraternidad, entre pueblos que deben vivir eternamente unidos.

Como americano, pues, creo cumplir un deber de conciencia señalando á mis hermanos del continente el nombre de sus amigos, para que ellos también les tributen la gratitud de que en este instante se hace eco el más humilde esos americanos, pero no el menos patriota.

LUIS M. CARDOZO.

IRMA.

I

Pepe Alonso era mi amigo. Unidos desde la infancia por una de esas amistades que no se rompen nunca por nada, un mismo maestro nos enseñó las primeras letras, en el mismo colegio adquirimos la enseñanza superior que necesitábamos para nuestros estudios ulteriores, y en la misma Universidad y el mismo día recibimos la investidura de abogados. Al llegar aquí nos separamos. El era rico, poseía cuantiosos bienes de fortuna, y sólo había seguido la carrera para tener en la sociedad una representación debida solo á él y no á la herencia de sus padres; yo, por el contrario, necesitaba trabajar para vivir.

Figuráos si sería arraigada una amistad de este género. Los recuerdos de la infancia, las confidencias de la juventud, eran otros tantos lazos que estrechamente nos unían. Las sombras de nuestros padres, amigos también, daban fuerte cimiento á esta amistad. Contrariedades del primer obstáculo, alegrías del primer amor, penas del primer desengaño: todo fué común para ambos. El día en que murió mi madre le ví llorar como un chiquillo, y venciendo mi dolor tuve que prodigarle algún consuelo. Cuando murió su padre yo amortajé el cadáver y le cerré los ojos con la misma veneración, con el mismo respeto que hubiera usado con el mío.

Y sin embargo, nuestros caracteres eran totalmente opuestos, y nuestra amistad no se sustentaba en la armonía, sino en el contraste. Mientras yo, educado en la escuela de las privaciones, comprendía el positivismo de todas las cosas de la tierra, él era un soñador que vivía constantemente en un círculo extraño en que parecía desprenderse de la materia para ver el mundo como á través de un velo; mientras yo, obligado por la ley de la necesidad, hacia números para igualar el debe y el haber de mi pequeño libro de caja, él, por el contrario, soñaba en voz alta con cosas extraordinarias y mujeres imposibles. Semejante al hidrópico, que nunca calma su sed, que siempre sufre la misma necesidad que es su tormento, así él hallaba siempre un vacío en su interior, constantemente atormentado por la misma sed de lo desconocido. Gracias á su fortuna, podía proporcionarse grandes placeres, goces infinitos; pero nunca llegaba á decir: ¡estoy satisfecho!

Viajes pintorescos cuya sola enunciación dá sueños fantásticos al alma impresionable de un artista; trenes en que todas las maravillas del lujo y la molición desfilaban ante el mundo absorto; vida dulce y silenciosa de los pueblos, turbulenta y agitada de las ciudades, tranquila y apacible de los campos: todo había pasado por él sin llenar aquel vacío que, como el mitológico tonel de las Danaides, parecía estar sembrado de agujeros. Las sensaciones que se proporcionaba herían de cuando en cuando alguna cuerda oculta de su alma, pero nunca la cuerda misteriosa en que vibraba la frase que había de regenerar su sér. Volvía de sus viajes, y al recibirle en mis brazos, notaba yo siempre en su rostro las huellas de aquella preocupación que llegó á constituir en él una verdadera enfermedad.

—¿Qué has hecho? —le preguntaba invariablemente.

—Nada, —me respondía invariablemente también.—El mundo se me ha ofrecido con nuevos colores, pero bajo su espléndido ropaje es siempre el mismo. He visto mujeres hermosas, sencillas unas como la inocencia, traviesas otras como la tentación, y unas y otras me han querido curar; pero ¡ay! mi enfermedad es incurable. Yo creo, —añadía, —que la medicina que necesita mi mal no es de la tierra, porque tampoco es él de por aquí. Si lo fuera estaría ya curado. Bien lo sabes. Me he dedicado al estudio, y en el retiro de mi gabinete esta aspiración eterna que me consume ha interrumpido mis trabajos, y me ha hecho arrojar al suelo mis libros y huir de aquella soledad que me abrumaba; he querido aturdirme luego y me he lanzado en medio de ese mundo que goza y se divierte, y al apurar la copa de Champagne en un momento de locura he visto en su fondo el hastío y sentada á mi lado esa fantasma de mis sueños que me miraba tristemente; he salido de ese mundo, he volado á otra esfera, he conseguido triunfos que hubieran halagado la vanidad de muchos hombres ambiciosos y, sin embargo, no han calmado mi anhelo ni satisfecho mi ambición. ¿Qué quiero, pues? Soy un problema vivo y llevo en mí la fórmula para su resolución. ¿Qué me falta? Me falta resolverle. Cuando creo tener la incógnita á mi alcance, huye, y quedan en mi cerebro grabados con caracteres indelebles los signos cabalísticos que no alcanzo á comprender, escritura geroglífica que no descifraré jamás.

—Exageras, —le decía yo.—Es cierto que llevas dentro de tí el mal que te consume, monstruo que te pide víctimas que llevar. Mátale. Sé hombre fuerte y niégale lo que te pide. Cierra los oídos á sus malévolas sugerencias. Deja esa vida de Ashaverus que no hace más que ofrecer campo más grande á tu ambición desatentada. Eres rico, procura ser feliz. Busca una mujer que te haga dichoso, y sienta la piedra fundamental de una nueva familia. El hogar tiene un encanto inexplicable. Quizá en sus cenizas quedase adormecido el monstruo. ¿No te acuerdas de nuestros primeros años? ¿Te has olvidado del hogar de nuestros padres? Todo era en él alegría, sosiego, paz; las pasiones dormían aletargadas sin atreverse á mover su retorcido cuerpo. Son serpientes, y como dice poéticamente el símbolo católico, la mujer ha quebado su cabeza.

—No, te engañas. He pensado en eso muchas veces, y

otras tantas he retrocedido con espanto. ¿Qué vida puedo ofrecer á la que había de ser mi esposa? Una vida de tormentos. Sus caricias me hastiarían, sus ojos no me dirían nada, y cuando ella, resentida por mis desdenes, quisiera llamar á la puerta de mi corazón, se asustaría, porque no vería en él más que el vacío, negro como la noche, insondable como el abismo, silencioso como el no ser. Yo estoy muerto, porque aunque la envoltura vive, el sér no piensa, y no pensar es no vivir. No pretendas, pues, enlazar la vida y la muerte; el consorcio sería horrible. Casarme yo, en mi estado actual, sería un crimen, y aún tengo limpia mi conciencia. ¡Pobre mujer la que se uniera á mí! La sombra de mi madre me reprocharía desde su sepulcro haber causado su desgracia.

Y pasando enseguida á otra cosa, me contaba las maravillas de que en su viaje había sido testigo.

Tales eran nuestras conversaciones de siempre. Pasaba conmigo largas temporadas, y al cabo de ellas regresaba á una linda casa de campo que tenía á orillas del Guadalquivir, donde iba yo muchas veces á buscarle, y de donde salía á poco para emprender nuevos viajes.

Este era Pepe Alonso, mi amigo más querido, el amigo de toda mi vida, y este era su carácter, descrito á grandes rasgos.

Un día recibí una carta suya.

«Emprendo un viaje. —me decía, —un viaje artístico en que voy á visitar la rica herencia que nos han legado las generaciones. Voy á pedir al arte la solución de mi problema. ¿Me la dará? Pienso que no. A mi vuelta me pasaré por Madrid; ten arreglados tus asuntos dentro de dos meses, porque quiero traerte conmigo y no dejarte hasta el otoño.»

Me sonreí amargamente al ver de nuevo á mi amigo empeñado en perseguir á su fantasma, y aguardé con impaciencia su regreso. Pero éste no llegó. Habían pasado algunos meses del plazo que él mismo se marcó, y no sabía dónde estaba ni qué había sido de él. Imposibilitado de escribirle por ignorar la dirección que debía dar á mis cartas, ya empezaba á estar con cuidado cuando recibí una en papel de luto, que desde el principio me hizo temer una desgracia. Era de Pepe, y solo contenía estas palabras: «Me siento muy malo y necesito tus consuelos. Ven pronto si en algo aprecias la vida de tu pobre amigo, —Pepe.— Toledo, Fonda Imperial.»

Una carta así no tiene contestación. Temiendo un desengaño, más cruel para mi amigo, dado su carácter impresionable, que para otro cualquiera, y preguntándome en vano qué le había pasado en todo aquel tiempo, mandé hacer mi maleta, y dejando á uno de mis compañeros, antiguo discípulo de Derecho, el despacho de algunos asuntos que á la sazón tenía yo pendientes, pretestando una ocupación ineludible y urgentísima, aquella misma tarde caminaba para Toledo á razón de 20 kilómetros por hora.

Cuando á las diez de la noche llegué al cuarto de mi amigo, no pude contener un movimiento de sorpresa. Pálido y con los ojos hundidos, volvía á un lado y otro la mirada como si buscara alguna cosa, ó tal vez temiendo verla junto á sí. Su rostro tenía la palidez mate de la fiebre; grandes ojeras marcaban en él las largas horas de insomnio, las noches pasadas en la ansiedad y la desesperación. Bastaba verle para comprender que había allí una lucha tenaz una lucha titánica que agitaba las paredes de aquel cerebro conmovido, y en la cual caía rendido el cuerpo y se daba por derrotada la materia. Su cuerpo enflaquecido era como un fanal dentro del cual oscilaba la llama del espíritu, una llama débil y apagada, pronta á extinguirse al menor soplo. Sentado en un ancho sillón, con los codos fuertemente apoyados en la mesa, oprímase la frente con las manos cual si la sintiese estallar sacudida por interiores conmociones.

Largo rato estuve contemplándole en silencio, desde el umbral de la puerta. Aquél era Pepe, sí; pero no el mismo á quien yo había dejado seis meses antes, joven, lleno de vida. Aquél era Pepe, sí; pero Pepe á las puertas de la muerte, de la locura quizás... Este pensamiento me hizo estremecer, y sin anunciarme previamente, entré en la estancia y dirigiéndome á mi amigo le abracé estrechamente.

—¡Eres tú! —gritó él volviéndose hácia mí. Y pasado un momento en que lágrimas de alegría corrieron por su rostro enflaquecido, —gracias, —me dijo, —no esperaba yo más de tu cariño y tu amistad. No sabes, —prosiguió, —cuánto te agradezco tu venida. Creí que iba á volverme loco.

—Cálmate, —le dije, —pues ya me tienes á tu lado. He arreglado mis negocios, y soy tuyo, y puedo dedicarme á tí todo el tiempo que me necesites. Luego, cuando te hayas calmado, me explicarás el sentido de tu carta, inexplicable para mí, y el estado de agitación en que te veo, y que tanto contrasta con tu habitual indiferencia. Despues buscaremos remedio á tu enfermedad. No he de descansar hasta dejarte completamente bueno.

—Sí, —me contestó; —lo sabrás todo. Necesito contar esta horrible historia que gravita como peso de plomo sobre mi corazón y me mata, y á quién mejor que á tí, mi único amigo, compañero de los juegos de mi niñez, de los pensamientos de mi juventud? Por otra parte, es tal, que el mundo se reiría si yo se la contase. No puede comprenderla.

—¿Es de amor?

—Sí, de amor; pero de un amor extraordinario, de un amor de loco que se sale de lo obligado, de lo natural, y que está, por tanto, fuera de su alcance. De un amor que yo siento y que no puedo explicarme; cuyo fuego me abrasa, y sin embargo...

—¿Y quién es ella?

—Ella es una mujer que no ha existido nunca ó existe siempre. Es algo vago, incomprensible, misterioso; algo, en fin, cuyos contornos no se ven; pero cuya presencia se adivina. Es el sér que yo soñaba, el único capaz de satisfacer las desatentadas ambiciones de mi alma, que la presentía, que la amaba, sin haberla visto jamás, y corría hácia ella como el arbusto plantado en un lugar árido y seco extiende sus raíces buscando el agua que le ha de dar savia y vida: ¡ella es... lo impalpable, lo imposible!...

—¡Pepe, Pepe, cálmate!

—¡Oh! no te espantes; no me creas loco aunque me oigas

hablar así. Aun no lo estoy; quizá más adelante tengas que ponerme en manos de Ezquero, y eso sucederá si no se calma la tempestad desencadenada en mi cerebro, cuyas paredes golpea con furor buscando una salida que no encuentra. Pero todavía no he llegado á ese extremo. Aun razono, si es razonar el querer explicarme lo que no tiene explicación.

—No hables así, porque me dá miedo escucharte. Ahora, más tranquilo porque estoy contigo, acuéstate, procura descansar, y mañana me contarás esa desgraciada historia.

—No; quiero contártela ahora mismo. Subiremos al terrado, y en la calma de la naturaleza quizá encuentre yo la calma que mi espíritu necesita.

En vano quise resistirme. Media hora despues nos hallábamos en el terrado de la fonda, sentados en dos mecedoras, y delante de una mesa en que había café, tabacos y Champagne.

La noche era tranquila, una de esas noches claras, serenas, en que no se mueve un soplo de aire. La luna y las estrellas, brillando con pálido fulgor en el espacio, parecían ojos abiertos en la oscuridad sobre nosotros; ojos de seres químicos que acudían á enterarse de la conversación, deseosos de conocer la historia cuyo relato iba á empezar. En frente de nosotros la ciudad dormida descansaba de sus trabajos; las viejas casuchas, de varios colores, se arrebujaban en las sombras como ancianas mendigas en los girones de un mantón. El alcázar nos amenazaba con su gigantesca mole, y la catedral, hablándonos del cielo, elevaba en el viento sus delgadas agujas góticas, iluminada por la luna, que colgaba sus rayos de plata de las ojivas y los capiteles. No se oía más ruido que el del Tajo al deslizarse á nuestros piés por las peñas que le obstruyen el paso en este sitio. Pepe Alonso recogió sus recuerdos y me contó despues una historia que nunca se borrará de mi corazón. La voz de mi amigo era extraña al referirla; parecía la voz de un muerto refiriendo cosas del otro mundo. Hé aquí la historia.

II

—Hace seis meses que te escribí anunciándote mi próxima partida para un viaje artístico por España. Conceder de todo lo más notable que encierra y puede ofrecer el extranjero á los que van en busca de emociones, me pareció ya hora de dar una vuelta por este recinto del mundo. Y á poco de enviarte mi carta partí soñando con que aquel viaje fuese el último, como lo sería á encontrar en él lo que buscaba con tanto empeño: ¡la paz de mi corazón!

No quiero distraerte con el relato inútil de mi viaje, en que nada de particular me ocurrió. Ví esas obras inmortales cuyo autor no es un hombre, sino un pueblo; esas maravillas arquitectónicas que solo han podido levantar las generaciones, amontonando centurias á sus piés para llegar hasta su cúpula, y esas otras maravillas naturales debidas al lento trabajo de las fuerzas que conmueven el interior de nuestro globo. Cuatro meses despues había recorrido toda España, y solo me quedaba un pequeño pedazo que ver. Toledo.

Y no creas que fueron la casualidad ó el capricho los que me hicieron dejar para lo último la ciudad imperial, que otro quizá hubiera visitado la primera. Nada de eso. Conocía el tesoro que Toledo posee, y quería detenerme en ella.

Y es que Toledo es una ciudad privilegiada. Levantada sobre siete colinas que el río rodea como plateada cinta, los siglos la han tratado con particular predilección, dejándola sus recuerdos más puros, que ella, á su vez, ha conservado respetuosamente. De otras poblaciones puede decirse que tienen monumentos artísticos. Toledo es, por sí sola, un gran monumento, una ciudad hermosa, propia para un carácter soñador como el mío.

Todas las variedades de la arquitectura, todas las manifestaciones del talento se salen al paso y aguardan tu saludo, convencidas del asombro que han de causarte. ¿Y cómo no, si te se presentan, como ahora los ves, enfrente de tí, la catedral en medio, esbelta y graciosa; á un extremo San Juan de los Reyes, con sus pórticos entrantes, y sus mil estatuitas, y sus ojivas góticas, y sus arcos de encaje, y sus columnas de granito; y al otro el alcázar, risueño en el frente, que marcó Carlos V con su sello, severo y pesado en la fachada opuesta, fotografía en piedra de Felipe II y su reinado?

¿Cómo no, si de tal modo están sembrados en ella los prodigios, que en un espacio de ménos de cien pasos tienes tres verdaderas maravillas arquitectónicas, tres joyas de las más bellas que puede lucir en su corona el arte español, sinagoga la una, mezquita la segunda y templo católico la tercera?

Además, hay en sus retorcidos callejones, en sus oscuras calles de piso desigual, formando unas veces ágría cuesta que parece va á terminar en el cielo, y otras oscura bajada que va á perderse junto al río, algo que no se vé, y creo que es el espíritu de los siglos que pasaron. Semejante al *hatchis* de los orientales, esta especie de niebla hace soñar y pinta á la fantasía las cosas de otras edades impregnadas de ese divino encanto que tiene lo que no existe. Estos recuerdos son sencillos; no dicen nada al indiferente que pasa ante ellos pensando en sus negocios mercantiles, en la baja de la Bolsa ó en la subida de los granos; pero encierran todo un poema que el hombre de sentimiento sabe leer en la juntura de los sillares, en las basas de las columnas, en el encaje de los capiteles, en la mística corona de los santos ó en los pliegues de sus túnicas de piedra.

Visitando estas ruinas venerandas, esta vasta ciudad que parece un gran alcázar abandonado por sus moradores, pasé horas tranquilas, soñando sobre aquellos detalles en que gustaba reposar mi fantasía. El monstruo,—como tú le llamas,—existía siempre en mí, pero si no me era dado dudar de su existencia, parecía encontrarse adormecido. Así llegué al día en que, realmente, hizo crisis mi enfermedad, día que quedará marcado eternamente en la historia tempestuosa de mi vida.

Durante mis paseos artísticos por Toledo, había conocido á un escultor que, acompañándome muchas veces, háblame designado otros bellos puntos de vista. Era un hom-

bre de más de treinta años, alto y de maneras distinguidas. Discurría con mucho acierto sobre artes y encantaba con su conversación. Procedente de Florencia, su país natal, había llegado á Toledo, en un viaje que hizo por España, y tanto le gustó esta ciudad, que decidió establecerse en ella. Desde el principio nos unió la simpatía, y no tardó en nacer una amistad sincera entre los dos. Una noche, á poco de nuestro corocimiento, me dijo al despedirse de mí á la puerta de la fonda:

—Querria que viera usted mi taller. Tengo en él algunas obras que pienso enviar al próximo *Salon* de París y desearia que usted me diera su opinion sobre ellas.

—Con mucho gusto,—le contesté.—Me hace usted un favor que yo no me atreva á solicitar. Mañana mismo me tiene usted en su taller. ¿A qué hora estará usted en él?

—No puedo contestarle,—me respondió,—porque mañana precisamente he de ver á un célebre *marchant* de Lón-dres que está de paso en Toledo, y con el cual tengo pendiente algún negocio; pero me dará usted una prueba de amistad y confianza, que yo le agradeceré en extremo, yendo á la hora que mejor le cuadre. Si yo no estoy allí, mi criado le llevará á mi taller, y puede usted esperarme en él si gusta.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana.—

Y con un apretón de manos nos separamos.

Al día siguiente dí mi acostumbrado paseo por la catedral, tratando de leer en sus anchurosas naves llenas de sombra, en sus irisadas vidrieras de colores llenas de luz, en sus oscuras capillas impregnadas de tristeza, y en sus estatuas de piedra perdidas en sus arcadas, leyendas y tradiciones que allá me forjaba yo en mi cerebro alucinado, y á la tarde, cuando juzgué que habría despachado sus negocios, me dí igi á la casa de mi amigo; una linda casita bañada por el Tajo, que en días de crecida parece querer trepar á sus balcones y azoteas.

Ninguna mejor para un artista. Situada en la parte en que el río alcanza mayor anchura, bajo uno de los cerros sobre que se levanta la ciudad, tiene enfrente de sí masas de granito amontonadas unas sobre otras por grandes cataclismos geológicos, y entre las cuales está, como puesta allí por una mano de Titan, una pequeña ermita, blanca como una paloma, donde se venera á la *Virgen* bajo la advocación poética del *Valle*.

Tiene esta casa una gran galería de cristales con vistas al río. Es una habitación en que la luz entra á torrentes, y donde mi amigo tenía su taller. Conducido por un criado llegué á ella, y señalándome una mecedora, me dijo:

—Mi amo no ha venido todavía; pero tengo órden de que le espere Vd., si gusta. Si el señor necesita algo, no tiene más que llamar.—

Y salí, haciéndome un saludo, despues de señalarme el cordón de una campanilla.

La soledad en que me dejó, el sitio en que me hallaba, la vista del río, despertaron mi melancolía. Para disiparla me levanté y empecé á ver las obras de mi amigo.

No hay nada que me inspire tanto respeto como un estudio de pintura ó un taller de escultor. Páreceme estar en un lugar sagrado, y me descubro y no me atrevo á hablar en voz alta, porque me parece un crimen turbar el silencio que allí reina. Veo por todas partes obras maestras, y me juzgo en el templo del arte, que tambien merece adoración. En mi sentir, el arte es la parte del hombre que se diviniza y llega á Dios y se absorbe en su seno; el arte, para mí, no es de la tierra. Llama purísima, emanación del mismo Dios, descendiendo al mundo para hablar á los hombres del cielo y de sus goces inmortales, y vuela enseguida á ocupar su trono en el Paraíso.

A mi juicio, las obras de los grandes maestros son otras tantas letras de una palabra que guarda el nombre de ese Sér, á cuyo eco brotó el relámpago de la vida en el abismo del caos, y se pobló el espacio de estrellas y mundos, sistemas y soles.

Poseído de estas ideas, fui viendo una por una todas las obras de mi amigo. Es un hombre de génio; y en todas ellas ví un rasgo, un detalle, que eran el sello de su talento excepcional. Había allí santos cenidos de su mística corona, vírgenes ostentando la palma de su inocencia, mártires con los atributos del martirio, esfinges, trasgos, duendes, figuras caprichosas que de consuno abortáran en la soledad el delirio y la calentura; monstruos con cabezas de serpientes y garras de ave de rapina; esfinges misteriosas como un problema; sátiros de ahorquillado pié, diablos cornudos, y en medio de ellos un ángel blanco y esbelto con los brazos cruzados sobre el pecho y las delgadas alas estendidas: el ángel de la penitencia, que parecía un rayo de sol cayendo sobre aquel infierno de tinieblas.

A otro lado personajes mitológicos: la música, que era una mujer medio desnuda, tañendo la cítara; un bronce representando Diana cazadora con el carcax á la espalda, el arco en la mano y la media luna en la frente, montada en una cierva gigantesca, á cuyos piés una partida de cazadores acorralaba á un jabalí; *Vénus* dormida en una concha; Eva en todo el esplendor de su hermosura y tal como salió de manos del Hacedor la mañana del primer día. Más allá una Magdalena peadora y á su lado la estatua de la Justicia. Brazos nervudos de hombre, manos pequeñas de niño y delicados torsos de mujer. Modelos del antiguo y bajo-relieves del Parthenon, copias del *Arnaldo de Brescia*, de *Tabacchi*, y del *Moisés*, de Miguel Ángel; de la *Vénus de Milo* y del *Apolo*, de Belvedere; la cabeza de Santa Teresa en éxtasis y la estatua de la Victoria; medallas florentinas del siglo décimo sexto y medallas de Duprez; grabados de esculturas célebres, vaciados en yeso y en barro, retratos de los grandes maestros... Y á un lado, sobre una mesa, el cincel y el martillo, que con sus golpes sobre el mármol, repiten el *Fiat* poderoso á cuyo eco el artista, semejante á Dios, separa la luz de las tinieblas y hace surgir un mundo de la nada.

Todo esto lo fui viendo con respetuosa admiración, deteniéndome en aquellos objetos que más me atraían, y así llegué á un extremo de la sala, en que había una gran estatua cubierta con elegante paño de seda. Soy curioso, confieso

mi falta, y para satisfacer mi curiosidad tiré de un extremo del paño y éste cayó á mis piés, dejándome ver la obra más bella que he tenido jamás ante mis ojos. Representaba una mujer, casi una niña, sentada en una peña en actitud melancólica, deshojando entre sus manos una flor, cuyos pétalos caían sobre su falda. Su cara era de un óvalo perfecto; sus ojos aparecían bañados en la luz de la mañana; sus labios, apenas entreabiertos, dibujaban tenue sonrisa; sus cabellos, recogidos con desdén, caían sobre su cuello de alabastro; un pié indiscreto, como esos que ponen los poetas á las niñas, lindo y breve, asomaba bajo su túnica.

Desprendíase de toda ella un perfume de pureza que embriagaba dulcemente los sentidos; se comprendía al punto que era un alma pronta á despertar, una niña que oía ya cerca de ella los besos de los nidos y los arrullos de las tórtolas, zumbidos de insectos, cantos de ruiseñores y aleteos de golondrinas; que miraba las rosas unidas por su tallo en el follaje, y se preguntaba la causa desconocida de su union.

Era Margarita presintiendo á Fausto, Julieta viendo á Romeo por primera vez, Laura escuchando, sin comprenderla, la primera poesía de Petrarca, Francesca, engañada por sus padres, adivinando en su último sueño de doncella la figura de Paolo, á quien juzgaba su marido.

No llevaba en el traje adorno alguno que realizase su hermosura. Una cinta ceñía la mata de sus cabellos, una túnica sencilla caía al suelo, envolviéndola entre sus pliegues desiguales. A sus piés el artista había escrito una sola palabra: IDEAL.

Y, en efecto, aquella mujer era ideal; no había en ella nada que no fuese perfectamente humano y, sin embargo, se comprendía que no era de la tierra. Acaso un admirador de la belleza clásica hubiera pedido más corrección en el perfil; acaso algun otro hallaría mal que los ojos no fuesen más grandes y la boca más pequeña; pero esto, que la hacía más humana, hacía al propio tiempo más divina. Vefase allí que el artista no había trazado sobre el mármol una página de la historia de su fé, sino un canto del poema de sus deseos; que había soñado una mujer y no una diosa; una niña, y no un ángel; pero una niña, una mujer que no existían en el mundo; entrevistas por él en éxtasis de artista—horas divinas en que el hombre se eleva al cielo para robar la chispa que ha de dominar sus creaciones y electrizar á las muchedumbres.—El la había trasladado al mármol, y al no encontrarla, á pesar de buscarla con empeño—era imposible que no le hubiera buscado—había escrito á los piés de su estatua esa palabra IDEAL que tanto y tanto decía.

Y mi asombro era mayor que el de otro cualquiera, porque mi encuentro con aquella obra de arte había sido toda una revelación. Rasgóse el cielo, un relámpago turbando su noche eterna dejó lucir su resplandor, y ví á su luz los campos, hasta entonces oscuros, de mi vida. Yo tambien, sin saberlo, había soñado con aquella mujer, y aquella mujer era, sin que yo me diera cuenta de ello, el objeto y el fin de mi existencia; y el no hallarla, la causa de mi hastío y el quererla buscar el motivo de mi sed de placeres, de mi sed de sensaciones. Por ella había yo subido á las nieves eternas de los Alpes y bajado hasta el cráter del Vesubio; viajado en trineo por las heladas estepas de Rusia y á pié por las campiñas fértiles de Italia.

Tras ella iba yo cuando, poseído de la fiebre de los viajes, corría tras una calma, tras una paz que no sentía en el seno de las ciudades populosas ni en el recinto estrecho de las aldeas solitarias.

La había buscado sin saber que la buscaba. Conocerla era mi afán eterno y no lo sabía. Al preguntarme en vano tantas veces la causa de mis penas, no había pensado en ella, y hé aquí que surgía de pronto ante mí para decirme:—Aquí me tienes, mírame; yo soy. Corta el vuelo á tu fantasía, ciñe tus deseos y límitalos á la esfera en que vives. Yo guardo en mi seno eso que buscas, eso que persigues; en mis miradas tienes el horizonte que anhelas: ¡Yo soy la felicidad!

Y todas estas cosas que te digo, se las oía decir entonces á la estatua que parecía mirarme y levantar los ojos hacia mí. No era ilusión. Parecíame ver cómo corría la sangre por aquellas venas, con tanto cuidado señaladas por el cincel del escultor; sus párpados se movían; su faz, tersa y blanca, adquiría matices de rosa, y extraña luz irradiaba en su frente.

Presa de una alucinación, creí que levantaba la flor que sostenía entre sus manos y me la ofrecía con una sonrisa, dulce expresión de su inocencia. Y sin ser dueño de mí caí sobre una butaca, incapaz de apartar de ella los ojos; y me quedé contemplándola como debían quedarse los místicos cuando el cielo se rasgaba mostrándoles legiones de ángeles y coros de bienaventurados.

La tarde caía. Por el balcon abierto, de la sala entraban un fuerte olor á tomillo, procedente de los cerros próximos, y los perfumes del jardín situado á la izquierda de la casa. Como un coro dulcísimo subía del río el monótono arrullo de sus aguas. Semejantes á voces argentinas, como de niños ó serafines, sonaban las campanas rezando la salutación de la *Virgen galilea*; y todas aquellas voces parecían hablarme á mí, absorto ante la estatua, y decirme una porción de cosas que no te podré repetir, porque no hay en el lenguaje humano palabras que puedan expresar mis pensamientos, mis sensaciones de aquel día. Las sombras oscurecían los contornos de la escultura, y yo solo veía destacándose en la negrura, su título, aquel título tan vago, tan expresivo, tan hermoso, que parecía una barrera puesta al deseo: IDEAL.

No sé cuánto duró esto. Giró al fin la puerta del taller sobre sus goznes, y apareció en ella mi amigo seguido de un criado, á quien riñó por no haber traído luces todavía, y estrechando despues mi mano, me dijo:

—Perdone usted mi falta involuntaria. He dado con un *marchant* muy hablador, y todos mis esfuerzos por deshacerme de él han sido inútiles. Supongo,—añadió,—que habrá usted dejado caer sobre mis pobres obras una benévola mirada.

—Las he visto una por una, y todas ellas han venido á

confirmar la alta opinión que de usted tengo formada, — le dije.

—Veo que ha descubierto usted la joya del taller,— murmuró volviéndose á la estatua que tan gran sensación causaba en mí.

—Es un mármol magnífico,—le contesté.

—Es más que eso,—añadió.—Es una obra de genio, pero de genio muy superior á lo que estamos acostumbrados á ver. Puede, por sí sola formar la reputación de un artista, y sin embargo, es tan ingrata que no lo hará. Quiere guardar toda la fama para sí.

—No entiendo á usted.

—Pues bien, amigo mío; esta obra que tanto habrá admirado y que asombrará al mundo artístico así que se muestre en él, sépalo usted, no tiene autor.

—¿Cómo! ¿No es obra de sus manos?

—Me honra mucho que tenga usted tan alta idea de mis facultades, y solo siento no poder corresponder á ella; pero la estatua no me debe más que un poco de gratitud por haberla sacado del olvido, y por mis intenciones de exponerla en el próximo Salon de París, y llevarla luego á la Academia Real de Londres.

—Pues entonces, ¿de quién es?

—No puedo responder á esa pregunta; la hallé en mi último viaje, en una miserable casucha de una aldea de Italia, donde iba á venderse, en pública subasta, en unión de algunos trastos viejos, para pagar deudas de un joven extranjero que acababa de morir de hambre.

—Y esa estatua...

—Esa estatua, que vale una reputación y una fortuna, la hizo el infeliz á fuerza de insomnios y vigiliadas, luchando con la miseria y el dolor. Lo único que me dijeron de él, es que un día apareció en la aldea un joven enfermizo, á quien nadie conocía, y alquiló aquella miserable casucha. Decía que trabajaba; y, en efecto, á todas horas hubiéranse podido oír los golpes de su cincel sobre la piedra. Era desgraciado, y parecía tener grandes necesidades.

Todas las noches se le veía salir de su casa y dar un paseo, siempre sólo, por los campos vestidos de flores ó salpicados de escarcha. A poco regresaba, y ya no volvía á salir hasta la noche. Un día dejó de hacerlo, y aunque esto chocó á los vecinos, no se alarmaron; sucedió lo mismo al otro día, y así por espacio de tres ó cuatro; los golpes que constantemente se escuchaban, habían dejado de oírse durante todo este tiempo.

Entonces se descerrajó la puerta, y á los pies de esta estatua, perfectamente concluida, hallaron al pobre joven cadáver de hacia algunos días, estrechando convulso contra su pecho el martillo y el cincel. ¡El desgraciado había muerto de hambre! Dióse sepultura al cuerpo, y al cabo de algunas horas, el dueño de la casa anunciaba la venta de los pocos objetos que dejaba el pobre artista, para cobrarse de ellos el alquiler del último mes que aún no había satisfecho. Entonces llegué yo, y ya sabe usted lo demás.

—Y no pudo obtener el nombre, la patria...

—Ni la menor indicación. Ya puede Vd. figurarse si indagaría yo todo lo posible. El desdichado podía tener padres, hermanos, á quienes yo debía dar el verdadero valor de esta obra maestra que adquirí por una miserable suma de *liras*. Todo fué inútil. En el pueblo se le conocía por el *extranjero*, y había alquilado la casa bajo un nombre alemán que significa *¡solo!*

Hablamos algún tiempo de bellas artes, llamó mi atención sobre algunos objetos en que yo no me había fijado, y ya era muy entrada la noche cuando me separé de mi amigo. Al volver á mi casa llevaba un caos en la cabeza. La estatua y su autor desfilaban delante de mí en los giros de niebla que se elevaban desde el río. En toda la noche no pude descansar un solo instante.

III

Desde aquel día, el que hubiera querido hallarme, debiera haberme buscado en casa de mi amigo. Allí pasaba el día en su taller, con él unas veces, solo otras, sin que me fuera posible ir á ninguna otra parte ni ocuparme de nada que no fuese la estatua. Me atraía, me subyugaba.

Aún creo sentir la presión de aquellos brazos de nieve que helaban la sangre en mis venas, causándome sensaciones no parecidas á ninguna de las que hasta entonces había experimentado; aún creo sentir el roce de sus labios de mármol en mi frente, y el roce de sus rizos en mi rostro.

Y cuando ébrio de amor extendía yo los brazos para estrecharla contra mi pecho y sentir sobre mi corazón los latidos del suyo, porque su corazón también latía, desvanecía-se en el viento; no encontraba más que el vacío en derredor, y allí, enfrente de mí, sentada sobre una roca, aquella mujer, mezcla de mármol y ángel, que me miraba sonriente, arrancando las hojas de la flor que sostenía entre las manos, y como retirada tras la palabra que aparecía á sus pies como escrita en rojas letras de fuego: IDEAL.

Por primera vez en mi vida me hallaba bien, sin esperanzas, sin deseos, como si fuera poseedor tranquilo de la dicha tan ardentemente buscada. Tener delante de mí la estatua y estrechar su mano, fría como la muerte, entre mis manos febriles; dormirme á sus pies para ver al cerrar los ojos su pura frente inclinada sobre mí con dulce expresión sencilla... Así comprendía yo entonces la felicidad, y así la comprendo ahora. La dicha es también algo inmaterial; no se halla solo en lo terreno y miserable; la imaginación y la fantasía son dos términos importantes de su fórmula, y en mi amor á una estatua, es decir, á un imposible, á un sér que no era del mundo, bebía yo las aguas de ese brevaje que calma las necesidades del espíritu.

Así viví algún tiempo, merced á la benevolencia de mi amigo que me dejaba salir y entrar en su taller como mejor me parecía. Sin embargo, últimamente, al ver la insistencia de lo que él llamaba una locura, pareció temer por mi razón y estar pesadoso de ser la causa, aunque involuntaria de mi extravío.

Pronto iba á terminar. Un día supe que mi tía Antonia —que ocupaba en mi corazón el lugar de una madre desde la muerte de la mía—estaba muy grave y me llamaba, porque no quería morir sin verme. Recibí la noticia por la tarde,

y hondamente afectado decidí marcharme á la mañana siguiente; pero antes quise despedirme de la estatua, y enterando de todo al escultor le manifesté mi deseo de pasar la noche en su taller. Sonrió con sorna y me dijo en son de burla:

—¿Vá usted á desposarse con su estatua?

—Crea usted de mí lo que guste, pero no me iré tranquilo si no la fijo en mi retina para evocarla cuando quiera.

—Está usted loco, Alonso.—

Me encogí de hombros y salí.

Aquella noche la pasé en su taller. Era una noche clara. La luna, que rielaba en el río, fingía alcázares de plata en su cristalino fondo. Sus rayos iluminaban el taller, y al resbalar sobre las esculturas daban á éstas una apariencia fantástica. Todos los objetos que allí tenía mi amigo parecían animarse. Las últimas palabras:—¿Vá usted á desposarse con su estatua?—vinieron á mi mente, y creí, en efecto, que mi estatua esperaba mi declaración, y que todos aquellos séres á que había dado forma el cincel del artista que ahora recibían la vida de los delirios de mi mente, estaban allí para celebrar nuestros místicos desposorios.

EUGENIO DE OLAVARRIA Y HUARTE.

(Continuará.)

A LA MEMORIA DE MON.

I

¿Cómo dar al dolor forma que sea luminosa como él, que como él rompa el torpe olvido en que las almas se hunden cuando inútil placer las envilece? Oigo el acento desmayado y triste que de mi patria llega. ¡Empeño vano formaría mi musa si aspirase á dar al débil el constante esfuerzo del corazón dichoso, á dar divina luz al alma que duda, y á los ojos que la muerte cerró, llanto y fulgores! Jamás procuro consolar: quien sufre sólo en el duelo su ventura encuentra. Lloremos, pues que nuestra patria llora. ¿Quién de nosotros responder no sabe al dulce ruego de una madre enferma?

II

¡Ha muerto Mon! El genio y el destino juntos unieron, para ornar su cuna, de sus coronas los nacientes lauros: ¡prendas fugaces, ¡ay! que aunque hoy adornan otro lecho también, están ya secas! Todo pasa y se pierde... ¡No! Si el polvo con polvo se confunde, el pensamiento deja su luz, si generoso ha sido, con la luz de otras almas confundida. La tuya, noble Mon, nos ha dejado herencia que eterniza tu memoria en los anales de tu excelsa patria, y en los honrados corazones. Sólo cae al impulso de su propio peso lo que se ha alzado sobre lodo; siempre, para oprobio del mal, al cielo sube algo que brilla, y que, al brillar alumbra todo lo negro que se queda abajo. ¡No has muerto, Mon! Tus títulos y honores podrán mentira ser: mas tus virtudes inmortales serán, y serán ciertas!

III

¡No has muerto, noble Mon; no ha muerto Asturias, y en tanto que tu patria agradecida viva á los dones que á tu ingenio debe, la helada losa que tu cuerpo cubre regará con sus lágrimas. En tanto que de tu vida la brillante historia humanos ojos lean, tendrás *liras* que eternicen tus hechos, tendrás almas que bendigan tu nombre al recordarle. Tú diste de lealtad dignos ejemplos; ejemplos ¡ay! cuyos recuerdos gratos no pasarán en mármoles ni en broncees para bien de otros tiempos y otros séres. Si todo lo mezquino se perdiera, y si todo lo noble fuera eterno, ¡cuánta luz en las almas y en la historia había! El pensamiento, ante lo grande, convierte en caridad su indiferencia y su duda fatal convierte en lágrimas. Así, cuando desputa un nuevo día, la noche trueca en claridad sus sombras, y sus nubes en gotas de rocío!

IV

¡Feliz el caminante que consigue salvar de áspero monte la vertiente, ver á sus plantas el oscuro valle donde espeso raudal se precipita, y saludar desde elevada cumbre al claro sol que en el Oriente nace! ¡Ay! Feliz el mortal que con serena frente y tranquilo corazón, avanza sin que refrenen el osado vuelo de su ambicioso pensamiento, viles recelos y temores; sin que manche sus pies el cieno que la envidia arroja por sus oscuras fauces, siempre abiertas, sobre la luz que su camino alumbra, sin comprender que el brillo que delata la condición horrenda del malvado, aunque llega hasta él, baja del cielo! ¡Feliz el alma que al romper la cárcel

donde esclava vivió, solo con ella deje en el mundo séres que á su triste recuerdo den asilo en lo más hondo del corazón agradecido y puro! ¡Feliz la tuya, Mon, que al desprenderse del leve polvo en que vivió sujeta, llevó consigo el cariñoso ruego, que como una oración al cielo sube, de tu patria leal! Y si ella llora, ¿quién de nosotros á llorar se niega?

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

LUX ET TENEBRIS.

¡La Vida es sueño!... Mentira que mi angustiada razón rechaza con noble ira; cuando tal dice, delira el genio de Calderon.

Si; delirio es el empeño de su imponderable númen; no es el hombre tan pequeño que de su vida el resúmen esté en la visión de un sueño.

Que si duerme la conciencia mientras va del bien en pos, no hay fé, ni virtud, ni ciencia, y si es sueño la existencia, soñada mentira es Dios.

El alma que en mí se anida don es del Sér en quien creo; pero si sueña dormida, en el sueño de mi vida busco á Dios, y no le veo.

Si es sueño la realidad que yo toco, no soy dueño de mi fé y mi voluntad, que no existe la verdad en los domitios del sueño.

En esta récia porfía tengo el pensamiento fijo, pues sé, por desgracia mía, «que si Calderon lo dijo, estudiado lo tendría.»

Fuera de la humanidad no hay vida ni ley suprema. ¿Superior á esta verdad será el oscuro problema que se llama Eternidad?

La noción de esa otra vida que Calderon nos enseña, ¿dónde se encuentra escondida? ¿En el alma, cuando sueña y se equivoca dormida?

¿Soñabas, mi corazón, cuando esclavo tu albedrío, te rendiste á una pasión? Responde, corazón mío, y desmiente á Calderon.

Vivo y pienso... ¡Luego soy! Mi razón es soberana, y donde quiera que voy, hallo la verdad de hoy y la duda del mañana.

Y Calderon á dudar me arrastra con su fé pura, que si *vivir* es *soñar*, ¡qué pretende un despertar que empieza en la sepultura!

La vida es sueño y ficción, Calderon dijo; mas note quien estudie esa opinión, que inspiraba á Calderon vocación de sacerdote.

El fué, bardo singular, pensador docto y fecundo, quien se consagró á soñar cuando colocó un altar entre su genio y el mundo.

Musa galana y discreta, cuyo ráudo, ardiente vuelo, sagrado voto sujeta. ¡Por eso sonó el poeta con despertar en el cielo!

MARIANO RAMIRO.

SONETO.

En los pliegues que surcan por tu frente algo adivino allá en tu pensamiento, que la muerte febril y violento desde el profundo abismo de tu mente.

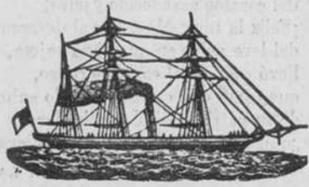
Como enroscada bárbara serpiente, duda fatal, nacida de un momento, envenena y marchita con su aliento tu alma, sencilla ayer, pura y creyente.

Dudas ya de mi amor, por creerme hasta do. Duda también del sol porque se ausenta, ó del volcan á veces apagado.

Amor, sol y volcan, ten muy en cuenta que la misma quietud que han simulado el ardor de sus gases acrecienta.

CONSTANTINO GIL.

ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.
(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

Salidas: de Barcelona los días 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden tambien billetes directos para

MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES

DE

JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES

DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,

Y

UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª

MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA

SASTRES.

3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

D. RAMON DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

DOLORAS

Y

CANTARES

DÉCIMO-SEXTA EDICION

Un grueso volumen de LVII-458 páginas.—Se vende al precio de 5 pesetas en Madrid y 5'50 en provincias, en casa de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid, donde se dirigirán los pedidos acompañados de su importe.

EL BANDOLERISMO

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO Y EX-GOBERNADOR DE CÓRDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.º derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORÍGENES.

Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

TRADICIONES

DE

TOLEDO

POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañía.—Caños, 1.—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

BIBLIOTECA DEMOCRÁTICA

TOMOS DE MÁS DE 100 PÁGINAS, 50 CÉNTIMOS DE PESETA

Obras de los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron, Figueras, Labra, Carvajal, Pedregal, Asquerino y otros distinguidos escritores demócratas.

Por suscripcion á series de seis tomos, 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS, previo pago adelantado.

SE HA PUBLICADO

Á SUS AMIGOS Y ADVERSARIOS

MANUEL RUIZ ZORRILLA

Folleto de Ginebra, impreso en Londres, y publicado ahora por primera vez en España. Obra interesantísima para los demócratas y cuya primera edicion está próxima á agotarse.

OBRAS EN PRENSA

LA CONTRIBUCION ÚNICA Y DIRECTA, por D. Fernando Garrido.

LA LIBERTAD CIENTÍFICA Y RELIGIOSA, por Felipe Pícatoste.

Los pedidos á M. Romero, Ventura Rodriguez, 8, barrio de Argüelles,

BANCO DE ESPAÑA.

Situacion del mismo en 30 de Diciembre de 1882.

ACTIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Efectivo metálico.....	26.017.397,72	
Pastas de plata.....	1.948.589'68	
Caja: Casa de Moneda, pastas de plata.....	2.159.165,53	
Efectos á cobrar hoy.....	14.347.533	
Efectivo en las sucursales.....	68.242.656,82	
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero.....	28.865.647'52	100.566.649'72
Idem en poder de conductores.....	3.458.345'38	
Cartera de Madrid.....	145.039.335'65	
Idem de las sucursales.....	590.209.779'07	
Acciones de este Banco, propiedad del mismo.....	113.205.517'13	
Bienes inmuebles y otras propiedades.....	384.638'71	
Deuda amortizable al 4 por 100, para cumplir el Convenio de 10 de Diciembre 1881.....	7.227.724'64	
	31.260.800	
	887.327.795'20	

PASIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Capital.....	100.000.000	
Fondo de reserva.....	10.000.000	
Billetes emitidos en Madrid.....	199.411.350	
Idem id. en sucursales.....	134.199.525	333.610.875
Depósitos en efectivo en Madrid.....	25.762.984'42	
Idem en id. en las sucursales.....	16.381.624'35	
Cuentas corrientes en Madrid.....	105.167.770'02	
Idem id. en las sucursales.....	51.672.321'45	
Créditos concedidos sobre efectos públicos.....	9.899.333'91	
Dividendos.....	3.003.614'28	
Ganancias y Realizadas.....	31.287.816'16	
pérdidas.) No realizadas.....	769.219'39	
Amortizacion é intereses de billetes hipotecarios.....	32.057.029'55	1.006.595'40
Amortizacion é intereses de obligaciones Banco y Tesoro, series interior y exterior, sobre la renta de Aduanas y bonos del Tesoro.....	1.910.522'50	
Amortizacion é intereses de la Deuda amortizable al 4 por 100.....	9.367.720	
Reservas de contribuciones.....	46.030.525'58	
Tesoro público: su cuenta por resultados de la emision de Deuda amortizable al 4 por 100.....	66.550.509'15	
Valores convertibles en Deuda amortizable al 4 por 100	32.477.212'50	
Contrato de crédito en el extranjero de 6 de Diciembre de 1882.....	30.508.305'47	
Diversos.....	11.916.851'62	
	887.327.795'20	

Madrid 30 de Diciembre de 1882.—El Interventor general, Benito Farina.—V.º B.º—El Gobernador, Antonio Romero Ortiz.

BANCO DE ESPAÑA.

Viernes 12 de id.

Los interesados que tengan en depósito en este Banco los valores que se detallarán pueden presentarse en las oficinas del mismo en los días y por el orden que se determina á percibir los intereses vencidos en 1.º del actual:

Lunes 8 de Enero y martes 9 de id. Billetes hipotecarios del Tesoro de Cuba.

Obligaciones hipotecarias del excelentísimo señor duque de Osuna.

Bonos del ferro-carril de Ciudad-Real á Badajoz.

Acciones del ferro carril de Langreo.

Obligaciones del tranvía de Estaciones y Mercados.

DEUDA PERPETUA AL 4 POR 100 INTERIOR.

Miércoles 10 de Enero. Resguardos de depósito, números 1 á 15.459.

Jueves 11 de id. Idem de id., id. 180.345 á 185.950.

Idem de id., id. 185.951 á 187.837. Madrid 5 de Enero de 1883.—El secretario, Juan de Morales y Serano.

Los portadores de los resguardos expedidos por la Direccion general de la Deuda pública, en representacion de cupones de Deuda perpétua al 4 por 100 interior, vencimiento de 1.º del actual, presentados en aquella Direccion, pueden concurrir á la Caja de este Banco á percibir su importe en los días que á continuacion se expresan:

Lunes 8 de Enero.

Resguardos números 1.101 á 1.375.

Martes 9 de id.

Idem id. 1.376 á 1.550.

Miércoles 10 de id.

Idem id. 1.551 á 1.725.

Jueves 11 de id.

Idem id. 1.726 á 1.900.

Viernes 12 de id.

Idem id. 1.901 á 1.075.

Madrid 5 de Enero de 1883.—El secretario, Juan de Morales y Serano.

BANCO DE CASTILLA.

La administracion, en vista del resultado del balance del año social que terminó en 31 de Diciembre último, ha acordado que el dividendo del ejercicio de 1882 sea de 16 por 100 sobre el capital reembolso de las acciones ó sean 40 pesetas á cada una.

Y habiendo ya satisfecho, á buena cuenta, en Julio último 20 pesetas por accion, el resto de otras 20 pesetas á cada una, se pagará desde el día 11 del corriente por las cajas de este Banco, en Madrid, de once de la mañana á dos de la tarde todos los días no feriados, y por los delegados del establecimiento en las provincias contra el coupon número 4 de las acciones, presentado con facturas que se facilitarán gratis.

Madrid 2 de Enero de 1883.—Por acuerdo de la administracion, el secretario, Ricardo Sepúlveda.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

PRÉSTAMOS AL 5 1/2 POR 100 EN METÁLICO.

Este Banco realiza todos sus préstamos hipotecarios á largo plazo en metálico, y al dicho tipo de interés hasta nuevo aviso.

Estos préstamos se hacen de 5 á 50 años con, primera hipoteca, sobre fincas rústicas y urbanas, dando HASTA EL 50 POR 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades, ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto, ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

CÉDULAS HIPOTECARIAS.

En representacion de los préstamos antes realizados, el BANCO emite CÉDULAS hipotecarias.

Estos títulos, de un capital nominal de 500 PESETAS, devengan un INTERÉS DE 5 POR 100 anual, y tienen la garantia especial de todas las fincas hipotecadas y la subsidiaria del capital del BANCO.

Los que deseen adquirir dichas Cédulas podrán dirigirse en Madrid DIRECTAMENTE á las OFICINAS DEL ESTABLECIMIENTO, ó por medio de Agente de Bolsa, y en provincias á los Comisionados del mismo.

OBRAS NUEVAS.

VIDA DE LORD BYRON, POR Emilio Castelar. Esta obra del eminente orador español, que la considera su autor como la más predilecta entre todas las suyas, publicada con todo lujo, forma un precioso tomo en 4.º menor, de más de 200 páginas, impresa con tipos completamente nuevos y una elegante cubierta de color.

Está adornada con un magnífico retrato del poeta inglés, abierto en acero por el más célebre grabador de Nueva York. Reales..... 20

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª Caños, 1.